

EL HACER DEL BELLO SEXO

La participación de las mujeres queretanas
en las Exposiciones Industriales y Universales
durante el Porfiriato
(1876-1911)

EL HACER DEL BELLO SEXO

La participación de las mujeres queretanas
en las Exposiciones Industriales y Universales
durante el Porfiriato
(1876-1911)

Oliva Solís Hernández

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Dra. Margarita Teresa de Jesús García Gasca
Rectora

Dr. Javier Ávila Morales
Secretario Académico

Dra. Marcela Ávila Eggleton
Directora
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Dr. Rolando Javier Salinas García
Director
Facultad de Psicología

Dr. Eduardo Núñez Rojas
Secretario de Extensión y Cultura Universitaria

Lic. Federico de la Vega
Director del Fondo Editorial Universitario

D.R. © 2021 Oliva Solís Hernández
Santiago de Querétaro, Qro.

ISBN:

Impreso y hecho en México.
Printed in Mexico.

Este libro se sometió al sistema de dictaminación a doble ciego por especialistas en la materia. En ambos casos, el dictamen fue favorable.

AGRADECIMIENTOS

En estas líneas quisiéramos agradecer a las instituciones y las personas que han hecho posible la realización de este trabajo. En primer lugar, a la Universidad Autónoma de Querétaro que, a través del Fondo al Fortalecimiento de la Investigación (2016-2018) financió los recursos necesarios para el apoyo a los becarios que participaron en el proyecto.

Agradecemos también a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales por permitir los espacios, tanto temporales como espaciales, para sentarse a escribir. Agradezco también a la Facultad de Psicología por el espacio que me han abierto y que me ha hecho sentirme como en casa. Agradezco al Dr. Javier Salinas todo su apoyo para concretar la publicación de esta obra.

Agradecemos a Karina, Aracely y Lupita y al personal administrativo por facilitarnos los trayectos que hay que recorrer para disponer de los recursos y completar procesos.

Agradecemos también al personal que labora en el Archivo Histórico del Estado de Querétaro por la amabilidad y acompañamiento que han hecho de este trabajo, así como a los encargados de los archivos del Museo Regional de Querétaro, especialmente a Eva Lilia Acosta, amiga incondicional y guía en estas búsquedas. Las horas pasadas ahí han sido gratas y productivas gracias a su atinada diligencia.

Nuestro infinito agradecimiento a las familias pues las horas dedicadas a la búsqueda y procesamiento de la información son horas que se restan a otras actividades. Sin embargo, estos esfuerzos han sido impulsados por ustedes, quienes les dan sentido y aliento. De manera especial quiero agradecer a Fernando, Fer y Max por su acompañamiento y a mi padre, Chuchito, por su ejemplo.

Agradecemos también a Alicia Montero Martínez y Marco Antonio Gutiérrez González todo el trabajo realizado en el marco de este proyecto: primero, como becarios, buscando información en el fondo Ejecutivo del Archivo Histórico del Estado de Querétaro y luego, redactando una ponencia que se presentó en un congreso nacional, en la cual, dieron a conocer algunos de los resultados obtenidos. Como becarios, siempre fueron responsables, cumplidos, ordenados, sistemáticos y entusiastas. Espero que los aprendizajes obtenidos en esta aventura hayan contribuido a su formación como investigadores. Alicia y Marco, sin ustedes, mucho de lo aquí contenido seguiría oculto.

No podemos dejar de mencionar también a Ramiro Valencia por facilitarme las imágenes de la obra de Carmen de la Llata Villagrán, unas de las pocas evidencias del hacer de las mujeres de esta época.

Finalmente, agradecemos a los posibles lectores. Sin ustedes que están del otro lado del papel, nada de esto valdría.

Oliva

PRESENTACIÓN

Hace ya algunos años que, de forma sistemática, nos hemos dedicado al estudio y la enseñanza de la historia. A lo largo de ese tiempo, los intereses, los objetos de estudio y las temporalidades se han ido moviendo, sin embargo, hay algunas constantes: los marginales y las mujeres.

Cuando comencé por el camino de la investigación mi objeto de estudio fue la locura, luego fueron los esclavos y más recientemente las mujeres. Todos ellos grupos marginados de la historia positivista. El recorrido en el tiempo comenzó en el siglo XVIII, luego nos movimos hacia el siglo XIX y más recientemente hacia mediados del siglo XX.

En la medida en que fui penetrando en el estudio de las nuevas propuestas teóricas del campo de la Historia, me fui dando cuenta de la necesidad de recuperar nuevos actores y utilizar nuevas miradas para contribuir a una nueva forma de hacer historia. En esta aventura, además de mis compañeros y cómplices en el trabajo, me han acompañado algunos de los estudiantes con quienes he tenido la fortuna de compartir diversos espacios académicos y de formación como es el caso de Alicia Montero Martínez y Marco Antonio Gutiérrez González, dos excelentes estudiantes de la Licenciatura en Historia de la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro.

El libro que el lector tiene hoy en sus manos es el producto de este esfuerzo conjunto. Asumimos como parte de nuestro compromiso social el hacer evidentes las formas en que varones y mujeres se han relacionado históricamente, relaciones que no han sido de equidad y que han permitido perpetuar un modelo social al que se ha denominado androcéntrico y patriarcal.

Partiendo de estas premisas, quisimos mostrar cómo las mujeres, desde su condición de clase, raza, edad y sexo, han contribuido a la creación de cultura. Visibilizar sus saberes y sus haceres ha sido nuestro objetivo, en el afán siempre de revalorarlos para ponerlos en relación con lo que han producido los varones, desde sus propias posiciones.

Así pues, el libro pretende primero, recuperar a las mujeres como protagonistas de la historia, como hacedoras de cultura y como productoras de patrimonio. Segundo, revalorar sus saberes y haceres a la luz de las condiciones materiales e ideológicas desde donde se produjeron y tercero, contribuir a derribar el supuesto de que la cultura y la civilización occidental han sido sólo producto del esfuerzo de los varones.

Ponemos pues en sus manos este trabajo, esperando que las metas que nos propusimos cuando lo iniciamos se cumplan.

Oliva

INTRODUCCIÓN

De la Historia de las Mujeres con perspectiva de género

Hace ya algunos años, un grupo de historiadoras se planteó la pregunta de si las mujeres tenían una historia propia. La respuesta fue sí, pero que no estaba escrita, así que el reto que asumieron fue escribir la historia de las mujeres.

En un primer momento, se pretendió recuperar a las mujeres para la historia, haciéndolas visibles en los distintos espacios y tiempos, pero luego se vio que ello no era suficiente pues con su incorporación no se alcanzaban a responder una serie de preguntas que estaban ahí: ¿por qué las mujeres no aparecen en la historia?, ¿cuándo aparecen algunas mujeres, por qué aparecen y cómo aparecen en relación con los varones?, ¿podemos pasar de historiar a las mujeres de la nobleza o la alta burguesía a historiar a las mujeres del común del pueblo?, ¿podemos pasar de estudiar a las mujeres como colectivos (monjas, reinas, locas, prostitutas) a estudiarlas como individuos en sus especificidades?

La propuesta de los estudios de género permitió responder que sí y dar un paso adelante. Dice Duby y Perrot (2005), había que pasar de la visibilización a la explicación del por qué de la desigualdad y la

forma en que históricamente esa desigualdad se había venido construyendo y reproduciendo.

La Historia de las mujeres había permitido constatar científicamente algo que era muy evidente: que las mujeres no tenían acceso a la educación formal como los varones, que las mujeres no tenían acceso a la ciudadanía como los varones, que las mujeres no eran valoradas de la misma manera que los varones y que incluso entre las mujeres había categorías que marcaban diferencias.

Los estudios de J. W. Scott (2008) marcaron un hito en el desarrollo de la Historia de las mujeres con perspectiva de género al introducir las categorías *género* y *poder* como dos elementos más para el análisis. Scott insiste en la necesidad de deconstruir el sistema binario sobre el que se ha construido la manera de pensar el mundo y el papel que corresponde a hombres y mujeres en él para poder entender la forma en que nos relacionamos. Preguntarnos más por el cómo para que vayan apareciendo los por qué. En este sentido, preguntarnos cómo se han desarrollado las relaciones sociales entre los varones y las mujeres podría ayudar a desentrañar los por qué, pero poniendo el énfasis más en el significado que en los hechos mismos.

El cómo, ya lo habíamos mencionado, parecía evidente. Se habían desarrollado las ideas de varón y mujer dentro de un marco binario fundado en la desigualdad y en la separación de la esfera masculina por un lado y la femenina por otro. Este binarismo, denominado por Gayle Rubin como sistema “sexo-género”, es un conjunto de “disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformándolas” (1986: 97). El sistema sexo-género queda claramente expuesto en la organización sexual del trabajo, que es sólo una de sus aristas, pero quizá la más evidente.

A partir del sexo, evidente desde el momento mismo del nacimiento, se han asignado roles tanto a hombres como a mujeres, asumiendo que esos roles son naturales y les pertenecen. A los varones les corresponde la provisión, a las mujeres la reproducción; a los primeros la defensa y la protección, a las segundas el cuidado; a los primeros la racionalidad y la participación en las decisiones de la cosa pública, a las segundas la emocionalidad y los espacios privados. Pero a esos espacios y actividades, no lo olvidemos, hay que añadirle las significaciones.

Pierre Bourdieu (2000) ha señalado ya como el binarismo, además de ubicar actividades y espacios, ha impuesto también una forma de valorar el quehacer de hombres y mujeres, ubicando a los varones en la posición de dominación, de poder y a las mujeres en la subordinación.

La aportación de Scott para el campo de la Historia permitió articular, por un lado, la necesidad de construir una historia propia para visibilizar a las mujeres y, por otro, la propuesta de la teoría del género y el poder para explicar cómo históricamente se ha venido construyendo la “sociedad patriarcal”. El género, dice Scott, “ha permitido insistir en la inadecuación de los cuerpos teóricos existentes a la hora de explicar las desigualdades persistentes entre hombres y mujeres” (2008: 64). Y el poder permite explicar la condición de dominación-subordinación, pero debemos entender el poder no sólo en el sentido foucaultiano, sino más bien en el de Bourdieu, como un campo de fuerza donde se establecen relaciones que pueden ser modificadas de acuerdo a las dinámicas propias del campo, concepción que permite introducir el concepto de agencia dentro de un cierto orden estructural, es decir, el poder de actuar y decidir, en este caso, de las mujeres.

El uso de la categoría de género, como ha mostrado Lamas (1996) y Burín y Meler (2010), es útil tanto como herramienta descriptiva como

analítica. Su uso permite quitar el velo de la supuesta igualdad entre los sexos establecida por el sistema patriarcal, haciendo visible el carácter social y cultural de las distinciones basadas en el sexo y el determinismo biológico. Las estudiosas del género han llamado la atención sobre el hecho de que los estudios de las mujeres generan un examen crítico de las premisas y enfoques del trabajo intelectual existente. Señalan que no se trata de añadir “mujeres” a la agenda de investigación, sino de comprender los procesos sociales y culturales desde otra perspectiva.

Una respuesta a estos interrogantes la ha realizado Michelle Perrot (2008) quien plantea que escribir la historia de las mujeres es sacarlas del silencio en que estaban sumergidas. Las mujeres fueron invisibilizadas por dos silencios: el de las fuentes y el del relato. Así, para muchas sociedades, la invisibilidad y el silencio de las mujeres forma parte del orden natural de las cosas. Pero el silencio más profundo es el del relato de la historia tal como la construyen los primeros historiadores, el cual concierne al espacio público, el de las gestas heroicas, el espacio de los hombres. Junto al silencio de las fuentes, también opera una autodestrucción de la memoria femenina (Perrot, 2008), de lo producido por las mujeres, sobre todo, al otorgárseles poco valor económico. Por lo mismo, lo hecho por las mujeres, lo pensado por las mujeres, si no es destruido por ellas mismas, es ocultado o minusvalorado.

Tratando de resarcir un poco estos silencios, esta investigación se posiciona dentro de los estudios de Historia de las Mujeres con perspectiva de Género, es decir, intenta visibilizar a las mujeres en la historia, pero poniéndolas en relación con los varones para, a partir de las formas en que se ha concebido lo propio de cada sexo y las condiciones materiales en que cada uno actuó, podamos revalorar el saber y el hacer de las mujeres en el pasado.

De la cultura de las mujeres

Al partir de la premisa de que lo público es un espacio masculino y que a ellos es a quienes corresponde la racionalidad, se ha construido una visión del conocimiento y de la historia como un campo propio de los varones. Las historias de las ciencias o de la filosofía, hasta muy recientemente, reseñaban dentro de sus páginas los logros alcanzados por varones y, sólo en algunas excepciones, aparecían algunas mujeres, a las que no podían “borrar” aunque sí minimizar.

Lo mismo ocurría en el campo del arte, donde se argumentaba que ésta era un producto masculino y que para muestra bastaba sólo echar una mirada a la historia, lo cual evidenciaría que las mujeres no eran productoras ni de arte ni de cultura.

Contrario a esta visión de la ciencia y la cultura, las feministas comenzaron a pugnar por escribir otra historia con otra mirada. Isabel Morant señala, respecto a la cultura de la mujer, que “algunas teóricas del feminismo, (...) defendieron la existencia de una cultura propia, concreción de lo femenino y diferente de la cultura masculina. Esta identidad femenina se basaba en la carencia del logos, de la razón, que era dominio de los hombres, al igual que la cultura escrita. La de las mujeres no era una cultura escrita, razonada, pensada, era una cultura vivida (menos valiosa)” (1989: 212).

Gerda Lerner (1990), sostiene que la cultura de la mujer es la base en la que las mujeres apoyan su resistencia a la dominación patriarcal y reivindican su poder creador para dar forma a la sociedad. Sin embargo, es importante entender que la cultura de la mujer no es una subcultura, sino una cultura diferente, una “cultura de la mujer” que le identifica como mujer. Ambas autoras (Lerner y Morant) ponen el acento en la identidad.

Gilberto Giménez (s/f) ha señalado que la cultura y la identidad son dos conceptos íntimamente relacionados y que la segunda no es más que la parte subjetiva de la primera. La identidad, señala el autor, sólo se puede construir a partir de los materiales que proporciona la cultura. A su vez, la cultura es entendida, a partir de Geertz, como un entramado de relaciones simbólicas, que son tales porque son compartidas por un grupo y perpetuadas por ellos mismos en tanto que les permiten interaccionar.

La cultura, siguiendo a Giménez, nos sirve para distinguirnos de otros, construyendo así identidades que pueden ser de género o étnicas o nacionales. Sin embargo, no debemos olvidar que estas identidades son construidas y que no son estáticas, sino históricas. La identidad, dice el autor, “no es más que la cultura interiorizada por los sujetos, considerada bajo el ángulo de su función diferenciadora y contrastiva en relación con otros sujetos” (s/f; 5).

La identidad, que en primer lugar es individual, pensada por analogía, puede ser predicada a los grupos. Pensar pues la cultura de las mujeres como una subcultura es perpetuar su posición de subordinación y desconocer su función de diferenciación. Pensar la cultura como operadora de diferenciación y la diferenciación como la base de la cultura, construida sobre un conjunto de símbolos compartidos y perpetuada históricamente, nos lleva a entender por qué, desde la “cultura patriarcal” se ha pensado a las mujeres como fuera de la cultura y de la historia. La identidad supone necesariamente el reconocimiento del otro como algo diferente. En el caso de las mujeres, sus identidades individuales y su identidad genérica como mujeres, fueron construidas, reconocidas y legitimadas por los varones, no sólo como diferente sino también como desigual.

Las mujeres viven su existencia social dentro de la cultura en general. Sin embargo, al mismo tiempo, comparten otros espacios en función de

los diversos grupos a los que se adscriben y las múltiples identidades que desarrollan dentro de su vida social. Así, son miembros de la cultura general y participan de la “cultura de la mujer” (Lerner, 1990: 344). Rossana Rossanda, sostiene que “la búsqueda de una historia específica de una “feminidad” tiene fragmentos fascinantes (...) Ha atravesado ambiguamente la cultura que codificaban los varones y tanto más cuanto que el “campo” del ser, del hacer, y del saber (femenino) se transformaban en un campo cierto de relaciones”. (1992:6).

Pero además de las relaciones, las identidades también se manifiestan en una serie de características entre las que se pueden encontrar sus “estilos de vida” (reflejados en sus hábitos de consumo) (Giménez, s/f; 12) y los objetos que poseen (y que pueden tener una significación específica). Estos hábitos, objetos y formas de simbolizarlos, forman parte también de la cultura de la mujer.

Roger Chartier (1992) al igual que Peter Burke (1996), han sostenido que la cultura es un proceso dialéctico en el que se entrecruzan cuestiones aprendidas (acervo cultural) tanto teóricas como prácticas de manera consciente o inconsciente, toda vez que la cultura se nos presenta como acumulativa, con una serie de manifestaciones, ideas, creencias, sentimientos y comportamientos relacionados con el desarrollo específico de la sociedad en un espacio y tiempo históricamente determinado. En este entrecruzamiento cultural, las mujeres han aprendido a significar de forma distinta a los varones una serie de actitudes, emociones o productos, lo cual impacta en los saberes y haceres de las mujeres.

La cultura, según ha quedado definida en un documento emitido por la ONU, se entiende como “el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan una sociedad o grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras,

los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias” (UNESCO, 2006). Derivada de la definición anterior, encontramos que la cultura tiene dos grandes dimensiones: la cultura material y la cultura inmaterial. La primera, en los últimos años, ha dado paso a un amplio debate teórico sobre lo que implica su estudio (Sarmiento, 2007). Si bien no existe un consenso, se ha establecido que, sea lo que abarque lo material no puede entenderse sin lo inmaterial, es decir, sin las ideas en tanto que unas y otras se implican pues nos movemos entre lo concreto y lo simbólico.

Pese a la falta de consenso, la cultura material es entendida como todo aquello que ha sido producido por el hombre y que tiene como sustrato una materialidad, independientemente de los fines para los que haya sido creado, poniendo el énfasis por tanto en los usos, simbolismos y valoraciones que cotidianamente se hacen de esos objetos.

El estudio de la cultura material permite a la historia (entre otras disciplinas), acercarse a la explicación y comprensión de cómo los seres humanos en sociedad hemos resuelto las necesidades de la vida, no sólo las básicas (comer, vestir, defecar, tener sexo o dormir) sino también aquellas que se han ido generando con el tiempo o que obedecen a otras dimensiones de lo humano como la espiritual (religión), pero que al fin y al cabo se concretan en productos materiales (como objetos rituales). En este sentido, el estudio de la cultura material se hermana con el estudio de la vida cotidiana en tanto que es en la cotidianidad donde usamos, construimos, producimos, conservamos o desechamos ideas y objetos. En este sentido, existen una serie de manifestaciones, creencias y prácticas que corresponden de forma exclusiva a las mujeres y que pueden ser abordadas como parte de su cultura material y de su patrimonio.

García Canclini (1993), siguiendo a Bourdieu, estudia dos cuestiones articuladas en torno al capital cultural: por un lado, el patrimonio

como parte de la reproducción social y la desigualdad cultural y por el otro, los conflictos específicos que se desarrollan en torno al mismo, más allá de las desigualdades estructurales. Distingue entre el patrimonio en un sentido amplio (bienes representativos de cualquier grupo social) y aquel otro legitimado, objeto de las políticas culturales.

A partir de esta distinción y siguiendo los datos que han analizado la presencia de las mujeres en los espacios oficiales consagrados al patrimonio y la cultura, para el caso de México (Guazzaroni, 2013; Solís y Ayala, 2017; Acosta, 2017), podemos ver que la presencia de las mujeres y sus saberes y haceres está “borrada” de los espacios públicos y más de los espacios legitimados por las políticas públicas.

Del patrimonio con perspectiva de género

Durante siglos, la visión sobre el patrimonio fue muy limitada, sin embargo, los estudios más recientes han permitido abrir el campo e incluir dentro de él una serie de prácticas y saberes que en un inicio estaban excluidos. Producto de tal apertura, se ha comenzado a investigar el patrimonio, sin embargo, poco se ha hecho desde la perspectiva del género. En este sentido, este trabajo es muy relevante por estar inserto en un área de frontera, por la novedad del enfoque y por el espacio-tiempo al cual se dirige.

Dadas las vicisitudes de la historia nacional y la necesidad de construir una nación, el gobierno de Porfirio Díaz y quienes le apoyaron desde las diversas trincheras en que les tocó combatir, propusieron un discurso capaz de aglutinar a una población que era mexicana sólo de nombre. La diversidad étnica, cultural y económica contrastaba rotundamente con la casi homogeneidad religiosa, pero no era ésta la que se

quería exaltar, sino todo lo contrario. La idea era construir una nación laica, con ideas liberales, que pudiera insertarse a la senda del progreso y la modernidad.

Según ha señalado Enrique Florescano (2005), las artes y las ciencias fueron una de las vías a través de la cual se acometió el objetivo. Por ello, durante el gobierno de Díaz y bajo la dirección de Vicente Riva Palacio, se inició la tarea de construir un discurso visual que recuperara el pasado nacional para proyectar el futuro. Ese pasado se buscó en el período prehispánico. Figuras como la de Cuauhtémoc, dice Florescano (2005) sirvieron para legitimar el proyecto liberal al hacer la analogía entre la defensa de la patria encabezada por el último rey mexica frente al conquistador y los liberales mexicanos frente a los franceses.

Con estas premisas, la Ciudad de México, y otras ciudades de la República, comenzaron a ser embellecidas con estatuas de sus próceres: Cuauhtémoc, Hidalgo, Juárez, Zaragoza y el propio Díaz, vinieron a sustituir al antiguo panteón religioso para imponer un nuevo calendario cívico. Dice Florescano:

La idea de Vicente Riva Palacio de hacer del Paseo de la Reforma una avenida patriótica, que rindiera homenaje a los defensores de la república en cada glorieta, fue continuada por Francisco Sosa, uno de sus admiradores y colaboradores. El 2 de septiembre de 1877 el diario *El Partido Liberal* publicó una convocatoria firmada por Sosa, invitando a los estados de la república a erigir en el Paseo de la Reforma dos estatuas con la efigie de sus hombres preclaros, de modo que esta avenida fuera una “glorificación de los mexicanos ilustres [una] manifestación de la gratitud del pueblo mexicano a sus héroes [y una contribución] al embellecimiento de la ciudad” Florescano, 2005: 156).

Estos monumentos, junto con edificios públicos, casas, pinturas y obras menores, forman hoy parte del patrimonio cultural que hemos heredado, pero en esa construcción no aparecen las mujeres, ni como protagonistas ni como hacedoras.

Estudiar el patrimonio, en esta época, es importante porque es en este tiempo, precisamente, donde comienzan a darse las batallas por la protección y el resguardo del patrimonio nacional, tal y como lo evidencian dos hechos singulares: primero, el debate en torno a los restos arqueológicos localizados por el francés Desiré Charney, debate que culminó en la idea de proteger lo que habíamos heredado de nuestros antecesores y, segundo, la creación de los primeros espacios museísticos para la exhibición, conservación y estudio de estos bienes (Florescano, 2005).

Estudiar el patrimonio en esta temporalidad desde la perspectiva del género y hacer énfasis en la cultura material de las mujeres, entendida como lo producido por ellas, permite visibilizar y revalorar un hacer que históricamente ha pasado desapercibido pues, como lo señala Bourdieu “las mismas tareas pueden ser nobles y difíciles cuando son realizadas por unos hombres, o insignificantes e imperceptibles, fáciles y triviales cuando corren a cargo de las mujeres” (1998; 79).

Partiendo de las premisas anteriores nos preguntamos, ¿cómo contribuyeron algunas de las mujeres queretanas a la construcción de saberes y haceres y cómo esas producciones, materiales o inmateriales, fueron valoradas y, en su caso, patrimonializadas?

De las fuentes

Para responder a esta pregunta central debimos buscar aquellos espacios y fuentes que nos permitieran acercarnos a los saberes y haceres de las

mujeres. Nuestra estancia en el Archivo Histórico del Estado de Querétaro nos había permitido entrar en contacto con una serie de documentos e informaciones que nos mostraban que las mujeres también eran productoras de saberes y hacedoras de objetos materiales que debían ser revalorados como parte de la cultura material. Específicamente, habíamos encontrado algunas notas periodísticas sobre las participaciones de los queretanos en las exposiciones industriales locales, nacionales e internacionales, entre cuyas menciones había algunas mujeres. Partiendo de estos indicios, decidimos profundizar la búsqueda, no sólo en la hemerografía sino también en los acervos producidos por el fondo ejecutivo en tiempos de don Porfirio. La búsqueda en estos fondos fue ardua, sobre todo porque los documentos no están totalmente catalogados. Están contenidos en cajas, separados por año y en algunos casos tienen un expediente. Frente a esta situación, para dar cuenta de ellos, seguimos el criterio de respetar esta forma de organización y de numerar las fojas en el orden en que aparecían. Ello puede representar un problema pues, si se consultan y se modifica el orden, la referencia puede ya no coincidir. Nos encontramos también con que la información relacionada con un evento no está toda en la misma caja o en el mismo expediente. Incluso puede ser que pasen varios años para volver a encontrar información sobre una misma exposición, tal es el caso de la Exposición Universal de San Luis, Misuri, la cual incluye años desde 1902 hasta 1907, aunque de forma discontinua. Fue también un problema el encontrar mucha información repetida, lo que se puede entender si consideramos que la misma se turna en diferentes niveles de gobierno (Federal, estatal, distrital y municipal). Así, hay abundancia de información sobre envíos de reglamentos, formularios, etiquetas, etc., pero muy poca en relación con los productos y los expositores. Sin embargo, pese a estas condiciones, algo pudimos extraer de la documentación.

También indagamos en la historiografía que se ha producido sobre las exposiciones universales, tanto a nivel internacional como nacional y local. Las miradas disciplinares desde donde se han estudiado son múltiples pues la arquitectura, la ingeniería, el urbanismo, la literatura, el arte, por mencionar algunas disciplinas, han encontrado en estos eventos mucho material para indagar. La procedencia de los estudios también es muy variada pues casi todos los países que han participado han producido algo, sin embargo, habrá que destacar la producción europea y norteamericana, sobre todo, francesa, española e inglesa que, para nuestro trabajo, fue usada sólo como referente contextual en tanto que lo que nos interesa es dar cuenta de cómo y quiénes participaron representando al Estado de Querétaro.

A continuación, hacemos una revisión que más que exhaustiva pretende ser ilustrativa de lo que, en diferentes lugares del orbe y desde diversas miradas, se ha producido sobre las exposiciones universales.

En el plano internacional, Sánchez (2002) aborda dentro del contexto de las exposiciones universales la Exposición de Filipinas, discutiendo los fines de las exhibiciones y la forma en que “los otros” fueron presentados en estos espacios, sirviendo como medios para legitimar la empresa colonizadora y redentora de occidente sobre los bárbaros e incivilizados del orbe. Almazán (2006) muestra cómo las exposiciones universales sirvieron de marco para difundir una serie de ideas en torno al arte, poniendo como ejemplo el caso del “japonismo” que se puso de moda, principalmente en España, a partir de la Exposición Universal de Barcelona de 1888. Galliers y Polo (2008) dan cuenta de la participación de España en la Exposición Universal de Filadelfia (1876), haciendo énfasis en el papel que jugó el vino de Montilla, destacado por el número de preseas que obtuvo. Por otro lado, Quiza (2007) destaca el papel ideológico y cultural que representaron las exposiciones, pensadas no sólo como un

evento económico, sino, sobre todo, como una representación alegórica del capital. Propone que ideológicamente las exposiciones sirvieron para difundir un discurso universalizante que enaltecía una serie de valores como la democracia, la modernidad y la fraternidad que debían tender a la homogenización de la humanidad toda. Lasheras (2009), por su parte, da cuenta de la imagen nacional de España en París. La obra, ampliamente documentada y con valiosos apéndices que sistematizan la información revisada, es útil en muchos sentidos pues no sólo cumple el objetivo de mostrar la imagen que se proyectó de España en dicha exposición, sino que también aporta en términos del estado del arte sobre el estudio de las exposiciones, de forma que se puede remitir uno a esa obra para ampliar el panorama. Marta Giné (s/f), da cuenta de cómo el periódico barcelonés *La Vanguardia* reseñó la Exposición Universal de París de 1889. Entre sus hallazgos, destaca la admiración que se tiene por París y lo que esta ciudad representa, así como una contradicción entre el sentimiento de inferioridad frente a lo francés y la defensa de lo propio. Destaca así mismo el aburguesamiento tanto de las costumbres como del pensamiento. Martínez (s/f) también aborda la participación de España, pero en la Exposición Universal Colombina de Chicago en 1893. El trabajo describe desde los antecedentes de la exposición hasta la participación de España, destacando el papel que jugó Estados Unidos en la conmemoración del Descubrimiento de América como un acto de legitimación de su dominio sobre América. Morillo (2015) en su trabajo “Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX” analiza la literatura que se produjo a raíz de la visita de los autores a estos eventos. Los resultados muestran que las publicaciones incentivan a los viajeros para que más personas quisieran visitarlas. Al mismo tiempo, la participación de los viajeros en las exposiciones, las charlas con otros y las lecturas que ahí se consiguen, permiten entrar en contacto con nuevas

maneras de entender el arte, escribir y mirar al otro y a sí mismo. En una obra previa (s/f), la misma autora analiza el caso de Emilia Pardo Bazán y las obras que produjo con motivo de su visita a la Exposición Universal de París de 1889.

En América Latina también se fomentó la participación de las diversas naciones en este tipo de eventos. Gólcher (1998) analiza, desde la política, el caso de Costa Rica y señala que las exposiciones universales fueron utilizadas como vehículos para hacerse conocer del mundo, insertándose de esta forma en una economía liberal de mercado, ofertando productos agrícolas como el café y legitimando una idea de nación propuesta por la oligarquía burguesa del país. Las decisiones políticas que tomó esta oligarquía, dice, intentaron imitar la imagen de nación que proyectó Europa y su participación fue el medio ideal para ser visto. Scarano (s/f), por su parte, nos muestra cómo fueron recibidas por los lectores las noticias publicadas en el periódico *La Nación* relacionadas con las Exposiciones Universales de París (1889 y 1900). Destaca la autora cómo la prensa jugó distintos papeles en la distribución de este tipo de notas, primero, coadyuvó a la construcción de imaginarios sobre la ciudad, los inventos, la modernidad y, segundo, se propuso como un medio para educar a la población que, a través de la lectura, podía acceder al conocimiento de la geografía, la historia o el arte. Milos (2014), desde la mirada del arte, indaga en cómo la participación de Chile en la Exposición Universal de París de 1889 sirvió para construir un discurso identitario y nacional a partir, primero, de la construcción del Pabellón París y luego, de la exhibición de una selección de obras de arte que permitían constatar lo avanzado de la nación y, por lo mismo, el mérito para ser incluido en la lista de países civilizados. Por otra parte, Haro (2015) analiza la forma en que los paisajes de *El Ecuador en Chicago* modelaron las iconografías regionales

del país, explicando la manera en que estas imágenes dieron forma el escenario artístico y político del país a finales de siglo, contribuyendo a la creación de ficciones de estado, de *rêveries* de exportación y de imaginarios internacionales. Pretende la autora con este trabajo, contribuir al conocimiento del arte ecuatoriano del siglo XIX. Castellanos (s/f), por su parte, da cuenta de la participación de Guatemala en las Exposiciones Internacionales, sobre todo, en la Exposición Centroamericana de 1897, la cual fue convocada y organizada por la propia Guatemala como una muestra de cordialidad después de los desencuentros tenidos con otros países de la región. Al mismo tiempo, la exposición pretendía ser un escaparate para mostrar al mundo y, sobre todo, a las potencias industriales, los productos centroamericanos que se podían ofrecer como materias primas para la industria.

A nivel nacional, las aportaciones han sido muy significativas al dejar de lado la visión generalizante de la historia y recuperar las especificidades locales. Mauricio Tenorio Trillo (1998) mostró en su libro cómo la participación de México en las Exposiciones Universales contribuyó no sólo a difundir un ideal civilizatorio sino también a construir un discurso sobre la modernidad y la identidad nacional. Destaca el autor cómo, tomando como modelo lo ocurrido en estos eventos, México como nación y la clase alta como ejecutora, pugnaron por llevar al país por la senda de la modernidad, el progreso y el cosmopolitismo. Clementina Díaz y de Ovando, desde la *Historia de la prensa y el periodismo*, da cuenta de la presencia de México en las Exposiciones de distinta manera. Primero, en “México en la Exposición Universal de 1889” destaca, a partir de una revisión hemerográfica, el proceso de gestación del edificio que albergó los productos mexicanos, así como los comentarios vertidos por la prensa, tanto nacional como extranjera, sobre la participación nacional y, segundo, en la obra *Las ilusiones perdidas del General Vicente Riva*

Palacio (2002) hace el recorrido de una serie de propuestas realizadas, por diversos personajes, para organizar en México una exposición que emulara primero la de Londres en 1851 y luego las que se realizaron con posterioridad. Desde la arquitectura, Fausto Ramírez da cuenta del programa iconográfico que orientó la decoración del pabellón que albergó los productos mexicanos en la Exposición Universal de París de 1889. Desde la misma disciplina, Arciniega, *et. al.*, (2010) dieron cuenta de los pabellones construidos por México para albergar sus productos en las Exposiciones Universales realizadas entre 1889 y 1929, destacando en sus indagaciones, la búsqueda de una identidad nacional a partir del uso de materiales y la recuperación de imágenes y motivos del pasado histórico, prehispánico y colonial, para presentar una imagen de México ante el mundo. Por otra parte, Lourdes Herrera Feria (s/f) ha analizado el papel de los y las poblanas en la puesta en escena de la modernidad y el progreso de México, destacándose, de entre los grupos participantes, el de los agricultores. De la Torre (2013) ha estudiado las exposiciones industriales en Jalisco (México) entre 1848 y 1880, eventos a los cuales acudían “Las clases productoras” de la entidad, entrando por esta vía de lleno al proceso industrializador promovido por el porfirismo. Miguel (1996-1997) ha estudiado también las representaciones de Sinaloa en las Exposiciones, tanto Universales como nacionales, mencionando, por ejemplo, la representación que envió ese Estado a la Exposición Industrial de Querétaro en 1882. José Oscar Ávila (2013) por su parte, ha abordado la exposición industrial organizada con motivo de la llegada del ferrocarril a la ciudad de Querétaro en 1882. El autor señala que las exposiciones fueron una estrategia político-económica para incentivar las inversiones y la industrialización, sin embargo, los resultados no fueron los esperados pues si bien políticamente fueron un éxito, económicamente no se obtuvieron los resultados anhelados.

Desde la mirada de la Historia de las mujeres María de Lourdes Herrera (2015) presenta un recorrido general de la participación de las mujeres en las exposiciones universales del siglo XIX, destacando la participación de las poblanas. Herrera muestra que, por lo menos en la exposición de 1893, las mujeres participaron, además de las labores tradicionales, en el campo de la poesía. Oliva Solís (2017) ha estudiado el papel de las mujeres queretanas en la Exposición Industrial de Querétaro en 1882, destacando que las posiciones de clase fueron determinantes en la participación de las mujeres y que sus aportaciones se ciñeron a los espacios y las actividades que les correspondían por su sexo. Eva Lilia Acosta (2017) estudió también a las queretanas que participaron en la exposición colombiana de 1893, encontrando muchas similitudes con la de 1882. María Elizabeth Jaime (2017) por su parte, estudia a las escritoras mexicanas que participaron en la Exposición Universal de Chicago (1893) y que quedaron reseñadas en un álbum compuesto por José María Vigil. Tanto Herrera como Solís y Acosta coinciden al señalar las condiciones marginales en las que participaron las mujeres, pese a lo cual, pretendían con su presencia contribuir al lucimiento de la nación o de las regiones en el mundo.

A partir de la revisión bibliográfica podemos mostrar cómo la perspectiva dominante desde la que se abordan estos sucesos es la económica, con énfasis en el desarrollo del capitalismo y de la industrialización como vía para acceder a la modernidad, al progreso y entrar con ello “al concierto de las naciones”. Desde esta mirada, se hace énfasis en los inventos, las aportaciones a la industria, los recursos naturales (sobre todo cuando no se tienen desarrollos tecnológicos o industriales) y por supuesto a los empresarios e industriales que hacían posibles las mejoras. La arquitectura ha hecho también notables aportaciones al estudio de las Exposiciones Universales, pero, dado su objeto, la centralidad la tienen

los edificios, la estética y los discursos que se tejen en torno a sus significaciones en un contexto histórico. Y si bien son muchas las miradas disciplinares (literatura, arquitectura, urbanismo, sociología, periodismo, etc.) y por tanto los objetos de estudio (diseños de espacios, avances científicos y tecnológicos, diseño de jardines, artes, entretenimiento, prensa, etc.), destaca la ausencia de las mujeres como objeto de estudio y como sujetos de la historia, ausencia que intentamos subsanar.

La investigación se nutrió fundamentalmente de estas fuentes historiográficas además de las hemerográficas y documentales oficiales, pero también abrevó de otras referencias bibliográficas como memorias, informes y otras obras producidas en el contexto de los eventos analizados. Algunas de estas obras están en el propio Archivo Histórico, otras están en la Biblioteca del Congreso del Estado, unas más están disponibles en la red, de forma digital, aunque pertenecen a diversas instituciones, como la Universidad Autónoma de Nuevo León.

También pudimos localizar en los archivos y repositorios del Museo Regional de Querétaro algunas medallas y diplomas de los obtenidos por el Estado de Querétaro o por particulares. Desafortunadamente, en la historia de las cosas que forman parte de las colecciones del museo, no tenemos aún noticia de su procedencia. En ese sentido, tales medallas y diplomas nos han servido para ilustrar y testimoniar la presencia de los y las queretanas en estas justas civilizatorias.

El objetivo del trabajo es dar cuenta de la participación de algunas de las mujeres queretanas en la construcción de un patrimonio y su aportación a la cultura, específicamente en las exposiciones locales y universales en las que participó Querétaro y México. Además, nos interesa mostrar las condiciones ideológicas, políticas, económicas y materiales desde donde estas mujeres producen, ello con el afán de valorar, desde otro ángulo, la producción femenina de cultura y contrastarla

con la forma en que se ha valorado la producción masculina para, como lo ha dicho Bourdieu (2000), evidenciar que lo que produce una mujer, por el solo hecho de ser mujer, es menos valorado que lo que produce un varón, por el solo hecho de ser varón.

Los resultados del trabajo que aquí presentamos están organizados en torno a tres participaciones de las queretanas en exposiciones: la industrial de Querétaro de 1882, la colombina de Chicago de 1893 y la de París de 1900. Si bien el énfasis está en estas exposiciones, por la disponibilidad de información, también se da cuenta de otros eventos de esta índole celebrados en la temporalidad de estudio, pero no se enfatiza tanto dada la ausencia de material informativo.

Estamos conscientes de que, a nivel internacional existe mucha información sobre las exposiciones universales, evento que ha sido visto como uno de los grandes logros de la civilización y, por lo mismo, ampliamente documentado y estudiado, pero no nos detendremos en ellos dado que lo que nos interesa es más local, pero no por ello menos digno de indagación.

La realización del proyecto contempló dos etapas investigativas: la primera se dividió a su vez en dos momentos: el primero estuvo dado por la revisión bibliográfica y elaboración del estado de la cuestión a partir de las categorías Historia de las mujeres con perspectiva de género, cultura material de las mujeres y patrimonio; el segundo momento implicó la construcción del contexto histórico-social de la temporalidad revisada, el cual resulta importante pues es el que nos brinda los elementos ideológicos para valorar las aportaciones del saber y hacer femenino. La segunda parte comprende el trabajo de campo, el cual incluyó la búsqueda de datos en archivos tanto oficiales como particulares. Para el trabajo con documentos recurrimos a la metodología documental. La búsqueda en archivos pretendía localizar noticias en torno

a la producción de saberes y su traducción en haceres de las mujeres, las cuales pueden ejercer una profesión (maestras, enfermeras, obstetras), ser artistas o pertenecer al común del pueblo, sin por ello menospreciar sus aportaciones, más bien, por el contrario, revalorar estos haceres desde una posición de clase. En todos los casos, la información que fuimos recabando implicó la identificación de sus datos personales (cuando había elementos que nos permitieran identificarlas y rastrearlas, que fueron los menos), trayectorias de vida, formación, trayectorias artísticas y producción, todo ello, en la medida en que las fuentes nos lo permitían pues, dados los silencios en torno a las mujeres y su poco valorado papel como productoras de conocimiento o cultura, es difícil encontrarlas como sujetos particulares y, un poco más común como sujetos comunitarios. En la categoría artistas incluimos poetisas, literatas, pintoras o aquellas que realizan “artes menores” como los bordados, tejidos o confección de alimentos, bebidas u otros productos.

El trabajo está estructurado en cuatro capítulos: en el primero construimos un contexto que permite ubicar las condiciones políticas, económicas, sociales e ideológicas que hicieron posibles la realización de las Exposiciones Universales en el marco del progreso, el imperialismo y la incorporación de las nacientes naciones, para incorporarse al escenario internacional. El contexto está construido en tres niveles: el internacional, el nacional y el local.

En el segundo capítulo damos cuenta de las exposiciones en las que México participó, describiendo los procesos que había que completar para poder participar, así como la idea de que en el país debían también impulsarse este tipo de encuentros para impulsar el crecimiento de las economías locales.

En el capítulo tres construimos un contexto para el Estado de Querétaro durante el siglo XIX, poniendo el énfasis en el período del Porfiriato

y dando cuenta de la primera exposición industrial que se llevó a cabo en el estado en 1882.

El cuarto capítulo aborda la participación de las queretanas en las Exposiciones Universales, dando cuenta de los ramos en los que lo hicieron y los resultados obtenidos, así como la valoración que se hizo de sus aportaciones.

Finalmente, en la última parte, proponemos algunas reflexiones a modo de conclusión. El trabajo que aquí proponemos de ninguna forma está acabado. El conocimiento siempre es perfectible y con nuevas fuentes puede ser enriquecido, problematizado y complejizado para generar nuevas interpretaciones. Es más bien una primera aportación al estudio de la participación de Querétaro en las Exposiciones Universales y de manera particular de las mujeres. Otros (as) investigadores (as) podrán, más adelante, abreviar de esta aproximación.



CAPÍTULO I
las exposiciones
universales
como justas
civilizatorias

Entender muchos de los acontecimientos que acaecieron en el siglo XIX es posible sólo si los enmarcamos en contextos más amplios. En este sentido, entender la trascendencia que tuvieron las Exposiciones industriales y universales en el mundo occidental es sólo posible si las ubicamos en el horizonte del espíritu ilustrado, del surgimiento de los estados-nación y el nacionalismo como fenómeno social, por un lado y, por el otro, en el desarrollo de la ciencia y la tecnología resultantes de las revoluciones industriales. En este capítulo, presentamos de forma general el contexto en el que se realizan las Exposiciones Universales, así como las dinámicas que se desarrollan en su interior para, desde esta óptica, valorar la participación de México, Querétaro y las mujeres, en la justa civilizatoria.

El siglo del progreso

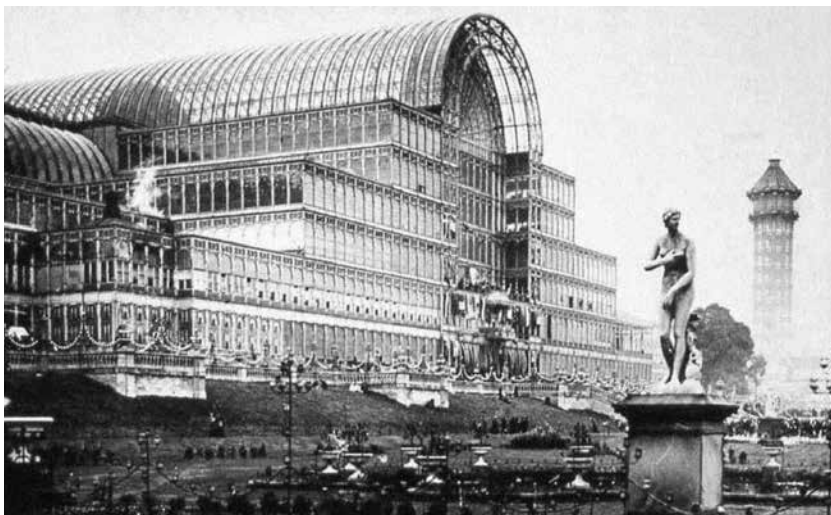
El siglo XIX ha sido considerado por muchos como el siglo del progreso, un concepto acuñado en las postrimerías del siglo XVIII pero que alcanzó su mayor concreción a mediados de la centuria decimonónica cuando las potencias europeas alcanzaron su máximo esplendor imperial.

El progreso fue pensado por los ilustrados y luego por los positivistas como el camino que la naturaleza había fijado a la humanidad para alcanzar su máximo desarrollo. Esta idea de cambio, dice Hobsbawn, parecía lineal y suponía que todos los pueblos del mundo estaban en ese camino, pero unos habían avanzado más que otros, idea que permitía explicar por qué unas naciones estaban más civilizadas que otras. Desde esta perspectiva, el mundo estaba dividido en dos grandes zonas desiguales: los países civilizados y los bárbaros. La civilización, siguiendo de nueva cuenta el modelo ilustrado, podía hacerse evidente, como lo propuso Voltaire (1954), en el perfeccionamiento de las costumbres, el refinamiento de las maneras, la riqueza del lenguaje, el adelanto de las artes, el incremento de la educación y, sobre todo, el triunfo de la ciencia y la técnica sobre la naturaleza.

Hacer visible la civilización era importante porque permitía ubicar a las naciones en una posición respecto de otras. Las naciones más avanzadas, más desarrolladas, eran aquellas que habían comenzado ya el camino de la industrialización y la vida urbana, en oposición a aquellas otras que aún tenían en la agricultura la base de su economía y seguían viviendo en el campo, espacio de contradicción en el pensamiento occidental al hacerle los ilustrados sinónimo de rusticidad y, al mismo tiempo, en el pensamiento romántico, de virtud. El progreso, dice Hobsbawn,

se veía por la curva siempre creciente en todo aquello que podía ser medido o de lo que los hombres decidieran medir. (...) El progreso era especialmente evidente e innegable en la tecnología y en su consecuencia obvia, el incremento de la producción material y de la comunicación (2009: 34).

Sin embargo, pese a que el ideal occidental era señalar la senda del progreso para que todas las naciones transitaran por ella, al interior



El Palacio de Cristal, sede de la Primera Exposición Universal de Londres, 1851.

mismo de los países avanzados había sectores “atrasados”, pues el progreso no fue homogéneo ni se dio al mismo tiempo en todas las naciones. Dice de nueva cuenta Hobsbawn:

La mayor esperanza para los pobres, incluso en las zonas desarrolladas de Europa, era todavía ganar lo suficiente para mantener unidos el cuerpo y el alma, tener un techo sobre la cabeza y la ropa necesaria, especialmente en los momentos más vulnerables de su ciclo vital, cuando las parejas tenían hijos que no habían alcanzado aun la edad de ganarse el sustento y cuando los hombres y mujeres envejecían (2009: 37).

Pero esas contradicciones internas no eran tan evidentes pues los gobiernos se esforzaban por minimizarlas, disfrazarlas o invisibilizarlas,

presentándose ante el mundo como naciones sin fisuras, condición imposible en tanto que la idea de nación suponía la unidad étnica, lingüística, religiosa y educativa, lo cual, en la mayoría de los casos, era más un ideal que una realidad. Y aún en los casos de las naciones más consolidadas, como Francia e Inglaterra, en su interior, bullían anhelos de libertad e independencia de ciertas minorías, como Irlanda en el Reino Unido o Alsacia y Lorena en el Imperio Alemán. Las diferencias además no eran sólo políticas o ideológicas pues el progreso de unos se cimentaba sobre la sumisión de otros. Ello puede verse, por ejemplo, en la novela *Germinal* (de Émile Zola, publicada en 1885), la cual retrató las duras condiciones de vida de la clase trabajadora minera y el contraste con las burguesías capitalistas. El arte, en este sentido, se convirtió en un medio para, por un lado, mostrar sí el progreso, pero, por el otro, hacer la crítica social de la época y pintar (con imágenes o con palabras) los retratos de las costumbres, los tipos que pueblan la ciudad, la vida de los suburbios y de los pobres¹. Así pues, el progreso en muchos sentidos y para las mayorías, era más una aspiración que una realidad. Sólo algunos grupos humanos pudieron gozar plenamente de él, mientras que las grandes mayorías quedaron ayunos de sus beneficios, padeciendo más bien los estragos que suponía el progreso, como la pobreza, la marginalidad, la falta de acceso a la salubridad, la educación, los servicios públicos o el arte, sin dejar de lado, muchas veces, lo más básico para la vida como el acceso a vivienda o la posesión de utensilios y tecnologías que facilitaran la vida cotidiana.

Sin embargo, pese a las contradicciones internas, tampoco se podía negar que el mundo avanzaba. Hobsbawn (2010) señala algunos datos estadísticos en torno, por ejemplo, a la producción de hierro y carbón

1 La literatura realista y costumbrista puede ser una muestra de los problemas sociales que acarrea la industrialización, la migración y la urbanización, considerados como la causa principal de la pobreza, el vicio y la degradación moral que padecían las grandes urbes. Al respecto puede verse: Rubio, (2010).

en países como Gran Bretaña donde se duplicaron o triplicaron los millones de toneladas. Da cuenta también del crecimiento del kilometraje de vías férreas, del crecimiento de las ciudades como los centros por excelencia del comercio y las actividades financieras y del cambio de las costumbres originado con el dominio de la clase burguesa como el nuevo modelo cultural a imitar.

El nacionalismo

El progreso, fue una de las líneas discursivas de la segunda mitad del siglo XIX, pero a ella se añadió el nacionalismo y el ideal civilizatorio.

Para Hobsbawn (2010), la idea de nación es reciente y aunque se suele utilizar el término en numerosos contextos y situaciones, tal uso está marcado por su ambigüedad. En un intento por definirlo, analiza las distintas definiciones que se le han dado, concluyendo que no podemos entender la nación sin un fenómeno previo que fue el nacionalismo.

Si bien el nacionalismo comenzó a gestarse a comienzos del siglo XIX, va a ser en las últimas décadas del mismo que alcanzará sus mayores notas. Siguiendo a Hobsbawn (2009: 152):

El término nacionalismo se usó por primera vez en las postrimerías del siglo XIX para definir grupos de ideología de derecha, en Francia e Italia, a quienes gustaba agitar la bandera nacional en contra de los extranjeros, los liberales y los socialistas, y que se mostraban partidarios de la expansión agresiva de sus propios estados...

Estos grupos, siguiendo al mismo autor, exigían el derecho de autodeterminación de los pueblos, la no intromisión de los extranjeros en

su economía y cultura y, en último caso, el derecho de las minorías de formar estados independientes. La proliferación de estos movimientos, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, se vivió con gran intensidad, primero en Europa (sobre todo entre las minorías étnicas, deseosas de obtener su independencia de los grandes imperios) y posteriormente, con menor fuerza, en Asia (con, por ejemplo, la rebelión de los bóxers en China o la rebelión de los cipayos en India).

La base del nacionalismo, dice Hobsbawn, en todo tiempo, era la misma: “la voluntad de la gente de identificarse emocionalmente con ‘su’ nación y de movilizarse políticamente como checos, alemanes, italianos o cualquier otra cosa, voluntad que podía ser explotada políticamente” (2009: 153). Y es precisamente en esta movilización política a partir del nacionalismo que está la diferencia con los movimientos nacionalistas de las primeras décadas del siglo XIX. Hobsbawn destaca que en esta época cuestiones como el grupo étnico, la lengua y los símbolos patrios comenzaron a ocupar el centro de las discusiones, poniendo como ejemplo a Irlanda, el País Vasco o el Sionismo. Los irlandeses, los vascos o los sionistas no sólo reclaman un territorio como propio frente a un dominador, sino también el respeto a sus usos y costumbres, su lengua y su derecho a la autodeterminación.

La nación, como construcción social, es un producto del Estado de finales del siglo XIX. Su contenido ideológico y político sirvió de base para unificar y cohesionar a sus habitantes en torno a una serie de valores e ideas que les permitían sentirse identificados con algo (historia, lengua, religión, etnia) y luchar por ello. Así, la idea de “nacionalismo” supone no sólo el amor o la adhesión sentimental hacia lo que ello represente, sino también el compromiso de defender esas ideas frente a otras naciones, pensadas no sólo como diferentes sino, incluso, como desiguales.

Las diferencias entre naciones resultaban más que evidentes en el discurso ilustrado. Condorcet (1997), por ejemplo, en su *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1785) señala que no todos los pueblos están en los mismos estadios de progreso, el cual se piensa como el resultado de un proceso evolutivo. Voltaire, en la ya citada obra de *El siglo de Luis XIV* (1751) y en el *Ensayo sobre las costumbres y el Espíritu de las Naciones* (1756), enfatiza los grados de progreso alcanzados por los diversos grupos humanos, los cuales se evidencian, precisamente, en los modales, el refinamiento del arte, la lengua y las costumbres. Esas diferencias eran explicadas a partir de diferentes argumentos, los cuales iban desde la situación geográfica y el clima hasta las incipientes ideas que más tarde darían origen a la teoría de la evolución, la cual suponía un proceso de mejoramiento natural y, lo que más tarde sería denominado, la sobrevivencia de los más aptos.

Bajo estos esquemas, Europa mostraba más progreso y ello se atribuía al predominio de la raza blanca sobre las otras, al clima templado de esa franja del globo, lo que favorecía el desarrollo del espíritu; al cristianismo como base del progreso (tal y como lo había expresado Condorcet (1997) y al desarrollo de las ciencias y la tecnología como herramientas para la dominación de la naturaleza.

Con estas ideas en mente, cuando se convoca a las naciones a participar en las Exposiciones Universales, lo que está de fondo es la necesidad de mostrar al mundo el progreso que x o y nación han alcanzado, evidenciando su superioridad frente a los otros y, derivado de ello, su derecho a conquistar, dominar, poseer e incluso “salvar” a quienes aún están en vías de alcanzar el progreso y la civilización. Así, el espacio de las exposiciones, ya sean internacionales o universales, es la arena donde se evidencia y se dirime la disyuntiva entre la civilización y la barbarie, entre el más fuerte y el más débil, entre el dominador y el dominado, entre el colonizador y el colonizado.

Las ferias y exposiciones

Las ferias fueron, durante muchos siglos, los espacios privilegiados para el comercio y la economía. Este tipo de eventos se realizaban de forma regular en diversas localidades, exponiéndose los productos que la región les proporcionaba y que, se consideraba, podría darles una ventaja competitiva frente a otras regiones. Dado que lo que se esperaba era la venta de los productos, los gobiernos apoyaban la causa exentándolos de impuestos para reducir sus precios y volverlos atractivos a los compradores.

De las ferias regionales (con una larga tradición desde la Edad Media) o nacionales, se pasó, a raíz de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa, a las exposiciones de mayor envergadura. Entre las más reconocidas están las ferias que se organizaban en Francia a comienzos del siglo XIX, pero destaca sobre todas ellas, la Primera Feria Industrial celebrada en París en 1798 con motivo del aniversario de la fundación de la república. La propuesta, realizada por el Ministro del Interior de la República Francesa, François de Neufchâteau, recogía una serie de inquietudes expresadas por un grupo de notables que pretendían ofrecer un espectáculo diferente al pueblo. Las propuestas fueron diversas, pero la del ministro fue la aceptada: exponer ante el público los productos de la industria francesa (Chandler, 2000). El mismo autor señala que la exposición se inspiraba en las ferias que ya se celebraban en algunas ciudades francesas como Champagne o Saint Denis, en las cuales, además de la compra y venta de productos había espectáculos públicos, torneos y procesiones triunfales. La exposición recuperó también de estos eventos medievales la idea de la competición, sólo que ya no serían competencias físicas, sino torneos entre artistas o productores. El ganador, a juicio de un jurado calificador, obtendría honor y prestigio y sería condecorado



La Torre Eiffel, símbolo de París a partir de la Exposición Universal de París, 1889.

públicamente. El evento, como sus antecesores, estaría engalanado por discursos, música y fuegos de artificio que le darían realce.

La exposición, acorde con la retórica revolucionaria, construyó templos para exponer sus obras, las cuales sirvieron para mostrar el triunfo de las ciencias y las artes, colocando a Francia en la cúspide de la evolución humana.

Tan magna obra, requirió de numerosos esfuerzos pues habría que acondicionar el espacio, garantizar la concurrencia de los expositores, buscar a los jurados y un sin número de actividades que ayudarían a dar brillo a la exposición, la cual se inauguró, según reseña Chandler (2000) con un magnífico desfile donde se congregaron los “soldados industriales” de Francia que también combatían por el engrandecimiento de la República Francesa, sólo que desde otras trincheras, no las del campo de la guerra, sino las del arte, la ciencia y la técnica.

Entre 1798 y 1849 Francia organizó diez exposiciones nacionales. Lo mismo ocurrió en Reino Unido, quien desde finales del siglo XVIII también venía realizando exposiciones tanto artísticas como industriales. Ambos países, en el cénit de su gloria colonial, fueron los impulsores de las exposiciones universales. Dice Morillo:

Francia y el Reino Unido dieron a las exposiciones nacionales un carácter educativo desde dos perspectivas distintas. Francia necesitaba mostrarle técnicas a su industria y darle confianza para fortalecerla a nivel nacional e internacional, hasta el punto de que llegó a convertir las exposiciones en una política nacional. El Reino Unido no estaba empeñado en vender, sino en desarrollar tecnología; por lo tanto, sus exposiciones nacionales promovían la experimentación y la creatividad. Para ambos países, la promoción del principio de la exhibición sería un mecanismo para realzar el comercio, para la promoción de las nuevas tecnologías y para la educación de las clases medias (2015: 32).

Comerciar, promover la tecnología y educar a los otros fueron los tres grandes ejes en torno a los cuales giró la organización de las exposiciones, pero los mismos no estaban destinados a todos por igual: el grupo social al que se pertenece o la nación a la que se representa, marcará la diferencia.

Pese a la realización de exposiciones tanto en Francia como en Reino Unido, la primera Exposición Universal se considera fue la de Londres en 1851. La internacionalización del evento fue el resultado de la competencia con Francia, quien desde hacía algunos años venía pensando en la necesidad de abrir sus exposiciones nacionales a otros países para aprender de ellos. Atento a esta propuesta, y siempre en el contexto de la competencia nacionalista, el Príncipe Alberto de Inglaterra comisionó a Henry Cole como el principal organizador (Morillo, 2015). La exposición, encabezada por el propio príncipe Alberto, descrito como amante de las ciencias y las artes, se pensó como un espacio para que las naciones mostraran al mundo sus adelantos industriales. Pero además, se pensó también como espacio de encuentro, de educación. Dice Quiza al respecto:

El planeta se aproximaba presuntamente al corolario de sus anhelos y las exposiciones parecían corroborar los lineamientos progresivos de la Historia; ellas documentaban la efervescencia de la era moderna, el triunfo del ingenio humano por sobre la naturaleza en medio del auge de los conocimientos científicos y técnicos, convertidos, junto al nacionalismo, en plataforma de una nueva religión (2007: 6).

Las exposiciones sirvieron para varios fines. Las clases cultas, dominantes, las veían como espacios para acercar el mundo, ilustrar a las

masas, construir modelos civilizatorios, proponer acuerdos, dirimir disputas, establecer treguas o acrecentar rivalidades, tal y como sucedió entre Reino Unido y Francia por la primacía de la propuesta. Calvo Teixeira, citado por Morillo, recupera el discurso pronunciado por Napoleón III, el cual refleja esta rivalidad:

Yo reivindico para Francia la primera idea de una exposición universal. Si Inglaterra nos ha precedido en la realización se ha debido a acontecimientos políticos y a la diferencia de genio de los dos países. Pero si Francia se deja, a veces, adelantar en la realización de las ideas que su genio concibe, bien es cierto que, cuando ella las realiza, les concede un carácter particular que las mejora y engrandece (2015: 33).

Para el común del pueblo, las exposiciones sirvieron para que las personas pudieran “viajar” y aprender a través de lo ahí expuesto. Dice Sánchez:

Así, el público europeo y americano, la opinión pública en general, puede conocer tanto a sus «hermanos» o, mejor, a sus «salvajes» de allende los mares, como a los habitantes en principio civilizados de otros países o, incluso, de sus propias naciones; puede gozar, en resumen, de una auténtica fantasía visual: recorrer el mundo —un mundo virtual y selecto— en sólo unas horas (2002: 9).

En la misma tónica está lo expresado por José Martí en relación con las exposiciones. Dice Martí sobre la exposición de Boston: “Ya las Exposiciones no son lugares de paseo. Son avisos: son lecciones enormes y silenciosas: son escuelas” (Martí 1991: 351, citado en Scarno, s/f: 1).

Lo que ahí era mostrado podía resultar tan asombroso, tan diferente, que era muy difícil poder comunicarlo. Morillo (2015) da cuenta de

los problemas que algunos de los visitantes a las exposiciones tuvieron para reseñar sus experiencias. Dice:

[el viajero se ve] obligado a buscar nuevos modos de describir una realidad para la que faltaban asideros conocidos o referencias cotidianas a los que aferrarse para hacer partícipe al lector de algo tan nuevo y diferente que nunca antes había sido descrito (Morillo, 2015: 7).

Sin embargo, la forma misma de presentar lo que ahí se exhibía construía un discurso que reproducía un modelo de civilización, distinguiendo lo culto y refinado de lo bárbaro y atrasado. Dice Hobsbawm:

La humanidad quedaba dividida por la “raza”, idea que impregnaba la ideología del periodo de forma casi tan profunda como el “progreso”, en dos grupos: aquellos cuyo lugar en las grandes celebraciones internacionales del progreso, las exposiciones universales (...), estaba en los *stands* del triunfo tecnológico, y aquellos cuyo lugar se hallaba en los “pabellones coloniales” o “aldeas nativas” que los complementaban (2009: 39-40).

En esta línea, Sánchez (2002) evidencia cómo algunos países, entre ellos España, aprovecharon esta efervescencia exhibicionista para acercar a la metrópoli con sus colonias y, al mismo tiempo, a las poblaciones de ambos mundos, especialmente en la Exposición de Filipinas de 1887. Sin embargo, pese a las buenas intenciones de la exposición, los resultados terminaron por ser un espacio para la reproducción de los estereotipos discriminatorios de la burguesía europea sobre “el otro”, presentando a los filipinos como exóticos, salvajes y primitivos, objetos al mismo tiempo de curiosidad y de constatación de la superioridad del hombre blanco occidental.

La idea de incluir en las exposiciones universales pabellones o espacios para mostrar “al otro” de África, América, Asia o incluso a “los otros” de las propias naciones coloniales, permitió reforzar la diferencia y asumir como evidente el adelanto o el atraso de los pueblos en la historia de la humanidad. Ello ocurrió no sólo en el caso de Filipinas, sino también en otras exposiciones como la de Bruselas en 1897, la de Amsterdam en 1883 (Sánchez, 2002) y la de Barcelona en 1888. En este último caso, la presencia de objetos chinos y japoneses sirvió para acercar a Europa a un mundo exótico en creciente desarrollo (sobre todo en el caso de Japón tras la revolución Meiji), para fomentar el estudio de las antiguas civilizaciones de oriente, comenzar a formar colecciones particulares o fomentar un nuevo estilo que, exótico en su origen, identificará una estética. Al respecto dice Almazán:

El contacto con las porcelanas, bronce, pinturas, grabados y otros objetos artísticos fueron, además, un estímulo para la renovación del arte occidental, que pronto se vio seducido por los temas y recursos de este nuevo arte, especialmente en el caso del arte japonés (2006: 86).

Recorriendo los pabellones de las diversas naciones se podía recorrer el mundo en unos cuantos días, siendo testigos además de los adelantos científicos, tecnológicos y artísticos más representativos de cada uno de los pueblos. China, Japón, América Latina, África, todos estaban ahí de una u otra manera: a través de estudios científicos, objetos de cultura material, exhibición de recursos naturales, presentados como materias primas para la industria, visitantes, oferentes o demandantes. En estos espacios, las naciones más aventajadas del orbe podían mostrarse junto con las más exóticas o las más ricas en productos naturales. Cada una intentaba mostrar lo que mejor de sí tenía para poder incorporarse al “concierto de las naciones”.

La convivencia que suponían las exposiciones era sólo posible gracias a los avances que se habían dado en algunas áreas. La revolución en los transportes hizo posible que más personas y mercancías pudieran llegar más rápido a las ciudades sede, ya fuera por vía marítima o terrestre. La revolución científica y tecnológica hizo posible que se exhibieran grandes máquinas usadas en la perforación de túneles, en la generación de energía eléctrica o en el transporte de personas y bienes. La apertura del mundo a nuevas experiencias, comunidades humanas y visiones del mundo hizo posible que se incorporaran nuevos espacios para la manifestación artística y la afluencia de miles o millones de personas a las ciudades obligó a replantearse urbanísticamente sus diseños o modificaciones. Así, la realización de las magnas Exposiciones Universales supuso una puesta en escena que movilizaba a los Estados y las naciones y que involucraba a muchas personas para su realización, las cuales iban desde las administraciones nacionales hasta los expositores y visitantes, pasando por diseñadores, obreros, supervisores, transportistas, etc.

Ahí, además de personas comunes, objetos artísticos, diplomáticos o miembros de la realeza, podían verse los adelantos más representativos del siglo (el cine, la máquina de escribir, las armas, el telégrafo, el teléfono, la bombilla eléctrica, la banda transportadora, etc.), contribuyendo con ello a difundir la idea del progreso y a cimentar la fe en la ciencia.

Las exposiciones ocupaban un lugar tan destacado que en su realización se empeñaban grandes esfuerzos económicos e intelectuales. Cada una después de la otra intentaba superar a su antecesora en tamaño, pabellones (que significan número de países participantes), número de visitantes, adelantos científicos y tecnológicos, bailes y recepciones, personajes distinguidos o monumentos representativos. Londres en 1851 impuso la tónica con el Palacio de Cristal, Chicago en 1883 con la

Rueda Ferris; el Arco del Triunfo de Barcelona en 1888 o París en 1889 lo hizo con la Torre Eiffel, sólo por mencionar algunos.

Las exposiciones se vuelven así un referente para dar cuenta de los adelantos científicos y tecnológicos, de las tendencias estéticas y de la moda, de los proyectos de futuro que se están diseñando y más recientemente de las problemáticas que aquejan a la humanidad y que habría que atender de forma conjunta. Pero al mismo tiempo, también

...las exposiciones respondían a un libreto concienzudo donde cada región, clase o sector social asumía roles previamente inventados. El diseño y emplazamiento de los pabellones y objetos respondía a un orden jerárquico que prolongaba los códigos de asimetría instaurados en el capitalismo, pero la propia porosidad del sistema convirtió estos teatros en áreas donde se dirimieron profusas contradicciones y no pocas batallas simbólicas (Quiza, 2007: 9).

Las batallas simbólicas se dirimían de muchas formas. La más evidente era el número de galardones obtenidos en la exposición que, al mismo tiempo, era una justa de caballeros. El país que obtenía más medallas, como más tarde lo será en los Juegos Olímpicos, era el mejor. Derivado de ello, no pocos problemas y reclamos hubo en términos de las decisiones de los jurados. Otra forma menos evidente de competición eran los espacios asignados, tanto en tamaño como en ubicación, lo que también originó reclamos a los organizadores. En la Exposición Universal Colombina (1893), por ejemplo, los espacios destinados a cada nación fueron muy pequeños y, según los comentarios de los asistentes, a México le tocaron lugares poco apropiados y por lo mismo tuvo poca repercusión en los premios (*La Sombra de Arteaga*, 27 de agosto de 1893, p. 395-396).

Una forma más de competencia era el número de visitantes que acudía a los pabellones (que al finalizar el siglo XIX se contaban ya por millones) y otra más el tipo de productos que se exhibían, algunos de los cuales servían para amedrentar o disuadir, según fuera el caso, en batallas posibles en otros campos, tal y como podía ocurrir en el caso de los artefactos de guerra con que Alemania o Estados Unidos acudieron a diversas exposiciones, como lo señala Quiza (2007) para hacer evidente la mirada que sobre “el otro” tienen las potencias europeas. Así, los productos exhibidos sirven para desvalorar, denostar y minimizar a las naciones y los grupos humanos que no comparten el ideal blanco hegemónico o, por el contrario, para exaltar, ensalzar y proponer como modelo a aquellos que sí cumplen con el ideal.

Las Exposiciones Universales, de la mano de la prensa, la fotografía, los diseños urbanos, los divertimentos, etc., sirvieron para construir y difundir una idea de civilización que se impuso como modelo y que luego se quiso copiar en otros lugares, aunque guardando sus respectivas proporciones.

Fue hasta la exposición de 1855 en París que las Bellas Artes fueron incluidas. La periodicidad de las exposiciones varió² y en cada nueva emisión se seleccionó una ciudad para que fungiera como anfitriona. El país cede brindaba todas las oportunidades necesarias para que los expositores pudieran mostrar sus productos, sin embargo, los gastos corrían por cuenta de cada país, incluyendo la construcción de sus pabellones y los traslados de productos.

La participación en la exposición era voluntaria, pero al mismo

2 Las exposiciones pretendían conmemorar algún evento importante, así, “1893, en Chicago en recuerdo de Cristóbal Colón; 1915, en San Francisco para celebrar la apertura del canal de Panamá. En Francia, el centenario de la Revolución Francesa fue el motivo de la exposición de 1889, simbolizada para siempre con la construcción de una torre de 300 metros por Gustave Eiffel y en 1900, también en París, para celebrar el triunfo de la electricidad”. Disponible en: <http://www.musee-orsay.fr/es/colecciones/exposiciones-universales.html>, consultado el 22 de enero de 2015.

tiempo era también la oportunidad de que el país fuera visto por los otros. Participar, era una oportunidad que no se debía dejar pasar y en ello había que empeñarse, construyendo para tales fines toda una estructura que permitiera, con éxito, concretar la empresa.

En México, como seguramente sucedía también en muchos otros países, el gobierno federal turnaba una invitación a los gobiernos de los estados y estos a su vez, a las municipalidades, para que compartieran la invitación con empresarios, agricultores, escuelas, industrias y particulares, con el fin de participar y dar lustre a la patria. Las invitaciones, estéticamente elaboradas, se hacían llegar junto con un listado de requisitos que se debían cubrir, los cuales iban desde el etiquetado del producto hasta su descripción, incluyendo nombre científico y/o corriente, precio, lugar de origen, fabricante, técnica, usos, abundancia o escasez, etc. El que decidía participar entregaba su producto al encargado local de la exposición y éste a su vez lo remitía a los encargados nacionales de cada uno de los 18 ramos que establecía la convocatoria.³

3 Los ramos incluidos en la Exposición Universal de París, que pueden servirnos de ejemplo, eran:

I Enseñanza y educación.

II Obras de arte.

III Instrumentos y procedimientos generales de las letras, ciencias y artes.

IV Materiales y procedimientos generales de mecánica.

V Electricidad.

VI Ingeniería civil. Medios de transporte.

VII Agricultura.

VIII Horticultura y arboricultura.

IX Bosques. -Caza. -Pesca. -Recolecciones.

X Alimentos.

XI Minas. -Metalurgia

XII Decoración, y mobiliario de los edificios públicos y de las habitaciones.

XIII Hilados. -Tejidos.-Vestidos.

XIV Industria química.

XV Industrias diversas.

XVI Economía social.

XVII Colonización.

XVIII Ejércitos de tierra y de mar.

Los 18 Grupos precedentes se subdividían en 130 Clases, obedeciendo á la necesidad de distribuir los productos ú objetos en núcleos más reducidos y homogéneos. De suerte que, en el Grupo I «Educación y enseñanza», la Clase primera correspondía á la enseñanza primaria, la segunda á la

Los preparativos se hacían con muchos meses de antelación pues, aunque las comunicaciones y los transportes se habían mejorado, no todo el país contaba con estos desarrollos, de forma que hacer llegar una invitación a las poblaciones ubicadas en las regiones más alejadas o escabrosas podía ser un empeño de varios días.

El conjunto de los bienes que lograban recabarse, después de su etiquetado y embalado eran enviados para su exposición, la cual era puesta en escena por un grupo de encargados, quienes decidían el acomodo de los productos de acuerdo a los ramos en que concursarían.

La exposición, tradicionalmente, duraba seis meses, tiempo durante el cual eran apreciados no sólo por el público asistente, sino también por los jurados que pasaban a calificarlos.

Quienes participaban en la exposición y obtenían alguna medalla, gozaban luego de mucho prestigio por la calidad de sus productos. Para los estados, a su vez, participar en estas convocatorias tenía el mismo significado que para el país a nivel internacional. Decir que se había acudido con x cantidad de productos a la Exposición Universal era motivo de mucho orgullo y, si además se recibía alguna medalla, el receptor recibía públicamente un reconocimiento.

A imitación de las exposiciones regionales de Francia y luego de las exposiciones universales, en México se hicieron también exposiciones industriales que servían como escaparate para la promoción de los estados, las industrias y las personas. Querétaro no se vio ajeno a esta tendencia y a partir de 1882 comenzó a realizar con cierta regularidad ferias y exposiciones industriales, agrícolas y ganaderas.

A partir de lo anterior, debemos entender las Exposiciones Universales como espacios donde, de muy diversas maneras, se muestran los

secundaria y la tercera á la superior: en el Grupo II « Obras de arte », las Clases se dividían en dibujo, pintura, escultura, arquitectura, grabado, etc. y así sucesivamente (Mier, 1901: 10).

estado-nación frente al mundo. Lo que ahí se exponía sirvió para evidenciar su progreso el cual, a su vez, los colocó en un lugar dentro de la línea evolutiva del proceso civilizatorio. Participar en estas justas era importante porque permitía al país ver y ser visto, le daba una existencia material e imaginaria dentro del “concierto de las naciones”, abriéndole oportunidades para hacer negocios. Sin embargo, estar ahí podía ser un arma de doble filo pues, con cierta indulgencia, las naciones más adelantadas juzgaban a las más atrasadas, ubicándolas como naciones bárbaras a las que había que ayudar e impulsar para que pudieran salir de su atraso. La ayuda, por supuesto, no era gratuita y sirvió, a su vez, para justificar la colonización por un lado y el imperialismo por otro, reproduciendo con ello un discurso basado en la inclusión-exclusión, civilización-barbarie, dominador-dominado.

En el siguiente capítulo veremos cómo México en general y Querétaro en particular se insertó en la dinámica de las Ferias y Exposiciones.



CAPÍTULO II
en la senda
del progreso

En este capítulo veremos cómo México, como país y Querétaro, como Estado, se insertaron en la lógica de las Ferias y Exposiciones. Este acercamiento, que nos servirá de marco contextual, nos permitirá ubicar el discurso que se construyó en torno a la participación nacional en estas justas civilizatorias, la forma en que se dio cuenta de ello. No pretendemos ahondar en este tema, en tanto que ya otros autores, antes que nosotros, nos han antecedido. Nos interesa más bien recuperar el discurso que se construyó en torno a las ferias, usado con fines tanto políticos como económicos e ideológicos para posicionar a nuestro país frente al mundo.

Las Ferias en México y México en las Ferias: una mirada a vuelo de pájaro

El siglo XIX fue para México la fragua de la nación. Comenzó con una guerra de independencia y con ello estableció la tónica de lo que serían los siguientes años, caracterizados por las intervenciones extranjeras, la guerra fratricida y las oscilaciones políticas entre dos grandes grupos con dos proyectos de nación distintos. Los constantes enfrentamientos, que



Pabellón de México en la Exposición Universal de París, 1889.

de las ideas pasaban a las armas, ya fuera contra los extranjeros o entre los propios mexicanos, postraron al país en la pobreza, arruinando la industria y aminorando el comercio.

La inestabilidad reinante en el país, la pobreza, el bandolerismo y oscilación ideológica-política, nos proyectaba ante el mundo como una nación bárbara, incapaz de gobernarse a sí misma. De ello ya dejaba constancia Francisco Zarco en sus contribuciones al periódico *La Ilustración Mexicana* cuando, con motivo de la Primera Exposición Universal de Londres, en 1851, escribió una serie de reseñas. Zarco se lamentaba de la poca visión de los funcionarios mexicanos, quienes desaprovecharon

la ocasión de mostrar los productos naturales del país y sus riquezas, lo que, dice, podría haber mejorado la imagen que de México se tenía en el extranjero. Sin embargo, comenta Díaz y de Ovando (2002), el ejemplo de lo acontecido en Londres inspiró a algunos para proponer que en México también se celebraran estos eventos. En 1854 se hizo la propuesta de que, tres años después, es decir, en 1857, se verificara una Feria Internacional con el objeto de atraer al país el comercio del mundo, para lo cual había que disponer los incentivos fiscales y de otra índole para que se pudiera realizar con éxito. La obra, en medio de los avatares políticos de la Revolución de Ayutla, no se realizó.

Díaz y de Ovando (2002) señala que la idea volvió a resurgir en 1872, cuando Francisco Menocal la propuso como la mejor vía para sacar al país de la postración económica en la que se encontraba. Algunos periódicos e intelectuales de la época hicieron eco de esta idea y le secundaron, pero tampoco llegó a realizarse pues se generó un debate sobre el mejor destino que podían tener los cuantiosos recursos que se necesitaban: ¿qué era más importante –se preguntaban los opositores a la idea- realizar la Exposición o pagar la deuda de los empleados? La respuesta, vista en retrospectiva, fue pagar la deuda.

Con la llegada de Díaz al poder la propuesta volvió a resurgir, pero ahora bajo la tutela de Vicente Riva Palacio, uno de los que había secundado la idea de Menocal años antes. Para Vicente Riva Palacio, a la sazón Ministro de Fomento, la realización de una Exposición era el remedio que podría sanar los males de la economía nacional y poner al país en “el concierto de las naciones”. La propuesta se vio incentivada por los reconocimientos que obtuvo el país en la Exposición Universal de Filadelfia, realizada en 1876. Con estos triunfos, Riva Palacio pudo argumentar la pertinencia de este tipo de eventos, proponiendo que la Exposición Internacional Mexicana se celebrara a finales de 1879 y se mantuviera hasta

1880. Con ello en mente e inspirado por los ideales del progreso y la civilización, desde el ministerio a su cargo impulsó la construcción de las bases materiales e ideológicas sobre las que se construiría la nación: en el primer rubro, incentivó el tendido de vías férreas, el mejoramiento de caminos y puertos y todo aquello que condujera a reactivar la industria y el comercio. En el segundo, impulsó la escritura de una obra histórica singular: *México a través de los siglos* que, a decir de Florescano (2005), por primera vez presentaba una visión unitaria de la historia de México, una visión además conciliadora entre el pasado prehispánico y el virreinal y en un sentido evolutivo que conducía al país de menos a más, es decir, que ubicaba el desarrollo de México durante su época como una etapa del progreso. Sin embargo, dice Díaz y de Ovando (2002), a pesar del impulso del ministro, el proyecto volvió a quedar en eso: en proyecto. Los detractores de Díaz y a su vez aspirantes a sucederle en el poder, cuestionaron la factibilidad de la Exposición al señalar el elevado costo de la misma y la miseria en la que se encontraba el país todo y el erario público, por lo que no se realizó.

La organización de eventos de tan gran envergadura en México fue imposible, aunque no por ello se dejó de proponer una y otra vez. Al comenzar el siglo xx, la idea volvió a resurgir, esta vez, como parte de los festejos del Primer Centenario de la Independencia. En esta ocasión se pensó en una Exposición de Comercio, pero tampoco pudo concretarse, sin embargo, sí se puso notable empeño en que el país participara en las Exposiciones Universales e internacionales pues era este el espacio idóneo para tratar de transformar la imagen, que cargara durante años, de país incivilizado.

La idea de concurrir a estas exposiciones era muy clara para las autoridades: se trataba de que fuéramos mirados y que los productos naturales que ofrecía el país encontraran un mercado entre las

naciones industrializadas, mostrando con ello que se estaba en la senda del progreso. Esto queda claramente expresado en los documentos enviados a las diversas instancias del gobierno para hacer las invitaciones a participar en las justas civilizatorias. Dice Carlos Pacheco, Ministro de Fomento en 1887 y promotor de la Exposición Universal de 1889:

... uno de esos bienes podría ser y será inmenso, el de acrecentar la respetabilidad de la nación, probando que a través de dificultades de que ha sido irresponsable, y a pesar de ellas ha conservado en sí vitalidad bastante para alcanzar en días no lejanos la grandeza y el poderío a que han podido llegar antes que ella otras más afortunadas (citado en Díaz y de Ovando, 1990: 113).

La misma idea era replicada por las autoridades del Estado de Querétaro, así dice González de Cosío, gobernador del Estado: “¡Ojalá y el concurso de Querétaro a la Exposición Internacional de París, dé por resultado que se exploten en grande escala nuestras riquezas naturales!” (*Memoria*, 1892: 33).

México, como país, concurrió a diversas Exposiciones Universales, tanto en el continente americano (Estados Unidos, de forma particular) como en Europa. La primera asistencia fue a la Exposición Universal de Filadelfia en 1876, dedicada al centenario de la Independencia de los Estados Unidos; luego, acudió a Nueva Orleans (1884), exposición dedicada al primer centenario de la industria del algodón; más tarde, asistió a París en 1889, exposición conmemorativa del primer centenario de la Revolución Francesa, posteriormente se presentó en Chicago (1893) a la denominada Exposición Universal Colombina pues el motivo era la conmemoración del IV centenario del descubrimiento de América; de nuevo acudió a París en 1900 para celebrar el inicio de un nuevo siglo;

luego se presentó en la Exposición Panamericana de Búfalo (NY) en 1901 y en 1904 asistiría a la Exposición “Compra de Luisiana” en San Luis, Misuri, feria que conmemoraba el centenario de la venta del territorio francés a los norteamericanos. Más tarde, asistiría a otras exposiciones, tanto internacionales como universales,⁴ pero ellas ya están fuera de la temporalidad que estudiamos, motivo por el cual no las incluiremos.

La participación de México en estos eventos fue vista siempre como un reto, primero, por la falta de recursos económicos para acometer una empresa de esas envergaduras y, segundo, por el nivel de competición al que se sometía el país frente a las potencias industriales. Pese a ello, México siempre concurrió con el ánimo de abrir nuevos mercados a los productos naturales del país, en su gran mayoría, y mostrar al mundo lo que, en pocos años, había logrado hacerse, tanto en términos de pacificación del país como en términos del crecimiento cultural, espacio donde se insertaron las bellas artes y otras industrias menores. En este sentido, dice López y Avilés (2015: 60): “Su presencia [refiriéndose al país] tuvo como constante la preocupación por mostrar una imagen de nación moderna y estable que los líderes políticos de la época se preocuparon por erigir”.

Fungir como sede de una de estas exposiciones presentaba una serie de desafíos pues debían solucionarse problemas como la logística, los espacios destinados a los pabellones, los requerimientos técnicos que habría que cubrir y, por supuesto, los costos que implicaban para el erario público tales inversiones. Pese a ello, muchas ciudades se disputaron el

4 Existen diferentes tipos de exposiciones, las cuales están normadas por el Bureau International des Expositions, con sede en París, Francia. Las exposiciones internacionales suponen la asistencia de más de un país y las Universales suponen la concurrencia de todos los países miembros de la organización que, en 2017, ascendían a 170. La organización surgió en 1931 y sirvió para regular la gran cantidad de exposiciones que se estaban realizando, comenzando por establecer categorías y requisitos, así como procesos para seleccionar los países sedes y normar los criterios de premiación. Cfr. <https://www.bie-paris.org/site/en/>

honor pues para el país que acogía la exposición la asistencia del público en general y de autoridades de muy variadas naciones, se convertían en espacios de negociación política y económica. Esto queda evidenciado en el folleto que publicó Sebastián P. de Mier, Comisario General de México, encargado de la última parte de la organización de la participación del país en la Exposición de París en 1900. Mier señala que la participación de México tenía como principal objetivo “... disipar multitud de preocupaciones y errores relativos a nuestro país, demasiado extendidos entre los que, no conociéndole, ignoraban sus verdaderas condiciones, materiales, políticas y sociales” (Mier, 1901; 5). Tales errores, asegura el Comisario, habían sumido al país en el aislamiento, de forma que los productos naturales y manufacturados de nuestro país no se conocían y, por lo mismo, no tenían mercado en el ámbito internacional. Así pues, acudir a estos eventos, era saludable para nuestra economía y prestigio, tal y como lo habían demostrado la asistencia a otras exposiciones anteriores, como la de Nueva Orleáns (1884) o la de París en 1889, después de las cuales se habían cerrado algunos negocios en cuestión de minería o se habían hecho inversiones en México. Acudir pues a estas “fiestas industriales” permitía medirse con otros pueblos más adelantados y hacerse visible en el contexto internacional. El comisario Mier decía que

á cada una de estas [ferias y exposiciones] han sucedido adelantos nacionales imputables en gran parte á la publicidad que les es inherente, á las enseñanzas que en su recinto se recogen y al estímulo que despiertan y que constituye, por decirlo así, la esencia misma de esos torneos entre las naciones (Mier, 1901: 8).

Pero el éxito de las participaciones nacionales no podía construirse sin una base, por ello, también se promovieron las exposiciones industriales

y comerciales de carácter regional. Así, en 1876 se celebró en la ciudad de Aguascalientes la *19 Exposición de Industria, Agricultura, Artes y Minería*, evento al cual se invitó a participar a todos los estados de la República. El 20 de enero de ese año, el gobernador del Estado de Querétaro contestó la atenta invitación señalando que se harían todos los esfuerzos necesarios para que la entidad pudiera concurrir a dicha exposición. No tenemos más noticias sobre si acudió o no y en qué consistió su participación, pero la misiva sirve para ilustrar la existencia de los mismos.⁵

También en el Estado de Jalisco se celebraron algunas exposiciones, por ejemplo, la convocada en 1879 por la *Sociedad Las Clases Productoras* (de la Peña, s/f: 148) de cuyo desarrollo tenemos noticia gracias a las Memorias que fueron publicadas en el libro “Estudios sobre la 2ª Exposición de *Las Clases Productoras* de Guadalajara”, escrito por el Sr. Mariano Bárcena, el cual sirvió de modelo para que luego Celestino Díaz hiciera su *Memoria de la Primera Exposición Industrial de Querétaro* (Díaz, 1882), de la cual daremos cuenta más adelante, y que a su vez, sirvió de antecedente a la organizada por el Estado de México.

En 1882 se invitó a los estados de la República Mexicana a participar en la Primera Exposición Industrial del Estado de México. La carta invitación, firmada por Carlos Pacheco y algunos otros notables, entre quien está Vicente Riva Palacio, señala:

Las Exposiciones han sido y son con justicia consideradas como elemento impulsor del progreso de los pueblos, pues a la vez que promueven el adelanto por medio de la competencia y por el estímulo acordado a los que se afanan por conseguir que las ciencias, la literatura, la industria y las artes, alcancen un grado mayor de perfección, hacen conocer los elementos naturales que

5 AHQ, Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Carta al Presidente de la Junta de la Exposición de Aguascalientes.

cada localidad posee, dan la medida de nuestra cultura y poniendo en contacto al que consume con el que produce, facilitan las transacciones mercantiles... (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, exp. 1).

La invitación señala que se tiene planeado inaugurar el evento el día 2 de abril del año siguiente (1883) en la ciudad de Toluca y con ese motivo se conmina a los gobiernos a que concurran para alcanzar el fin deseado. La invitación viene acompañada de un ejemplar del Decreto por el cual, José Zubieta, gobernador del Estado de México, autoriza la Exposición, así como un folleto con el reglamento que regirá dicho evento.

La organización de la exposición se depositó en una comisión general que, a su vez, creó comisiones especiales. Los productos a exhibir se dividieron en catorce grupos, los cuales iban desde las artes hasta las ciencias y todo aquello que mostrara el ingenio humano y estuviera al servicio del progreso.

En el mismo año de 1882 se celebró la Primera Exposición Industrial de Querétaro, de la que daremos cuenta en breve.

A comienzos del nuevo siglo, la celebración de exposiciones es algo más recurrente. En 1903 llega al Estado de Querétaro la invitación para participar en la Exposición de Flores, Pájaros y Peces de ornato que organizaba la Sociedad de Concursos en Coyoacán, auspiciada por la



Escudo de la Primera Exposición Industrial del Estado de México, 1882.

Fuente: Fondo Ejecutivo, Sección Exposiciones Industriales.

Secretaría de Fomento. No tenemos información de si acudió algún expositor(a) a este certamen por parte del Estado de Querétaro.

En el mismo año también llegó una convocatoria para una exposición permanente de productos industriales y artículos del país, también auspiciada por la Secretaría de Fomento. No encontramos tampoco información sobre los resultados de esta convocatoria, aunque para 1908 encontramos un documento en donde se rescinde el contrato celebrado para dicha exposición y se celebra uno nuevo (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, 1909, Caja 1, Exp. 18).

Con motivo de las celebraciones del Primer Centenario de la Independencia de México también se organizó una exposición. En 1906 se comenzaron a turnar las invitaciones a los respectivos gobiernos de los estados, conminando a los gobernadores, designados como “Protectores de la Exposición”, a hacer sus mejores esfuerzos para estar bien representados en esa Exposición Nacional, la cual se celebraría en Puebla (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Exp. 374, f. 1). Las labores para llevar a cabo tal certamen comenzaron inmediatamente. Se turnaron, como en el caso de las Exposiciones Universales, las invitaciones, los reglamentos, los formatos y todos los documentos necesarios para que los participantes pudieran etiquetar sus productos. También se invitó a los gobernadores de los estados a asistir a la ceremonia de colocación de la primera piedra del edificio que albergaría la exposición, ceremonia a la cual, dijeron, asistiría el Presidente de la República, Gral. Porfirio Díaz. Más tarde encontramos la remisión del plano del palacio donde se llevaría a cabo la exposición, así como la solicitud para señalar el espacio que requeriría el estado para hacer su propio pabellón. No tenemos después más noticias al respecto.

En relación con las Exposiciones Internacionales localizamos una invitación para asistir a la Exposición Internacional de Texas, celebrada en

la ciudad de San Antonio, entre el 30 de septiembre y el 11 de octubre de 1890.⁶ La exposición, autodenominada como “comparativa” de los productos naturales de las dos repúblicas, tenía como fin último, “fomentar las relaciones sociales y mercantiles” en provecho de las dos repúblicas “hermanas”.⁷ La invitación a participar en este evento siguió los cauces establecidos para ello: presentar la invitación a las autoridades competentes, hacer pública la invitación a través de los órganos periodísticos oficiales, girar la invitación a los gobiernos locales y otorgar los nombramientos necesarios a quienes se encargarían de la organización y representación de México para que pudieran cumplir con sus funciones, así como dar a conocer las condiciones de la convocatoria y las franquicias que se otorgarían a quienes estuvieran interesados en participar. Respecto de este evento no tenemos tampoco noticias de la participación del Estado de Querétaro.

En 1907, llegó la invitación para participar en la Exposición de Productos Naturales e Industriales que se celebraría en el Palacio de Cristal de Londres el siguiente año (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, 1907, Caja 5, Expediente 13, f. 1). La exposición se visualizaba como una muestra de las “cordiales y bondadosas relaciones existentes entre el Imperio Británico y la República Mexicana” y, de nueva cuenta, como un escaparate privilegiado para mostrar al mundo las riquezas y los progresos de México (Idem., f. 8).

Los productos enviados a la Exposición del Palacio de Cristal no difirieron mucho de los enviados a las Exposiciones Universales, salvo en su cantidad. Entre los productos remitidos había semillas, ópalos, telas, maderas, canteras y productos elaborados con vara de mimbre, así como

6 AHQ, Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Exp. 30, notas intercambiadas con motivo de la invitación a la Exposición Internacional de Texas, 1890.

7 Pese a que se señala en el documento “las dos repúblicas”, para ese momento, Texas formaba ya parte de la Unión Americana como un estado más.



Portada de la convocatoria y reglamento de la Exposición Nacional Mexicana en el Crystal Palace de Londres.

Fuente: Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, 1907, Caja 5, Expediente 13, f. 8

una colección de fotografías de diversas partes del Estado (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, 1907, Caja 5, Expediente 13, f. 9).

Como hemos visto, para México fue muy importante fomentar la realización de eventos, tanto nacionales como internacionales, donde pudieran exhibirse los adelantos del país en materia de orden y progreso al mismo tiempo que las riquezas naturales de las que disponía el país y que podían ser la base del crecimiento de la economía nacional. En ese sentido, las Exposiciones Universales fueron un escaparate privilegiado al que México intentó acudir dignamente, sabedor de que frente a

las potencias industriales tenía pocas posibilidades de equipararse, pero también sabiendo que el mundo necesitaba materias primas y que el país las tenía. Fue también este espacio el medio que se usó para mostrar al mundo que México no era un país bárbaro. Haciendo una selección del pasado, se rescataron las raíces indígenas para evidenciar que antes de la conquista española ya había arte y ciencia y, sobre esas bases, se construyó un discurso identitario que se proyectó al mundo a través de los espacios de exposición (López y Avilés, 2015) y los productos exhibidos.

Veamos ahora cómo participó el Estado de Querétaro en esta empresa nacional.



CAPÍTULO III
Querétaro
y la Exposición
Industrial de
1882

En este capítulo, que cumple funciones contextuales, mostramos cuál es la situación que vive el Estado durante el siglo XIX y, de manera particular, durante el Porfiriato para, en este marco, ubicar su participación primero, en la Exposición Industrial de 1882, pensada como un espacio para mostrar al país sus riquezas, aprovechando la llegada del ferrocarril a la entidad y, de manera más específica, visibilizar la participación de algunas queretanas en la exposición y la forma en que se les valoró.

De Querétaro para el mundo

El siglo XIX fue de marcados contrastes para Querétaro. Las guerras tanto de Independencia como de Reforma y luego la invasión francesa y la caída del Segundo Imperio, fueron para la localidad el origen de amargos sinsabores. Los años siguientes a la independencia estuvieron marcados por los conflictos entre liberales y conservadores, conflictos que se vivieron en la ciudad con enconada oposición. Los primeros intentos de reforma (1833) provocaron motines y manifestaciones populares apoyando al clero, lo



Jardín Zenea, Querétaro, S.XIX.

que le valió a la entidad el calificativo de conservador y mocho. Más tarde, la participación en la guerra contra los Estados Unidos (Moyano, 1998) les permitió reivindicarse y mostrar que los queretanos estaban dispuestos a la defensa de la patria, convirtiéndose en uno de los pocos estados que luchó decididamente contra los invasores norteamericanos.

A mediados del siglo XIX, con el levantamiento en contra de Santa Anna y el triunfo de los liberales, los queretanos volvieron a las armas. La entidad fue teatro de numerosas escaramuzas entre liberales y conservadores. La guerra de los tres años, para la ciudad de Querétaro, representó no sólo una contienda político-ideológica, sino también un atentado en contra de la Iglesia y de las creencias populares. Para completar

el cuadro, el establecimiento del Segundo Imperio y más tarde el sitio de la ciudad (1867), vinieron a acabar con la maltrecha economía local. El panorama al final de la guerra era desolador. Gutiérrez (2007) ha mostrado el estado lastimero en que quedaron los edificios tanto públicos como privados a causa de la metralla. Las calles estaban desoladas, las haciendas arruinadas, los capitales exigüos y los que podían huían de la persecución, del hambre, la peste y la desolación, buscando refugio en la Ciudad de México o en otras ciudades.

La “Ciudad Maldita”, como calificaron los liberales a Querétaro, fue acusada de traidora y se pidió su desaparición, sin embargo, la defensa realizada por los liberales queretanos permitió que sobreviviera, aunque en un clima que perpetuó el conflicto. La “cuestión de Querétaro” (Solís, 2006; Gutiérrez, 2010) es uno de esos capítulos de la historia regional que muestra el encono entre los bandos políticos en un momento en que las instituciones que regirían al país estaban definiéndose. Así, las diferencias entre los poderes (principalmente ejecutivo y legislativo) y entre los bandos (liberales y conservadores) fueron dirimidas tanto por la vía legal como por la de las amenazas, las difamaciones e incluso los golpes, culminándose el caso en “una usurpación”, según lo ha señalado Gutiérrez (2010).

Aunada a la crisis política, la crisis económica se convirtió en un caldo de cultivo para el bandolerismo. El robo a mano armada, los asaltos en los caminos, el abigeato y los plagios eran el pan nuestro de cada día (Del Llano, 2007). Sin embargo, acabar con el mal era muy difícil. La falta de instituciones consolidadas era un obstáculo para la impartición de justicia, de forma que el camino de la legalidad abría numerosos espacios para retardar e incluso evitar que los culpables cumplieran una condena. Estas carencias, hicieron que la propuesta juarista de conducir al país por la vía de la legalidad fuera poco viable.

Sin embargo, el panorama comenzó a cambiar a partir del arribo del General Porfirio Díaz al poder, sobre todo, para las clases medias y altas. El cambio de políticas en diferentes ámbitos permitió tanto el crecimiento de la economía como la pacificación del país.

Para las clases media y alta queretana, el arribo de Porfirio Díaz a la silla presidencial representó una época de estabilidad, paz social y crecimiento económico. Durante este período, las haciendas y las industrias recuperaron su antiguo lustre pues pudieron desempeñar sus actividades sin mayores contratiempos. La economía creció al expandirse la actividad industrial, sobre todo la textilera, seguida de la minería (sobre todo en la Sierra Gorda) y otras pequeñas industrias (como la eléctrica, los molinos y pequeñas fábricas) (Memoria, 1892). También creció la economía al generarse nuevos empleos, sobre todo en la industria de la construcción, ya fuera para los nuevos edificios y las mejoras materiales que se emprendieron en la época o en la construcción de las vías del ferrocarril, el cual, a partir de este momento, se convirtió en la palanca que detonó el progreso (Gutiérrez, 2008). Y si la industria crecía, se veía como natural que también lo hiciera el comercio. *La Memoria* de 1891 señala que entre 1888 y 1891 habían crecido notablemente los giros tanto mercantiles como industriales.

La población también creció en esta época. En 1877 había en el Estado 173 576 habitantes, los cuales aumentaron para 1885 a 198 008 habitantes. De ellos, la gran mayoría se encontraba dispersa a lo largo y ancho del territorio estatal y sólo un pequeño número en las dos urbes del Estado: San Juan del Río y Querétaro. En esta última, la población ascendía en 1877 a 27 580 y para 1895 pasó a 34 576 habitantes (Estadísticas Sociales, 1956; 8 y 9).

Durante el Porfiriato, la educación se incrementó al crecer el número de escuelas (aunque siguió concentrándose fundamentalmente en las

dos zonas urbanas del estado) y tratar de cambiar los métodos de enseñanza para modernizar la educación y ponerla a la altura de las naciones más civilizadas. Sin embargo, pese al incremento en el número de escuelas y de maestros, una gran parte de la población (cerca del setenta por ciento) no sabía leer ni escribir (Armas, 2001; Gutiérrez, 2002).

La educación, pese al impulso dado por el gobierno federal, siguió estando, en su mayoría, sólo al alcance de las clases media y alta. Querétaro no fue la excepción. Pero si el acceso estaba limitado para los varones, tanto a la educación básica como superior, para las mujeres lo estaba aún más pues la creencia tradicional era que las mujeres no necesitaban una educación formal pues, finalmente, para ser madres, no se necesitaba ir a la escuela, bastaba con las enseñanzas recibidas en su casa y con seguir el ejemplo de su madre.

Durante el Porfiriato se abrieron escuelas tanto en las ciudades capitales de los estados como en los pueblos y haciendas. Muchas de estas escuelas eran pagadas con los fondos propios de las municipalidades (los cuales siempre eran exiguos) y, en caso de no poder cubrir sus costos, los particulares y hacendados, así como obras pías, subsanaban las carencias, que siempre fueron muchas. Los reclamos permanentes eran la falta de fondos para el pago de profesores y profesoras, la carencia de recursos para sostener la infraestructura, los materiales escolares y los libros. A la falta de recursos se añadía la imposibilidad de muchas familias de enviar a sus hijos e hijas a la escuela, fuese por la pobreza, las distancias, la falta de caminos o por los requerimientos del trabajo familiar. En ese sentido, son comunes las quejas de los profesores respecto a la inasistencia de los niños en tiempos de siembra o cosecha, de forma que concluir un ciclo escolar y aprobar el examen reglamentario era muy complicado.

Para las clases media y alta la situación era diferente. Había, en las ciudades, diversas opciones: tanto las escuelas públicas (fueran mixtas

o para un solo sexo) como las escuelas privadas, administradas por congregaciones religiosas, tanto masculinas como femeninas, estaban siempre disponibles.

Ahí, conforme a la tradición y lo establecido por el Estado, niños y niñas aprendían lo necesario acorde a su sexo. Luz Amelia Armas (2003) señala que las niñas, además de las materias que cursaban los varones, llevaban también costura, bordado y economía doméstica, las cuales se pensaban como de mucha utilidad para el futuro que les esperaba: el ser amas de casa.

Algunas jóvenes, pertenecientes a las familias de las élites políticas, económicas o intelectuales de la localidad, podían tomar clases particulares. Armas (2003) da cuenta de algunos profesores y profesoras que se anuncian en el periódico oficial *La Sombra de Arteaga*, ofreciendo sus servicios como maestros de inglés o francés, maestras de piano, canto, baile o incluso clases de encuadernación.

Las opciones educativas para este grupo privilegiado podían incluir también las clases de pintura, dibujo, fotografía o la formación musical como parte de algún ensamble, fuese de forma aficionada o como profesionales. Una muestra de estos aprendizajes son dos pinturas que forman parte de colecciones particulares, elaboradas por María del Carmen Josefina de la Llata Villagrán, una joven perteneciente a una notable familia queretana y cuyos haceres han pasado de generación en generación como parte de una herencia sentimental en primer término y material en segundo.

De este hacer ha quedado constancia en una fotografía que tomó su hermano, don Manuel M. de la Llata, a su vez, fotógrafo y cronista queretano (Solís, 2020). En la fotografía, tomada en el pasillo de los altos de su vivienda particular, ubicada en Madero No. 12, en el centro de la ciudad de Querétaro, se ve a la autora con sus pinceles frente



Fotografía de las hermanas De la Llata Villagrán,
inicios del siglo xx.
Fotografía de Manuel M. de la Llata
Archivo Privado.

al caballete (elaborando una pintura que ahora ha desaparecido) con dos de sus hermanas: Guadalupe y Alicia. Carmen, está sentada sobre un banco de piano, lo que nos muestra su posición social y acceso a la alta cultura. Destaca también que la foto remeda una fotografía de estudio pues hay una construcción de la imagen: hay una alfombra, hay un telón de fondo que simula estar en el campo y las mujeres posan para la cámara, mirándola dos de ellas directamente, mientras que Carmen parece que voltea a ver al fotógrafo, sacándola de su labor pictórica. La fotografía no tiene fecha, sin embargo, se data a principios del siglo xx.

La primera pintura es un paisaje campirano en donde vemos a dos toros. La pintura está firmada en la parte inferior derecha.

La segunda pintura es una composición floral. Las flores, junto con las naturalezas muertas, eran dos de los temas “apropiados” para las mujeres, aunque técnicamente requieren un cierto manejo de los pinceles para poder formar los pétalos.

En la época que nos ocupa, había orquestas, compañías de ópera, zarzuelas o teatro (tanto nacionales como extranjeras), en donde las mujeres participaron activamente (Solís, 2020). Más formalmente estaba el Conservatorio para señoritas, a cargo primero de Luciano Frías y Soto y luego del profesor Landaverde o la formación particular a cargo del profesor Viderique u otros profesores que, a la par que enseñaban, formaban sus propias agrupaciones musicales, de las cuales podemos conocer por sus participaciones en diversos eventos, tanto públicos como privados (Solís, 2020).

Además de la formación obtenida en las escuelas, las niñas y jóvenes podían formarse también en sus propias casas, aprendiendo de sus madres y parientas femeninas. Ahí podían aprender diversas “manualidades” como la elaboración de flores de papel o de cera, practicar el



Sin título.

Autora: María del Carmen Josefina de la Lata Villagrán.

Oléo sobre tela.

Colección Particular.

bordado con diversas técnicas, el tejido (ya fuese con gancho o con agujas), la caligrafía, pintura o la ejecución de diversos instrumentos, virtudes estas que luego podrían lucir en tertulias familiares o eventos sociales, tal y como lo veremos más adelante.

Además de los escasos adelantos en materia educativa, la salubridad también se mejoró al constituirse el Consejo de Salubridad, el cual desempeñó una labor fundamental para tratar de erradicar las epidemias que eran recurrentes entre la población, entre ellas, las campañas de vacunación para hacer frente a enfermedades epidémicas



Sin título.
Autora: María del Carmen Josefina de la Llata Villagrán.
Oléo sobre tela.
Colección Particular.



Sin título.

Autora: María del Carmen Josefina de la Llata Villagrán

Oléo sobre tela.

Colección Particular.

Detalle de la firma.

como la viruela, así como la generación de políticas públicas tendientes a mejorar la higiene pública y personal, ello en el ánimo de combatir enfermedades como el cólera, el tifo y otros padecimientos que tenían su origen en la falta de higiene (Solís y Silva, 2010).

La estabilidad y la paz, por lo menos en la ciudad capital, podían verse en la forma en la que los queretanos de las clases media y alta daban cuenta de su existencia. Las crónicas periodísticas relataban los lucidos eventos a donde acudía lo más granado de la sociedad queretana: bodas, bautizos, aniversarios, inauguraciones, fiestas cívicas o religiosas, todas ellas eran el escenario perfecto para mostrar al mundo

la fineza de trato, lo elevado de la cultura y lo grande de las aspiraciones de los queretanos, quienes intentaban estar a la altura de los países más civilizados del orbe copiando las formas de la recién consolidada burguesía europea. Las fiestas públicas, sobre todo, como las de Navidad, eran vistas no sólo como el medio para conservar la tradición, sino, sobre todo, como una herramienta para atraer viajeros a la ciudad y acrecentar de ese modo el comercio, el turismo y el consumo de los productos locales. Así lo testimonia, lleno de entusiasmo, el gobernador del Estado en la *Memoria* de 1891.

Sin embargo, las diferencias entre los estratos más altos de la sociedad queretana y el común del pueblo eran muy grandes. Los padecimientos del pueblo eran numerosos. Las quejas en contra de las autoridades (prefectos, subprefectos, miembros de los ayuntamientos, jueces, etc.) eran frecuentes, aunque casi nunca eran atendidas. Las demandas del pueblo giraban en torno a los abusos de poder, tanto de las autoridades locales como de las clases privilegiadas; a la parcialidad en la impartición de justicia (que casi siempre beneficiaba a los ricos), la falta de garantías individuales (desconocidas por una gran parte de la población), a la persecución de los opositores al régimen, al espionaje, a los ultrajes frecuentes en vidas y haciendas, a las venganzas particulares, al abandono en que vivían los pueblos más alejados de la capital, a la mala administración de algunos ramos, carentes de lo más necesario para funcionar siquiera, al nepotismo y amiguismo, la corrupción, arbitrariedad, los trabajos forzados y una larga lista de quejas que procedían de toda la geografía queretana (Gutiérrez, 2004).

Los conflictos obreros, por su parte, también estuvieron presentes. Las quejas en contra de las condiciones laborales en las fábricas de Cayetano Rubio (El Hércules, La Purísima y San Antonio) eran constantes pues los salarios eran bajos, los castigos terribles y las condiciones

laborales muy precarias. Ello llevó a que en 1906 se unieran los obreros a los movimientos huelguistas que se desataron por todo el país. Pero los resultados fueron los mismos. La respuesta del Estado fue a favor de los empresarios (Lara, 2004).

Pese a la existencia de estas quejas, la imagen que promovía el Estado a través de los medios de comunicación era de orden, de mejora continua, de progreso. Para el caso de Querétaro, las mejoras materiales que se habían hecho permitían evidenciar los adelantos en todas las líneas: la construcción y remodelación de mercados públicos, el remozamiento de plazas y jardines, la ampliación de la red de agua potable, la construcción del tanque almacenador de agua que surtiría a la ciudad, la introducción de regaderas y excusados ingleses, la cobertura de las acequias, la creación de instituciones tendientes a mejorar la educación y la salud, todo ello era evidencia visible del progreso, dejando en segundo plano las carencias que buena parte de la población padecía pues muchos de estos logros sólo se dieron parcialmente en la ciudad capital.

Para dar cuenta del adelanto no sólo material sino civilizatorio que presentaba el país en general y la entidad en particular, tanto el gobierno federal como estatal incentivaron la participación del pueblo en espacios de promoción que ayudaran a transformar la idea que imperaba en otras latitudes sobre el país. La idea que se combatía era la de un pueblo bárbaro, que no era capaz de gobernarse a sí mismo y que por lo mismo estaba aún en los estadios más bajos de la evolución social. Las cuantiosas guerras vividas en las décadas anteriores no abonaban a la buena imagen de México en el mundo y era uno de los objetivos principales del gobierno de Díaz el colocar al país en el “concierto de las naciones”. Una de las vías elegidas para esta promoción fue la realización de ferias y exposiciones industriales, como la celebrada en Querétaro en 1882 a imagen y semejanza de otras que le habían antecedido.



Escudo oficial de la Primera Exposición Industrial de Querétaro.
Fuente: La Sombra de Arteaga

La exposición industrial de 1882

La Primera Exposición Industrial de Querétaro se celebró como parte de los eventos conmemorativos de la llegada del ferrocarril central a la ciudad. El periódico oficial venía reseñando desde tiempo atrás los progresos que se estaban dando en las negociaciones para la construcción del camino de fierro, luego, los progresos en los trabajos del tendido de vías; los conflictos que se debían enfrentar para hacer posible la construcción, desde la resolución de problemas técnicos hasta las resistencias de algunos pobladores a ver afectadas sus tierras y también el espanto que causó el ferrocarril cuando hizo su primer recorrido (Frías, 2005).

Para conmemorar tan grande acontecimiento, las autoridades gubernamentales invitaron al Presidente de la República para hacer el primer viaje del tren a la ciudad. La prensa señaló insistentemente los beneficios que el tren traería al estado pues el comercio se haría más rápido, el transporte de pasajeros más ágil, los precios de los productos se abaratarían y los visitantes aumentarían pues vendrían a disfrutar de

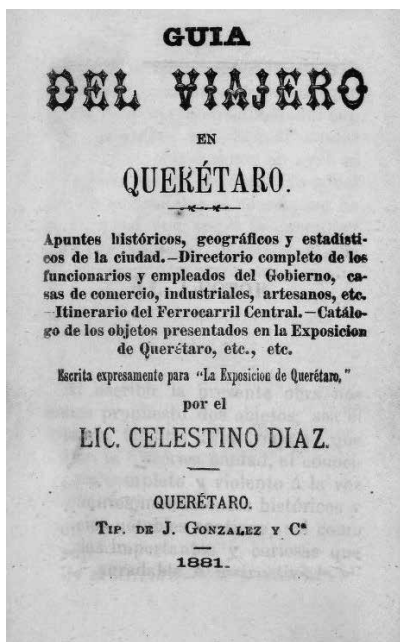
la comida, las fiestas, los monumentos y las huertas y aguas termales de Pathé o La Cañada.

Para incentivar la asistencia de las personas en las fiestas, se decidió invitar personalmente a la mayor cantidad posible de personas, asociaciones y estados, pero su participación implicaba la modificación a algunas leyes para permitir el libre tránsito de mercancías destinadas a la exposición. Esta modificación quedó patente el 29 de abril de 1882, cuando en el periódico oficial se publicó la modificación que, se esperaba, incentivaría la participación de muchos.

Para dar realce al evento, la comisión encargada de su realización encomendó a Celestino Díaz, un ilustre abogado radicado en Querétaro, la promoción de la exposición. La encomienda la inició desde el año de 1881 con la publicación de un periódico titulado “La Exposición”, a través del cual comenzó a hacer la descripción histórica y urbanística de la ciudad.⁸ Los artículos aparecidos en ese periódico sirvieron luego de base para editar el libro *La guía del viajero en Querétaro*, la cual pretendía, como su nombre lo indica, servir de guía para quienes visitaran la ciudad.

Este libro se pensó como algo importante en tanto que se pretendía que el turismo se convirtiera en uno de los pilares del crecimiento económico de la ciudad. Por ello, Celestino Díaz no deja de elogiar la magnificencia de los edificios, la belleza de la ciudad, la comodidad de sus hoteles, lo elegante de sus restaurantes, lo ameno de sus paseos y, por supuesto, la riqueza de las tierras queretanas, aptas para la agricultura, la ganadería y la industria, que tanta fama habían dado en

⁸ Fernando Díaz Ramírez, hijo del licenciado Celestino Díaz, ofrece una pequeña biografía de su padre, presentándolo como un periodista queretano, fundador de varios periódicos y colaborador en otros. Señala que entre los periódicos que produjo estaba “La Exposición”, el cual “se distribuyó en toda la república con profusión”, sin embargo, no hemos podido localizar ningún ejemplar de él. Cfr. Díaz (1968).



Primera página de la Guía del Viajero en Querétaro de Celestino Díaz.

el pasado y en el presente al Estado. La guía incluía directorios de funcionarios, publicidad de algunos de los establecimientos más reconocidos en la ciudad y, por supuesto, los horarios e itinerarios del ferrocarril.

A la guía le siguieron algunas otras publicaciones, como las aparecidas en el periódico oficial *La Sombra de Arteaga*. En este periódico se insertaron notas y editoriales desde el inicio del año. En ellas, se iba dando cuenta de la remodelación del edificio que albergaría la exposición, de los expositores, el programa de eventos que se realizaría y ya luego, durante el tiempo que duró la exposición,

de la realización de los mismos. Posteriormente, se redactaron también unas Memorias, escritas por Díaz. Tanto en las memorias como en los artículos del periódico oficial se reseñaron luego los ecos de la exposición. Se hizo además, con el mismo motivo, un *Álbum Queretano*, escrito y editado por el Sr. Manuel Caballero,⁹ el cual incluye algunos datos históricos, apreciaciones personales, publicidad y litografías.

9 A decir de Bonilla (s/f), Manuel Caballero, periodista de origen jalisciense, puede ser considerado uno de los impulsores del periodismo moderno en México. La autora destaca la profusión de periódicos en los que participó, su posición política, sus ideas acerca del progreso de México y la necesidad de impulsar y promover su imagen en el extranjero, así como su capacidad periodística al dominar variados géneros periodísticos, entre los que destaca la edición de almanaques, donde combina la descripción detallada con la publicidad y el arte. En este grupo se inscribe el *Álbum Queretano* de 1882.



Portada del Álbum Queretano, publicado por Manuel Caballero, 1882.
Fotografía: Oliva Solís Hernández, Hemeroteca del Archivo Histórico del Estado de Querétaro.

La obra pretendía servir como un testimonio para el futuro, así como un tributo a Querétaro, a los queretanos, al trabajo y al progreso. Servía además para ilustrar algunos de los edificios más emblemáticos de la ciudad, como las fábricas del señor Cayetano Rubio o los edificios históricos donde habían acontecido hechos como la prisión del derrocado Emperador Maximiliano de Habsburgo o el recinto mismo que albergaría la exposición, al cual se le denominó también Palacio de la exposición o Templo de la industria.

La obra, bellamente ejecutada, servía también para apropiarse el discurso del progreso y la civilización y reproducirlo. Dice así Caballero:



Edificio destinado a la Exposición Industrial de Querétaro, 1882
Fotografía: Oliva Solís Hernández, Hemeroteca del Archivo Histórico del Estado de Querétaro.

¡Bendita sea la civilización! ¡Bendita la inteligencia del hombre que así glorifica a Dios, y así realiza sus altos y grandiosos destinos! Con razón Querétaro ha convocado para este culto solemne que en los actuales momentos rinde culto al Dios-inteligencia, a todos cuantos en nuestra patria sienten la noble aspiración hacia todo lo grande, hacia todo lo bueno, hacia todo lo que es vida, luz y progreso! (Caballero, 1882).

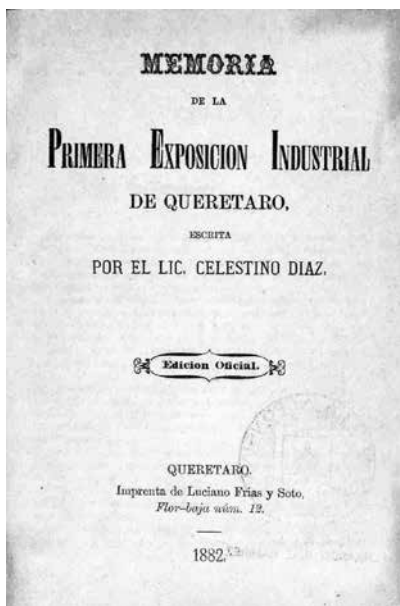
La empresa de la exposición tuvo como uno de sus ejes discursivos el papel desempeñado por Querétaro en la construcción de la historia nacional y en el trabajo como el vehículo para alcanzar el progreso. La realización de la exposición, como evidencia del progreso, venía así a romper con un pasado que para Querétaro era muy doloroso por

los impactos sufridos a consecuencia, primero, de la guerra de independencia y después, por la Guerra de Reforma y el sitio vivido por la ciudad durante el fin del Segundo Imperio. Tales acontecimientos habían postrado a la ciudad tanto en su parte física como en su desarrollo económico, de forma que era necesario impulsar su economía y la llegada del ferrocarril, la exposición y las fiestas celebradas en torno a ella, permitían concebir esperanzas a la población.

Acudieron al llamado 1 400 expositores. Participaron varios estados de la República Mexicana e incluso Estados Unidos envió algunas maquinarias agrícolas. Más de 5000 objetos fueron exhibidos y para albergar el crecido número de participantes se remodeló y acondicionó el edificio de gobierno.

La exposición se dividió en salas y cada sala albergó objetos de la misma naturaleza o los objetos presentados por estados como el de Colima o Sinaloa. En un salón hubo granos y productos agrícolas procedentes de todo el estado (maíz, frijol, trigo, alpiste, avena, lenteja, lino, etc.), en otro hubo máquinas e inventos, en otro más hubo cabida para obras de arte (pinturas, instrumentos musicales, esculturas, partituras, obras literarias y poéticas, etc.) y en otro más los objetos producidos por las mujeres (bordados, pinturas, tejidos, dulces, etc.). En el segundo patio hubo exposición de animales procedentes de las haciendas queretanas. Luego, en el jardín se levantó un kiosco donde se presentaron los filarmónicos (Díaz, 1998). En total hubo siete salones que ocupaban las dos plantas del Palacio de la Exposición, que no era otro que el Palacio de Gobierno, considerado para este fin como “templo al trabajo y á la ciencia” (*La Sombra de Arteaga*, 1882, p. 159).

La Exposición Industrial se inauguró el 30 de abril. Al evento acudieron más de 50 000 personas y fue calificado como todo un éxito aunque, en notas sueltas aparecidas en los periódicos, se hacen públicos



Portada de la Memoria de la Primera Exposición Industrial de Querétaro, de Celestino Díaz, 1882.

algunos de los inconvenientes que se tuvieron que sortear, como las dudas de algunos en relación con el éxito de la empresa, o el que algunos de los objetos a presentarse se rompieran en el camino, como ocurrió con el aceite de Monilla enviado por unos regiomontanos, o la lluvia que cayó en la ciudad el día de la inauguración, entre otros problemas (*La Sombra de Arteaga*, 1882; p. 149).

La exposición duró 113 días y fue clausurada el día 20 de agosto de 1882. El día 21 del mismo mes se hizo la distribución de los premios a quienes resultaron ganadores (Cronológico 1882, Caja

9). Los discursos posteriores al evento fueron todos halagüeños: no dejaba de ponderarse la dedicación y el patriotismo de quienes participaron, se tejían fantasías que situaban a la entidad como una de las más progresistas del país y se miraba con esperanza hacia el futuro, sabedores de que se estaba ya en la senda del progreso.

Al término de la exposición se encomendó de nueva cuenta al licenciado Celestino Díaz la elaboración de una *Memoria* en la cual intenta, con objetividad e imparcialidad, dar cuenta detallada de la historia de esa empresa. En dicha *Memoria* (1882), Díaz hace un recuento de los orígenes de la Exposición, quiénes la encabezaron, las comisiones constituidas para llevarla a buen puerto, los objetos

expuestos, los premios, los evaluadores y algunas consideraciones sobre los resultados obtenidos.

Por esta memoria sabemos que ya desde 1878 se había hecho la primera propuesta para organizar una exposición industrial, pero que la misma no fructificó sino hasta que José M. Rivera, miembro de la clase comercial de la entidad, hizo la presentación formal ante el congreso local, propuesta que fue escuchada por el entonces Gobernador del Estado Francisco González de Cosío, quien por decreto del 18 de diciembre de 1880 ordena que, con motivo de la llegada del ferrocarril a la ciudad, se organice una Exposición de Agricultura, Industria, Minería, Artes e Instrucción Pública, para cuya realización exenta del pago de derechos a todos los objetos destinados a ella. A partir de ese momento, se comenzaron las labores previas a la realización de la Primera Exposición Industrial de Querétaro.

La participación de las mujeres en la Primera Exposición Industrial de Querétaro (1882).¹⁰

La participación de las mujeres en el evento fue marginal, tal y como lo deja ver la redacción que hizo Celestino Díaz en su Memoria:

12.—SECCION 12- GRUPO ÚNICO —COSTURAS, BORDADOS, LABORES DE SEÑORAS —Quisiéramos detenernos mucho en el exámen de este grupo en nuestro certámen, sin duda alguna el más abundante y rico de cuantos ahora hemos mencionado; pero necesitaríamos ocupar muchas páginas de este libro para hacerlo, por cuya razón solo

¹⁰ Una primera versión de este apartado se publicó en el texto *Romper el silencio, retomar la palabra, proponer la acción*, de Lagunas, Solís y Bonacorsi (Comp.), (2017).

mencionaremos algunos, que den idea á los que no hayan visitado los salones. La mayor parte de las Sritas. de Querétaro prestaron su valioso contingente para llenar la presente sección: si vamos á señalar las labores de algunas, no es con la intención de distinguirlas de las demás del concurso, supuesto que, enteramente profanos en la materia, ni tendríamos en que fundar nuestra distinción, ni aun fundándola, haríamos un señalamiento y unas comparaciones, impropias de un caballero. En la imposibilidad de nombrarlas á todas, pretendemos que los lectores de esta memoria, residentes en lugares apartados, tengan la evidencia de que vinieron á la lid del trabajo y de la inteligencia las señoritas de las principales familias de nuestra sociedad. (Díaz, 1882: 61).

Pasa a continuación a nombrar a algunas de estas mujeres, casi siempre por sus apellidos, acompañado luego de sus aportaciones. El lugar que ocupan en la narración es sólo de una página, contrastando el espacio designado con el de otros rubros si consideramos que fue el ramo más numeroso. El autor se escuda en lo numeroso del contingente, la no discriminación y la caballerosidad para, de esa manera, pasar de largo por las contribuciones de las mujeres.

Entre los otros documentos que existen sobre la Exposición están algunos recibos en los que constan los objetos que fueron entregados a la comisión para su exposición. Ahí encontramos un pañuelo bordado que presentó D. Ramón Hernández por la señora María Flores de Pastor. El documento es interesante pues, aunque el objeto fue realizado por una mujer no es ella quien lo presenta, sino un varón. El formato del recibo, además, no contempla que sea una mujer la que entregue el objeto pues tiene una D. (de Don) para ser llenado con el nombre de un varón. Lo mismo ocurre con los diplomas entregados a quienes participaron en el evento pues el formato está hecho en

masculino, tal y como se puede ver en la imagen.¹¹

La Sombra de Arteaga da cuenta de algunos objetos dignos de mención. Antes de iniciar la exposición el periódico destaca las maravillas que se presentarán en el nuevo recinto, que ha sido iluminado con luz eléctrica para dar mayor realce al evento. Dice el redactor:

Las obras de mano ejecutadas por el sexo débil, hermosas y notabilísimas serán: encajes finísimos, dibujos excelentes, tejidos que compiten con los mejores del extranjero, bordados, flores, etc., harán del salón respectivo un centro de preciosidades verdaderamente buenas.



Fotomontaje de los diplomas que se otorgan como premio a los expositores.

Diploma otorgado por el Gobernador del Estado a los y las participantes en la Primera Exposición Industrial de Querétaro, 1882 en Caballero (1882).

Fotografía: Oliva Solís Hernández.
Hemeroteca del Archivo Histórico del Estado de Querétaro.

En las notas que se publican posteriormente aparecen más detalles. En el salón que correspondió a los miembros de la Sociedad “La Esperanza” se menciona una colcha de gancho tejida por la señorita

11 El texto dice: Primera Exposición Industrial de Querétaro, 1882. Francisco G. de Cosío, Gobernador constitucional del Estado Libre y Soberano de Querétaro. En nombre del mismo otorga al C. ... el premio de... clase por... que presentó y fue calificado por el jurado respectivo. Querétaro... de 1882. Francisco G. de Cosío y J. M. Esquivel, secretario.

Eusebia Ledezma y otra de estambre tejida por la señorita Sofía Pérez Bolde. Hay también un reclinatorio bordado por las señoritas Nicandra Hernández y Rebeca Vieytez y un rizo de papel canevá de la misma señorita Vieytez. Se ponderan también unas cortinas tejidas hechas por la señorita Burgos (*La Sombra de Arteaga*, 1882: p. 160) y merece mención una colcha tejida por la señorita Centeno y los bordados de las señoritas Nieto y Llata (Idem., p. 5). El periódico señala un cuadro bordado “por una queretana” quien, por su modestia, no dio a conocer su nombre. De ella, además de su inteligencia y modestia, destaca el articulista su laboriosidad y gusto irreprochable (Idem., p. 163).

La participación de las mujeres en la Exposición también se dio en los eventos artísticos y culturales realizados en dicho marco. En la segunda velada de la exposición, la orquesta de señoritas tocó varias piezas en donde lucieron sus dotes, unas tocando el pistón, otras el piano, algunas más con flautas o violines o luciendo sus voces. En la velada del 18 de junio, según relató *La Sombra de Arteaga*, otras mujeres participaron, destacando doña Paz Gómez Llata, María Jayme, Luisa Riquelme y Trinidad Mancilla, quienes, junto con otros varones, interpretaron algunas piezas musicales y vocales. Además, se dio lectura a una poesía escrita por la señorita Jesús de la Concha (Idem., p. 199).

En la exposición también se mostraron dos cuadros caligráficos hechos por la señorita Eloisa Llaca, de 16 años de edad. El redactor de la nota pondera mucho la obra y la juventud de la artista, gloriándose del genio queretano. La Sra. Carmen B. de Fuentes también participó con unos bordados de colores. La niña Dolores Muñecas, por su parte, hizo un notable bordado que mereció las felicitaciones a su padre, quien, dice el escritor, debe sentirse muy orgulloso de los adelantos de su hija. La señorita Centeno presentó también un dibujo a lápiz

representando un ramo de flores. Carmen Olvera contribuyó con otro dibujo a lápiz, pero de él no se hacen comentarios (Idem., p. 181).

Como podemos ver, los nombres de las señoritas que participan aparecen, en su gran mayoría, sólo con el primer apellido. Al desconocer sus nombres y segundo apellido se torna muy difícil poder darles seguimiento y ubicarlas con mayor amplitud para tratar de conocer un poco más sobre ellas, su formación, familia o condición social. Sólo en algunos casos, también por los apellidos, podemos hacer algunas conjeturas, pero son eso, conjeturas. Tal es el caso de la señorita Vieytez, de quien podemos suponer era pariente de Hipólito Alberto Vieytez, un ilustre abogado que fue profesor y director del Colegio Civil del Estado y, en alguna época, responsable del periódico oficial del gobierno del Estado. Lo mismo sucede con la señorita Llata, quien podría formar parte de una de las familias más encumbradas en la localidad, los de la Llata, descendientes de don Juan Antonio del Castillo y Llata, Conde de Sierra Gorda, cuya descendencia emparentó luego con los Fernández de Jaúregui, hijos de Timoteo, próspero hacendado en Querétaro y miembro de la élite política al obtener la senaduría del estado.

En el caso de las señoritas cuyos apellidos no están llenos de lustre es más complicado aún dar cuenta de ellas. No sabemos sus lugares de origen, no conocemos sus nombres o segundos apellidos, no presentan ellas mismas sus trabajos, así que sólo podemos tener un girón de su actividad.

Todo lo contrario pasa con los varones, de quienes podemos tener más información. En el cartel de las fiestas de Navidad de ese año se señalan los méritos de quienes encabezaron la Junta Directiva de la Exposición, destacando el señor Gobernador y el Secretario, junto con un cúmulo de ciudadanos que mostraron un exaltado patriotismo. En

Medallas otorgadas
a los ganadores en
la Exposición Industrial
de Querétaro, 1882.
Fotografía: Oliva Solís
Hernández.
Colección del Museo
Regional de Querétaro,
Caja D.



el susodicho cartel se encomia la participación “hasta del sexo débil”, lo que mostró que se pueden reunir las condiciones para llevar a feliz término una empresa (*La Sombra de Arteaga*, p. 2).

El éxito del evento fue tal, que se decía que había esperanza en el futuro, no habría vacilaciones ni temores y Querétaro podía estar cierto de que el progreso estaba próximo. El siglo XIX sería, según lo menciona Timoteo Fernández de Jáuregui, a la sazón Senador de la República por el Estado de Querétaro, en el discurso inaugural, reproducido en *La Sombra de Arteaga*, “la época de una revolución feliz a la marcha de la humanidad” (p. 2).

A los merecedores de algún reconocimiento se les otorgó una medalla, la cual podía ser de oro, plata o bronce, según la apreciación que del trabajo hiciera el jurado calificador.

Al finalizar la Exposición, el jurado, integrado por destacados prohombres de la comunidad, entregó la lista de los premios. Los reconocimientos se entregaron en ceremonia pública a la que acudieron los representantes del Estado y el comité organizador.

La participación del Estado de Querétaro, tanto en las exposiciones nacionales como en la de 1882 entusiasmó notablemente a las clases dirigentes, empresarios, industriales y hacendados, así como a las clases medias ilustradas, quienes vieron en estos acontecimientos el espacio para ilustrar a las masas y dar cuenta de los avances culturales y las riquezas naturales de Querétaro.

El entusiasmo y la experiencia adquirida a lo largo del tiempo, permitieron que las participaciones de Querétaro en las exposiciones universales fuera una constante en la cual las mujeres, como ocurrió en la exposición de 1882, mostraron sus creaciones, tal y como podemos ver en el siguiente capítulo.



CAPÍTULO IV
Querétaro
y las queretanas
en las Exposiciones
Universales

La participación de Querétaro en las Exposiciones Universales convocadas durante el Porfiriato fue constante. No en todos los casos disponemos de la misma cantidad de información, sin embargo, sí es posible reconstruir en el tiempo cómo participó el estado de Querétaro y, de manera más específica, las mujeres, tal y como lo veremos en las siguientes líneas.

De Filadelfia (1876) a Nueva Orleáns (1884) y la participación de las mujeres queretanas

La primera participación de México en una Exposición Universal fue en 1876, en Filadelfia. A la cita, acudieron pocos países (sobre todo si se comparan con los que asistirían más tarde a París) pues sólo llegaron 35¹². Entre ellos, estuvo México, sin embargo, su presencia podríamos decir que fue pobre (sobre todo si juzgamos por lo que se dirá años después) y ello se entiende porque los acontecimientos políticos del

12 Para la Exposición Universal de Chicago (1893) se contó con la presencia de 46 países (Martínez, s/f); en París (1889) volvieron a los 35 y para 1900 fueron 58.



Memorial Hall, sede de la Exposición Universal de Filadelfia, 1876.

país no permitían ni obtener los recursos económicos necesarios ni disponer de un equipo de personas que pudieran encargarse de tan noble esfuerzo pues se estaba dirimiendo la lucha entre Lerdistas, Iglesiasistas y Porfiristas por ver quién se quedaría en el poder.

Pese a estas restricciones, México participó pues no podía dejar pasar la ocasión. De la participación del Estado de Querétaro no tenemos noticias.

Después de esta primera experiencia, volvió a participar en Nueva Orleáns (1884). Dado que la silla presidencial la ocupaba Manuel González, se encomendó la tarea de organizar la participación de México a la dirección de don Porfirio Díaz, quien se mantuvo como Comisionado General hasta finales del año, fecha en que fue sustituido por el Sr. Mariano Bárcena (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, fj. 51). Lo ahí expuesto



Pabellón Morisco que representó a México en la Exposición Universal de Nueva Orleans, 1884.

tenía como objetivo presentar a México como una nación moderna en el ámbito mundial, exhibiéndose, por ejemplo, un barco de vapor mexicano, construido en astilleros ingleses, así como una maqueta del ferrocarril de buques planeado por el capitán Eads para atravesar el istmo de Tehuantepec (López y Avilés, 2015: 66).

Pero el centro de la exposición de México fue el “kiosko morisco” (que aún existe en la Colonia Santa María La Rivera, en la Ciudad de México), espacio en el cual se exhibieron los minerales mexicanos (López y Avilés, 2015), los cuales, según Mier (1901) abrieron las puertas a la inversión extranjera.

Para el buen éxito de esta empresa se encomendó encarecidamente a los gobiernos estatales y éstos a su vez a los locales, se turnara la invitación a los hombres de industria, hacendados, instituciones educativas y particulares que pudieran aportar algo. Se hizo también el envío de una serie de cuestionarios para elaborar un documento general en el que se expusieran las riquezas nacionales. Por ejemplo, se envió un cuestionario para hacer el inventario de las plantas que el país tiene señalando sus usos: medicinales, forrajeras (como la alfalfa), económicas (como el café, la caña de azúcar, etc.) e industriales (como las oleaginosas y tintóreas) (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Exp. 5), especificando los lugares donde se produce, las cantidades, los precios, los nombres científicos y comunes, los procesos de uso, etc. Lo mismo se solicitaba para los productos textiles, mineros y ganaderos. Se pedía a las autoridades que se siguieran las instrucciones para el llenado de los cuestionarios y que se enviaran las respuestas con la mayor prontitud posible. También se pedía que se formaran colecciones de plantas, minerales, semillas, etc., para ser expuestas en el evento.

Las respuestas a los cuestionarios, cuando las hubo, fueron muy breves y coincidían al señalar que si bien se producían diversas clases de plantas (para alimentar al ganado, textiles), minerales (según correspondiera), éstas estaban acordes con la diversidad climática y orográfica del Estado, su producción era de acuerdo a la temporada y en muy baja escala pues en muchos casos era para el autoconsumo o el consumo local. En el caso de las plantas, algunas eran poco resistentes y unas más, como la lechuguilla, dice el Prefecto de Tolimán, estaban casi extintas (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, fj. 40). Otras prefecturas respondieron de forma tardía, argumentando las distancias y el estado de las comunicaciones, así como la exactitud del cuestionario y lo meticuloso de sus respuestas. Al final, en San Juan del Río, por ejemplo,



Medalla de bronce
de la Exposición
Universal de
Nueva Orleans, 1893.
*Fotografía: Oliva Solís
Hernández.
Museo Regional de
Querétaro, Caja D.*

señalan que no tienen plantas industriales, salvo el maguey, pero que se produce en baja escala (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Exp. 6). Otras prefecturas argumentan que no pueden enviar las respuestas porque los hacendados no han respondido el cuestionario y que, sin la ayuda de ellos, es imposible conocer la situación. Otros más, envían las respuestas con la información que pudieron recabar, señalando que hay subprefecturas que no enviaron sus respuestas y que, por lo mismo, estaban incompletas.

Pese a las dificultades padecidas para integrar los productos que se enviaron a la exposición, el Estado obtuvo algunos reconocimientos. Así lo hacen saber al gobierno del Estado cuando, dos años después, se le informa que llegarían por ferrocarril seis bultos con los productos correspondientes.

De la participación de mujeres queretanas en esta exposición tenemos pocas noticias pues sólo aparecen algunos objetos que podemos atribuir a manos femeninas en la lista de los productos que se remitaron después de la exposición: algunas colchas afelpadas, jergas de algodón, servilletas, ceñidores, una gabardina, un sombrero galonado, un pantalón y una enagua bordada. Todos estos productos vienen en una caja y no tienen nombre de quién los presentó o quién los elaboró (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Exp. 6). No ocurre lo mismo con otros productos en donde sí viene el remitente: un dibujo a lápiz de Rosalío Balvanera, un cajón de dulces de la dulcería *El Paraíso* del Sr. Gutiérrez, un ejemplar de *La Guía del Viajero*, de Celestino Díaz y otros productos realizados por varones.

La exposición de Chicago (1893) y la participación de las mujeres queretanas

Rememorando el IV centenario del descubrimiento de América, la Exposición Universal Colombina de Chicago tuvo lugar de mayo a octubre de 1893. Este sería el primer certamen de este tipo realizado en el Nuevo Mundo llegando a equipararse con los realizados en las principales metrópolis europeas.

Debido a su trascendencia se han realizado diferentes investigaciones sobre esta exposición que dan cuenta del acontecer de la misma. Destacan los trabajos hechos por autores españoles, quienes se han enfocado en hacer un comparativo entre las exposiciones de Chicago (1893) y Sevilla (1992), ésta última celebrada cien años después aludiendo a la misma temática (Martínez Moreno, 2017). Dichos trabajos son de gran ayuda para obtener información más seria para construir un contexto.



Ferris-Wheel, uno de los símbolos de la Exposición Universal de Chicago, 1893.

Gracias a esto podemos dar cuenta que la figura de Cristóbal Colón fue retomada dándole el crédito de ser el descubridor del Nuevo Mundo y así, después de cuatrocientos años, se le rindió homenaje en la Exposición Universal de Chicago; la cual fue un completo éxito, pues contó con 27 millones de visitantes a los cerca de 200 edificios que fueron construidos en un lapso de dos años (Martínez, 2017). Dentro de estos destaca el pabellón de la mujer, construido por la arquitecta Sofía G. Hayden, egresada del Instituto Tecnológico de Massachusetts, quien a través de un concurso ganó dicho proyecto (Martínez, 2017).

El edificio se pensó como un espacio propio para mostrar al mundo los avances de las mujeres y en él se dio cabida a las muestras enviadas por las diversas delegaciones de mujeres que participaron, entre otras, España, Francia, Italia, Japón, Estados Unidos y México.

Dentro de los diversos salones que componían el edificio de las mujeres hubo uno destinado a la Literatura. En este espacio, México participó con varias obras: una, compilada por José Ma. Vigil (Jaime, 2017), en donde reunió a 95 poetisas mexicanas entre los siglos XVI y XIX. Se presentaron ahí también la *Lira Poblana*, que reunió los escritos de seis poetisas originarias del Estado de Puebla y una *Colección de varias composiciones poéticas de señoras zacatecanas*, donde se reunieron los trabajos de siete poetisas originarias del estado que le daba nombre (Díaz y Prado, s/f; Romero, 2015). Rosa Carreto, Severa Aróstegui, Leonor Craviotto, María Trinidad Ponce y Carreón, María de los Ángeles Otero y Luz Trillanes y Arrillaga, aparecieron en el primer caso; Josefa Letechipía de González, Elodia Ruiz, Soledad Arias, Refugio Murguía de Ferniza, Guadalupe Calderón, Manuela Rodríguez y Tomasa Serra de Villagrana, en el segundo (Romero, 2015; 22). Romero da cuenta de otros títulos que fueron presentados en este espacio femenino y señala las enormes diferencias en términos de los títulos exhibidos, sobre todo si se comparan con los presentados por Estados Unidos, Francia, Inglaterra o Alemania (Romero, 2010). La autora destaca cómo, tanto la Junta de Señoras como José Ma. Vigil, pretendían mostrar al mundo la modernidad nacional y el creciente papel de las mujeres en este proceso.

La misma autora señala que, además de las obras literarias,

En los salones se puso particular énfasis en la expresión de los beneficios y contribuciones de las señoras en asociaciones donde dejaban ver su propensión a la caridad y en los colegios donde, en países como México, comenzaban a recibir una instrucción cada vez más cercana a la varonil. Para mostrarlo, el Instituto de Artes y Oficios de Toluca, la Escuela Normal de Profesoras, la Escuela Nacional de Ciegos y el Hospicio de

Guadalajara, participaron despachando objetos elaborados por sus pupilas. Sobre lo enviado se afirmó que era “attractive and interesting” (*The Official Directory*, 1893: 134-135), (Romero; 144).

Como vemos, en esta relación no se da cuenta de la participación de las mujeres queretanas, de las cuales daremos cuenta más adelante.

El edificio, del cual presentamos una fotografía, contaba con salones, biblioteca, áreas para las exposiciones, cocina, sala de conferencias, un espacio para la organización de las propias expositoras, baños, oficinas y un lugar para las mujeres científicas e inventoras.

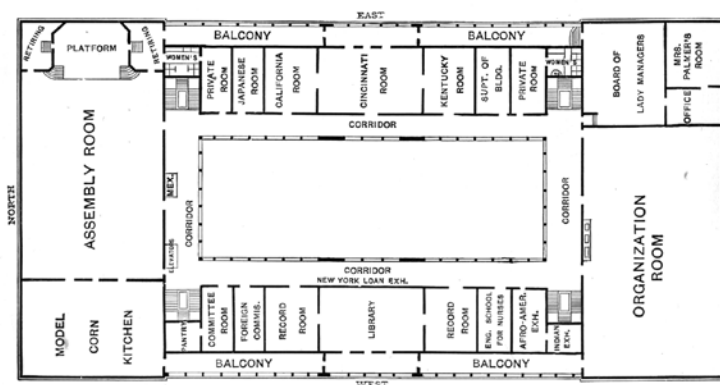
Además de estos espacios, el edificio fue complementado con una serie de murales, pintados también por mujeres: uno dedicado a la mujer primitiva, pintado por Mary Fairchild MacMonnies y otro consagrado a la mujer moderna, pintado por Mary Cassatt (https://es.wikipedia.org/wiki/Edificio_de_la_Mujer). Otras mujeres también participaron en la decoración del edificio. Sin embargo, al terminar la exposición, la edificación fue demolida, quedando sólo las reseñas, las fotografías y el plano, el cual mostramos también.

Como se puede ver en el plano (página 110), el lugar asignado a México estuvo en la planta baja del edificio, junto a Italia, Francia y Japón. El espacio no fue tan amplio como el destinado a otras delegaciones, sin embargo, fue mayor que para otros países.

El edificio, pensado por mujeres y realizado por ellas mismas, sirvió como espacio para mostrar al mundo los adelantos de las mujeres, pensadas como “mujeres modernas”. La exhibición femenina en Chicago incluyó las ciencias y las artes, las artesanías y los inventos y fue ampliamente socorrida por pintoras, decoradoras, músicas, escultoras, quienes contribuyeron con sus haceres a engrandecer la participación femenina en un evento tradicionalmente masculino.



GROUND PLAN WOMAN'S BUILDING.



GALLERY PLAN WOMAN'S BUILDING.



Plano y fotografía del interior del Edificio de la Mujer.

El sentido de la participación de las mujeres en este magno evento quedó expresado en el cartel que elaboró la pintora francesa Madeleine Lemaire (el cual reproducimos más abajo) en donde vemos a la mujer pintora, creadora, frente al edificio de la exposición, con sus utensilios: la rueca (significando a la mujer antigua) y los libros, el compás (significando a la mujer moderna que ha podido acceder, aunque minoritariamente, a la educación superior).

Madeleine Lemaire fue, como muchas otras de las mujeres que participaron en este proyecto, una mujer moderna. Su salón sirvió



Madeleine Lemaire.
Poster del Edificio de la Mujer.

para impulsar a muchos artistas en París, pero su obra, numerosa y rica en rosas (por lo que se le apodó la “emperatriz de las rosas”) da cuenta de sus aportaciones al mundo del arte en general y del patrimonio de las mujeres en particular.

El Edificio de la Mujer es pues el símbolo de la nueva posición que han conquistado las mujeres en el mundo, no sin problemas y resistencias, como las que hubo para la construcción misma del pabellón, pero al fin y al cabo triunfante. Las mujeres veían con mucho optimismo sus progresos y querían mostrarlo al orbe (ht-

https://es.wikipedia.org/wiki/Edificio_de_la_Mujer).

Respecto de este edificio dice Ireneo Paz, comisionado por el Gobierno del Estado de Querétaro para asistir a la exposición, que es sencillo, pero de muy buen gusto y bien ubicado (Acosta, 2017; 85).

En cuanto a la participación internacional, concurrieron alrededor de 46 naciones, de las que 19 se encargaron de construir pabellones propios para sus objetos (Martínez, 2017). En cuanto a México, recibió su invitación por parte del presidente de Estados Unidos desde 1891.

Como parte de los trabajos preparatorios comenzó la búsqueda de un terreno para la construcción del edificio donde México se presentaría; por otra parte, la Secretaría de Fomento se encargó de buscar la

ayuda de las empresas de transporte para que dieran concesiones a los productos que dirigieran hacia la Exposición de Chicago (*Memoria de la Secretaría de Fomento*, 1882). Así mismo, se enviaron circulares a las diferentes secretarías de los estados y territorios que se encargarían de “colectar y remitir cuanto fuere digno de ser exhibido”. (*Memoria de la Secretaría de Fomento*, 1882).

Al ser la invitación hecha a los estados, Querétaro participó al igual que las otras entidades con sus productos. Los únicos trabajos que se han enfocado en la participación del estado en esta exposición es el de Eva Lilia Acosta (2015) y Alicia Montero y Marco Gutiérrez (2017) quienes de igual forma hacen énfasis en la participación de las mujeres queretanas, principalmente de élite quienes, por medio de sus trabajos manuales, mostraban su civilidad y el deber ser o papel que le correspondía en la sociedad. Los productos de estas mujeres fueron adscritos a las secciones de manufacturas y de bellas artes. Dichos trabajos fueron reunidos por la Junta de Señoras de México, presidida por doña Carmelita Romero Rubio, esposa del Gral. Porfirio Díaz, Presidente de México, para ser remitidos a Chicago. (*Memoria de la Secretaría de Fomento*, 1882).

Mujeres creadoras. Declaraciones hacia los objetos de las expositoras queretanas

A lo largo de la historia se ha diferenciado biológicamente tanto a hombres como mujeres y se les han asignado roles sociales distintos acordes con su sexo. En el caso de las mujeres se les delegó las labores domésticas, el cuidado de los hijos y la familia y en sus tiempos libres la realización de manualidades que iban desde el bordado, tejido,

confección de ropa para el hogar hasta, en algunos casos, pintura y dibujo, todo ello acorde no sólo con su sexo sino también con la capa o el estrato social al que pertenecieran. Los objetos producidos por las mujeres, muchos de ellos hechos con fines utilitarios, es decir, para el uso en el hogar, tenían mérito por ser muestra del trabajo y la virtud de las féminas, pero su valor no pasaba de ahí. Para las mujeres, valorar su trabajo era muy difícil pues no era pensado como un medio para la vida o una actividad profesional. Eso lo podemos ver cuando, en las boletas de inscripción de los productos, se pide que se valúe el producto. Las cosas que aportan las mujeres no tienen expresado un valor monetario.

Sin embargo, con la entrada de México a las Exposiciones Universales, toda clase de productos elaborados por manos mexicanas eran bien recibidos, incluso los hechos por mujeres. Esta aceptación se dio porque la mayoría de las Exposiciones Universales, incluyendo la primera realizada en Londres en 1851, en la cual se destinó el pabellón XIII para *Hilados, tejidos y vestidos* y una parte del XII para la decoración de habitaciones (Solís, 2015) nos muestra como las mujeres participaron de manera activa. Así, los objetos realizados por las mujeres se hicieron visibles a través de estas exposiciones ya fueran locales, nacionales o internacionales.

Un ejemplo de esto sería la participación de las mujeres queretanas en la Exposición Universal de Chicago, la cual ha dejado su testimonio a través de las diferentes listas que fueron enviadas al estado para agradecer ya sea la participación con un diploma o con una medalla según fuera el caso.

Sin embargo, habrá que distinguir entre el juicio emitido por los jueces en la justa y el de otras personas que vieron la exposición. Los primeros expresan un veredicto en función de un canon estético y de una serie de criterios establecidos por la propia convocatoria del evento. Los

segundos muestran un sentir que viene sí de un canon estético aspiracional pero también de un sentir popular. En este sentido, los juicios que algunos varones emitieron sobre la participación femenina son interesantes. Dice un corresponsal que envía sus contribuciones al periódico oficial *La Sombra de Arteaga*:

Hay seguramente muchas obras dignas de admirarse en tan extensa exhibición en que figura hasta un shal (*sic*) mexicano bordado hace cien años que presenta una señora de Nueva York, pero en toda ella se transpira algo de varonil, y se echa mucho de menos toda la dulzura, toda la delicadeza, todo el sentimiento y todo el arte de la mujer latina. Aún en la pintura y escultura, no obstante que se ven correctas y muchas perfectamente acabadas, falta la inspiración (*La Sombra de Arteaga*, 27 de agosto de 1893, p. 396).

En la siguiente entrega del semanario, el autor del artículo describe los trabajos que ahí fueron expuestos, dando cuenta de los trajes populares hechos por indias, razón por la cual juzga que debieran estar en el área de Antropología, muy socorrida en la época por el auge de la disciplina pero también porque ahí se exhibían a “los otros”, los bárbaros, los que estaban lejos del ideal, según lo hemos mostrado ya en el capítulo I de esta obra. Luego va enlistando las diversas producciones de las mujeres de México, presentadas tanto de forma individual como colectiva, sobre todo a través de colegios. Entre las obras menciona trabajos hechos en plata, en madera y sobre todo en telas, lo que incluye servilletas, manteles, toallas, encajes, deshilados, bordados en relieves y con diversas técnicas, cuadros hechos con naturaleza, colchas, cojines, todo tipo de vestimentas, zarapes, papel picado, flores artificiales, jícaras pintadas, dibujos y trajes como el de china poblana o tehuen-tepecanos (*sic*). De entre todos estos trabajos, destaca luego algunos,

realizados por esposas de gobernadores de los diversos estados de la república y menciona un trabajo de encaje realizado por la señora Crisófora Arias, de Querétaro. El articulista termina diciendo: “El bello sexo de nuestro país está perfectamente representado en bellas artes y literatura”, señalando que sus cuadros son muy buenos y que “honran mucho a México” (*La Sombra de Arteaga*, 3 de septiembre de 1893, p. 407-409). Pero a pesar de que le honran y de que están bien hechos, no olvidemos que les falta “la inspiración”. Así, las mujeres pueden contribuir al arte y la cultura, pero siempre lo harán, desde esta mirada patriarcal, en menor valía que los hombres, siempre habrá una carencia.

Ireneo Paz (que ya dijimos fue comisionado por el Gobierno del Estado de Querétaro para asistir al evento) dice que las mujeres participaron en el grupo de manufacturas con 32 trabajos, entre ellos, camisas para niños, manteles, almohadas, pañuelos, cojines, papeleras y toallas (Acosta, 2017; 86) y en el de Bellas Artes presentaron 27 objetos, casi todos pinturas al óleo (Idem).

Los cuadros que se muestran a continuación son resultado de la sistematización de la información contenida en las cartas enviadas por los organizadores de la exposición, donde se registraba tanto el expositor, el objeto y un comentario que era positivo sobre lo enviado.

El primer cuadro muestra el nombre de la expositora y el objeto expuesto. En los documentos consultados aparece además un comentario final de su trabajo: “excelente ejecución”, “trabajo correcto y hermoso”, “buen trabajo mostrado con una pulcritud extrema” y en algunos casos se les halagaba por el buen gusto que tenían sus trabajos, tal puede ser el caso, por ejemplo de sus pañuelos bordados.

Cuadro No. 1 Relación de expositoras y objetos expuestos en la Exposición Universal de Chicago (1893).

Expositoras:	Objeto:
María Trinidad Castro	Pañuelo bordado Pañuelos con encaje inglés
Natividad Ugalde	Pañuelo bordado
Concepción C. de Chaparro	Pañuelo bordado
Virginia Martín	Pañuelo bordado con seda de colores
Porfiria Real	· Cojines de Crochet · fundas de almohadas
Vicenta Trejo	Pañuelos bordados

Fuente: Elaboración de Alicia Montero y Marco Antonio Gutiérrez a partir de información del AHQ, Fondo Ejecutivo.

Hay también otros objetos que fueron enviados a la exposición a nombre del Gobierno del Estado y las prefecturas, pero que por sus características se asocian a la mujer. De este modo podemos deducir que los nombres de las mujeres que son mencionados pertenecían a la clase media o alta y que, por el contrario, las mujeres que no son visibles, ya que desconocemos sus nombres, pertenecían al común de la población.

Cuadro No. 2 Relación de objetos enviados a la Exposición Universal de Chicago (1893) por otros actores.

Representantes:	Objetos
Gobierno del Estado de Querétaro	Cubierta bordada para cojín
Prefecto de Tolimán	Chales de lana
Prefecto de Cadereyta	Madejas Cuerdas Bolsas
Gobierno del Estado de Querétaro	Camisa para niño (técnica de ganchos)
Gobierno del Estado de Querétaro	Dos bolsas de lino de color

Fuente: Elaboración de Alicia Montero y Marco Antonio Gutiérrez a partir de información del AHQ, Fondo Ejecutivo

En cuanto a los expositores varones pudimos observar que también pertenecían a la élite queretana, ya que la mayoría de los apellidos ahí mostrados, como Loyola, Cosío y Urquiza, por mencionar algunos, hasta el día de hoy pertenecen a las principales familias del estado, que van desde abogados y empresarios hasta gobernadores.

La correspondencia nos permite ver no sólo los objetos enviados (ya que es visible la gran participación de los queretanos en este certamen y en específico de las mujeres), también nos deja entrever las diferencias sociales y el predominio de una elite.

Querétaro y el reconocimiento de sus expositoras

Las Exposiciones Universales fueron utilizadas por México como escaparate para mostrar aquellos productos y materias primas que el país tenía que ofrecer al capital extranjero. Se pretendía que la muestra fuera lo más digna y atractiva posible para incentivar las inversiones y con ello contribuir al engrandecimiento de México. Pero de la justa civilizatoria también salían engrandecidos los expositores, de esta forma, “quienes participaban en la exposición y obtenían alguna medalla, gozaban luego de mucho prestigio por la calidad de sus productos” (Solís, 2015). Igualmente, al ser las exposiciones una cuestión de Estado, aquellos que recibían algún reconocimiento eran premiados públicamente.

La premiación de los expositores de Chicago llegó cinco años después. Primero se hizo una distribución de premios a nivel nacional en la capital de la República, el domingo 19 de diciembre de 1897, a la cual acudió el entonces presidente Porfirio Díaz. Para tal evento el gobierno del estado nombró al diputado Leonardo F. Fortuño como representante para que asistiera a la ceremonia y recibiera los diplomas y meda-



Medalla de la Exposición
Universal Colombina,
Chicago, 1893.
*Fotografía: Oliva Solís
Hernández.
Museo Regional de
Querétaro, Caja D.*

llas otorgados desde Chicago a los expositores queretanos, además de recibir los de la exposición de Atlanta celebrada en 1895.¹³

Como asistente a la ceremonia de premiación, el diputado Fortuño recibió del secretario de fomento las medallas y diplomas obtenidos por el estado de Querétaro, de los cuales 35 cajas correspondían a los expositores de Chicago, 8 medallas y 8 diplomas a las expositoras de Atlanta y 2 diplomas conmemorativos con su respectiva medalla expedidos por la Junta de Señoras de México a cargo de la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz, primera dama de ese entonces.¹⁴ Ya recibidos

13 AHQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección 4ª Fomento, 1896, caja1. Expediente que contiene las declaraciones hacia los productos del estado en la Exposición de Chicago y las crónicas de la premiación a los expositores de Chicago y Atlanta

14 AHQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección 4ª Fomento, 1896, caja1. Carta del diputado Fortuño al Secretario Gral. del estado. Diciembre 21, 1897.

los premios, el representante queretano se encargó de enviar un paquete con dichos reconocimientos por medio del servicio de entregas Express Wells, el cual tuvo un costo de \$25,00.¹⁵

El diputado Fortuño, representante queretano en la ceremonia, se encargó también de adjuntar periódicos con las crónicas de lo ocurrido en la capital. Por otra parte, en su carta al gobierno queretano dio a conocer su sentir al hecho de que la entidad hubiera recibido los premios. Fortuño escribe: “los esfuerzos del trabajo y los adelantos de la industria nacional han quedado patentizados en el número considerable de premios que se les acordó en dichas exposiciones”,¹⁶ de esta forma observamos que el objetivo de la participación en la exposición para los productos locales se había cumplido.

La importancia de dichos premios se ve patentizada en el hecho de que el gobierno local se esforzó en organizar una gala de distribución de premios para los expositores, pese a que su participación había sido años antes. Los preparativos para dicha ceremonia comenzaron en el mes de marzo de 1898, haciendo llegar a las distintas prefecturas del estado la invitación al evento que se llevaría a cabo el 6 de marzo a las 8:00 de la noche en el Teatro Iturbide en la capital queretana, igualmente fueron invitados todos los trabajadores de las dependencias de gobierno para que asistieran.

Llama la atención que entre los telegramas enviados a las prefecturas, se hace en repetidas ocasiones un llamamiento al prefecto de San Juan del Río para que los encargados del distrito de Amealco les recomienden a la Sra. Concepción G. de Chaparro y a la Srita. Porfiria Real para que nombren a una persona que reciba sus premios, de la misma forma se les pide a las Sras. Concepción P. de Sánchez y Crisófora G.

15 AHQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección 4ª Fomento, 1896, caja1. Recibo de Express Wells. Diciembre 21, 1897.

16 AHQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección 4ª Fomento, 1896, caja1. Carta del diputado Fortuño al Secretario Gral. del estado. Diciembre 21, 1897

de Arias, de Amealco, para que nombren a alguien que reciba el premio que les envió la Junta de Señoras de México.¹⁷

La insistencia en que se nombre un representante para que reciba el premio hace evidente las imposibilidades a las que hacían frente las mujeres para viajar, primero, porque una mujer decente no viajaba sola, segundo, por los costos del transporte y tercero, la falta de transporte mismo, que no era regular en sus salidas.

Para las expositoras de la ciudad recibir el reconocimiento era más fácil. En el acta de distribución de premios sí aparecen sus firmas, todas ellas residen en la capital. En el documento aparece un total de 21 expositores, de ellos, 9 fueron mujeres,¹⁸ a esto hay que agregar las dos premiadas por la Junta de Señoras y las 8 premiadas por la exposición de Atlanta; por lo que durante esa gala fueron premiadas 19 mujeres por ser representantes de Querétaro ante el mundo.¹⁹

Finalmente, esa noche dentro del emblemático Teatro Iturbide y en presencia del gobernador del estado, trabajadores de las diferentes dependencias gubernamentales y alumnos del Colegio Civil, el profesor Sr. José M. Carrillo ofreció un discurso en el que enaltecía el hecho de tener tantos expositores para “el estado que la calumnia apellida retrógrado, dándole a su capital el nombre de levítica, ha sabido presentarse con honra en todos estos concursos”, por lo que estos premios demostraban la capacidad de Querétaro de competir en esta carrera progresista además de ser parte de la modernidad, despojándose del estigma que le había dejado ser el baluarte del Segundo Imperio años atrás.²⁰

17 AHQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección 4ª Fomento, 1896, caja1. Carta al prefecto de San Juan del Río, marzo 3, 1898.

18 AHQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección 4ª Fomento, 1896, caja1. Carta de citación a los expositores, marzo 3, 1898.

19 AHQ, Fondo Poder Ejecutivo, Sección 4ª Fomento, 1896, caja1. Acta de premios, marzo 6, 1898.

20 Frías y Soto Luciano, *La sombra de Arteaga*, marzo 17, 1898, p. 70.



Medalla de Honor otorgada a la Junta Central Expositiva de la Exposición Mexicana en París, 1889.
Fotografía: Oliva Solís Hernández.
Museo Regional de Querétaro, Caja D.



Medalla de la Exposición Universal de París, 1889.
Fotografía: Oliva Solís Hernández.
Museo Regional de Querétaro, Caja D.

En cuanto a los expositores, podemos identificar diferentes significados que reflejan la diferencia que se le daba al trabajo de hombres y mujeres dentro de la sociedad decimonónica. Para el varón, el recibir un premio es gracias al fruto de su trabajo, ya que la mayoría de sus productos tenían potencial de ser comercializados; mientras que para la mujer el premio recibido era fruto del “arte bellísimo interpretado por el talento y las manos delicadas de las graciosas damas” (*Sombra de Arteaga*, 1898); con esto podemos observar que pese a que las exposiciones habían abierto la oportunidad para que las mujeres mostraran lo que eran capaces de producir, esto se reducía a lo propio de su sexo que principalmente era aprendido dentro del ámbito familiar, por lo que dentro de estas exposiciones que enaltecían la industria, aunque había espacio para la mujer, ésta sólo era productora de aquello que le serviría para desempeñar su papel de madre y esposa, reflejo de esto son los objetos que envían a las exposiciones universales.



Diploma de Medalla de Bronce otorgada en la Exposición Universal de París, 1889.

El diploma fue otorgado a diversos estados de la República Mexicana por su participación. En el original está subrayado en negro el nombre de Querétaro.

Fotografía: Oliva Solís Hernández.

Museo Regional de Querétaro, Planero 2, Caja 2.

Pese a los problemas que se presentaron para la participación de México en esta exposición, los elogios por los escasos logros no se hicieron esperar. Dos queretanos fueron reconocidos por sus cuadros al óleo: el Sr. Hernández por el cuadro “El Senado Tlaxcalteca” y el Sr. Sánchez Lima por una “Madre Dolorosa”.

Para los que participaron en la organización del evento también fue una buena experiencia pues aprendieron el funcionamiento de tan magnas justas, de forma que para 1900 tenían ya un cuerpo experimentado de jefes de grupo, tal y como lo señala Sebastián P. de Mier en su obra.

De entre las diversas Exposiciones Universales en las que participó México, la de 1900 ocupó un lugar muy importante y en ella se cifraron grandes esperanzas pues era la oportunidad de mostrar al mundo un México ya consolidado gracias al orden y el progreso procurado por el Gral. Porfirio Díaz. Además, la experiencia adquirida en todas las exposiciones anteriores se esperaba que capitalizara los esfuerzos de mejor manera pues, como lo dijo el comisionado Mier, la participación en la exposición colombina sirvió para comenzar a cambiar la visión negativa que se tenía de México, sobre todo en el continente americano y, específicamente, frente a Estados Unidos; la exposición de París de 1889 por su parte, había servido para hacer lo mismo, pero ahora en el contexto europeo. Dice Mier (1901: 6):

La Exposición Universal de París de 1889 dio (*sic*) ocasión al Gobierno de hacer nueva y más amplia muestra del país en más vasto escenario, en un ambiente esencialmente europeo, y en concurrencia con las naciones que van á la cabeza de la civilización.

Así pues, la concurrencia a París en 1900 debía subsanar los errores cometidos en las presentaciones anteriores, entre los cuales estaban los problemas de espacio para albergar a los jueces durante las deliberaciones, la forma en que daba la luz a los objetos para mejor apreciarlos o incluso los etiquetados que, según señaló Mier (1901) copiaban las tendencias estéticas europeas y ello iba en detrimento de lo nacional, que era lo que debía exponerse ante el mundo. Veamos pues cómo capitalizó el país las enseñanzas dejadas por las exposiciones y cómo participaron en la siguiente exposición las mujeres.



Pabellón de México en la Exposición Universal de París, 1900.

México en la Exposición Universal de París, 1900

La Exposición Universal de París, 1900, fue dedicada a la electricidad. La profusión de luces y focos con los que se adornó el espacio donde se realizó la exposición hizo que se llamara a París “La ciudad luz”. En esa exposición se mostraron adelantos como las bandas transportadoras, se crearon edificios para albergar exposiciones u obras de infraestructura para hacer más eficiente la circulación de los millones de visitantes que acudieron a la cita, la cual se engalanó aún más con la celebración de los Juegos Olímpicos de París en ese mismo año.

Dentro de la exposición, se dedicaron espacios exclusivos para los adelantos ópticos, los cambios en la moda, las vanguardias estéticas (el *art nouveau*) y los progresos en las ciencias y la técnica.

Para participar en esta exposición, México se preparó con antelación y pese a los gastos que suponía la empresa, se decidió que era importante para el país tener presencia. El argumento utilizado fue que no podían negarse los múltiples beneficios recibidos al asistir a las exposiciones anteriores. Así, dice Mier:

á cada una de estas han sucedido adelantos nacionales imputables en gran parte á la publicidad que les es inherente, á las enseñanzas que en su recinto se recogen y al estímulo que despiertan y que constituye, por decirlo así, la esencia misma de esos torneos entre las naciones (1901: 8).

Dos motivos más eran importantes: primero, acababan de restablecerse las relaciones diplomáticas entre México y Francia, las cuales estaban rotas desde la Invasión Francesa y fin del Segundo Imperio Mexicano y segundo,

interesaba poner de manifiesto á Europa, por medio de la exhibición más completa y general posible, todas las riquezas naturales del país, todos sus productos explotados y todos los artículos de sus industrias manufactureras, haciendo alarde, por decirlo así, de su pródiga naturaleza y de la inteligencia y laboriosidad de sus hijos (Mier, 1901; 22).

Interesaba sobre todo, dijo el Comisario Mier, mostrar al mundo productos hechos en México con calidad superior, dignos de competir con otras potencias. Para ello, desde 1898 se giró la primera circular invitando a los gobiernos de los estados a participar en la exposición. Las juntas locales debían hacer una primera selección para garantizar la calidad. Después, los encargados de cada ramo harían una segunda selección y finalmente, la junta general se reservaría el

derecho de incluir o no algún producto que no contara con los criterios señalados tanto en la convocatoria como en los reglamentos expedidos para el caso (Mier, 1901).

A lo largo de la prolija obra, el autor va dando cuenta de la participación de los mexicanos, pero las mujeres son escasas, de forma que es hasta el grupo XII, relacionado con tejidos, muebles y vidrios, todos ellos objetos decorativos, que las vemos aparecer. Ahí, dice Mier que “Multitud de Señoras enviaron los trabajos de su sexo en que tanto descuellan y que no se prestan á una enumeración nominal” (1901; 61). Enlista el autor luego las fábricas que mas destacaron por sus trabajos y añade, “los trabajos de la Asociación de Señoras de Morelos, de las Escuelas Normales de Oaxaca, Toluca y multitud de otras para las labores femeninas” (Idem.; 63). Como vemos, las señoras no merecen una nominación, sólo aparecen como grupos: señoras, señoras de Morelos, mexicanas.

En la clase 89, correspondiente a los tabacos, se presentó la fábrica de “El Buen Tono”, una de las más importantes en el país. Dice Mier:

La Sociedad Anónima « El Buen Tono », fábrica de cigarros la más importante del país y una de las mayores del mundo, proyectó instalar en nuestro Pabellón una fábrica en miniatura, servida por obreras de sus talleres, pintorescamente vestidas, y en la cual funcionaran las máquinas perfeccionadas que posee, y con las que trabaja normalmente (Mier, 1901; 78).

Si bien la propuesta era interesante al llevar al pabellón una fábrica en miniatura, las complicaciones fueron mayúsculas al contar con un espacio reducido y las disposiciones oficiales no coincidir con los empaquetados de los productos. Ello obligó, dice Mier, a que se modificara la forma de empaquetar y a que las obreras tuvieran que aprender rápidamente para satisfacer estas necesidades de cambio (1901; 121).



Pabellón de México en París, 1900.

Fuente: Mier, 1901.

Distinción especial merecen, por haber sido mencionadas por sus nombres, las señoras Cirila Naranjo, de Uruapan y la Srita. Ledezma, de la Ciudad de México, quienes presentaron en la clase 98 unas lacas indígenas en forma de cestos para joyas (Mier, 1901; 79).

Dado que la exposición es un espacio para ver y ser visto, se consideró que la fiesta no debía estar ausente pues, como dijo el propio Comisario Mier, los negocios se hacen mejor en esos espacios que en un despacho. Tomando esto en consideración, la delegación mexicana organizó numerosas fiestas a lo largo del período que duró la exposición. En ellas no podían faltar las mujeres, las cuales, por supuesto, no aparecen nombradas por sus nombres sino como Sra. de X o Sra. de Y. Las damas aparecen como un adorno o como el complemento necesario para mostrar el ideal social en el que la familia es la base de la sociedad y en donde la mujer complementa

al varón. Una de las fiestas más lucidas fue la del 15 de septiembre, fecha doblemente emblemática pues se celebraba el cumpleaños de don Porfirio Díaz, presidente de la República y la independencia de México.

Querétaro en la Exposición Universal de París, 1900

El Estado de Querétaro, subido al carro del progreso durante la administración de González de Cosío, que en términos locales fue una copia del gobierno porfirista a nivel nacional, no podía estar ausente de tan magnífica oportunidad para dar cuenta de las riquezas del estado y la industriiosidad de sus hombres y mujeres.

No bien hubo llegado la invitación del gobierno federal a participar en tan magna justa, el gobierno del estado hizo lo propio enviando a las municipalidades las respectivas invitaciones y nombrando sus propias comisiones para cumplir cabalmente con los requerimientos. La comisión local estuvo encabezada por el ingeniero Adolfo de la Isla como Presidente y por el también ingeniero Luis A. Olvera como Secretario.

La respuesta no se hizo esperar, sin embargo, no toda la población podía responder de la misma forma pues los rubros que cubría la convocatoria estaban destinados a mostrar progresos científicos, técnicos, industriales, y una buena parte de la población estaba ayuna de letras. Además, suponiendo que en el plano del saber hacer manual contarán con la habilidad y las destrezas necesarias para producir obras dignas de encomio, las clases más pobres no podían disponer de los recursos necesarios para prescindir de una obra en la que se cifraba su existencia material. Así, quienes respondieron al llamado fueron, mayoritariamente, hombres y mujeres pertenecientes a las clases medias y altas, entre quienes se encontraban hacendados, industriales y profesionistas.

Querétaro participó, según el informe del Gobernador del Estado, con 1175 expositores y 243 objetos, distribuidos en 10 de los 18 grupos posibles, tal y como se muestra en la siguiente tabla:

Tabla No. 3 Participación de Querétaro por grupo.

Grupo No.	Productos enviados
2	15 dibujos y pinturas
3	Memorias, leyes y cuadernos de instrucción
4	Productos para las artes
7	Productos agrícolas (7 de fibras textiles y una colección de plantas medicinales)
8	Colección de semillas
9	66 muestras de maderas preciosas
10	Colección de muestras de minerales
12	Piezas de telas, bordados, labores manuales y flores artificiales.
13	Muebles
14	Peletería, cera, esencias, productos químicos y farmacéuticos.

Fuente: Elaboración propia a partir del Informe de Gobierno de Francisco González de Cosío, *La Sombra de Arteaga*, Septiembre 30 de 1900, No. 33, p. 202.

Las mujeres también acudieron al llamado de la patria desde sus respectivas posiciones. Haciendo labores “propias de su sexo”, enviaron a la comisión para ser evaluadas sus producciones: hilados, tejidos, dibujos, ejercicios caligráficos y algunas más, pinturas, flores de cera, papel y algunos otros trabajos considerados como “manuales”.

De la participación de las mujeres en la muestra nos da cuenta el Comisario Mier, primero de forma general y en los apéndices de forma específica, lo que nos permite ubicar a los y las queretanas que obtuvieron algún reconocimiento en la justa. A continuación, presentamos un cuadro en el que damos cuenta de quién ganó qué en la exposición de París, 1900.



Vista del Pabellón de México en París, 1900.

Fuente: Mier, 1901.

Tabla No. 2 Ganadores queretanos y queretanas de premio en la Exposición Universal de París, 1900.

Clase	Nombre	Premio
31	Cristóbal Regalado	Medalla de Bronce
39	Pedro Gorozpe	Medalla de Oro
	Bernabé Loyola	Medalla de Oro
	Carlos M. Loyola	Medalla de Plata
	Dionisio Ríos	Medalla de Plata
	José M. Rivera	Medalla de Plata
	Francisco Urquiza	Medalla de Plata
	Paula Escoto de Vicente	Medalla de Bronce
	Ramón Mar	Medalla de Bronce
	Trinidad Rivera	Medalla de Bronce
	José González de Cosío	Mención Honorífica
	Ramón Martínez	Mención Honorífica

40	Francisco Rincón Gallardo (San Juan del Río)	Medalla de Bronce
41	Luis Trejo (Cadereyta)	Medalla de Oro
	Jefatura Política de Amealco	Medalla de Bronce
	Gobierno del Estado de Querétaro	Medalla de Bronce
45	Rosalío Herrera	Mención Honorífica
56	Rafael Escoto	Medalla de Bronce
	Leonardo García	Medalla de Bronce
	Margarito Hernández	Medalla de Bronce
	Agustín Llaca	Medalla de Bronce
	M. de Jesús Peregrino (Huimilpan)	Medalla de Bronce
59	Teófilo Gómez por Francisco Rincón Gallardo (SJR)	Medalla de Plata
	Hermanos Loyola	Medalla de Plata
	Carlos M. Loyola	Medalla de Plata
	Felipe Olguín	Medalla de Plata
61	Aurelio Díaz	Medalla de Oro
	Felipe Arvizu	Medalla de Plata
	Timoteo Camacho	Medalla de Bronce
	Celso Mendoza (Jalpan)	Medalla de Bronce
	Mesa y Cía.	Medalla de Bronce
	Ramón Rodríguez	Medalla de Bronce
	Colegio Civil del Estado de Querétaro	Mención Honorífica
80	Marcelino Maciel	Mención Honorífica
84	Dolores Burgos	Medalla de Plata
	Dolores Gómez	Medalla de Bronce
	Guadalupe González	Medalla de Bronce
	María González de Cosío Siurob	Medalla de Bronce
	María Méndez	Medalla de Bronce
	Sofía Álvarez	Mención Honorífica
	Carmen Castro de Isla	Mención Honorífica
	María Trinidad Castro	Mención Honorífica
	Trinidad Castro	Mención Honorífica
	María Guadalupe Castro	Mención Honorífica

	Jesús Méndez	Mención Honorífica
87	Alberto Guerrero	Medalla de Bronce
89	Ireneo Hernández	Medalla de Plata
98	Atala Iragurri	Mención Honorífica
Total		48 medallas

Fuente: elaboración propia a partir de Mier, 1901.

Como parte de los apéndices de la obra, encontramos los listados de quienes recibieron premios en la exposición. Los premios pueden ser: Grandes premios, medalla de oro, medalla de plata, medalla de bronce o mención honorífica.

Si analizamos los nombres de los premiados, podremos ubicar algunos de los apellidos más importantes de la entidad, vinculados a familias poderosas por sus caudales y sus capitales políticos. Así, destacan los Rincón Gallardo, dueños de haciendas ganaderas en el municipio de San Juan del Río, los González de Cosío, familiares del gobernador porfirista del estado, don Francisco González de Cosío; los Loyola, dedicados también a la agricultura y uno de cuyos miembros, Carlos M. Loyola, sería luego por conveniencia, el primer gobernador de la Revolución en Querétaro (Del Llano, 2005), los Urquiza, dueños también de haciendas, entre otros.

Las mujeres que ahí aparecen pertenecen también a este grupo. Un ejemplo, doña Carmen Castro de Isla era, probablemente, la esposa del ingeniero de la Isla, uno de los comisionados por el gobierno del estado para la organización del evento. Las otras mujeres Castro, seguramente, eran parientas de doña Carmen. Por otro lado, doña María González de Cosío seguramente también era pariente del gobernador del estado y con su participación se solidarizaba no sólo con la causa del Estado de Querétaro y de la nación toda, sino también con la de



Medalla de Bronce de la Exposición de París, 1900.

*Fotografía: Oliva Solís Hernández.
Museo Regional de Querétaro, Planero 2,
Cajón 2.*

doña Carmelita Romero, esposa del Presidente de México y con las otras consortes de los gobernadores de los otros estados de la República Mexicana.

Quienes acudieron a la justa civilizatoria, como podemos ver en el cuadro anterior, procedían de distintos lugares de la geografía del estado: Jalpan, San Juan del Río, Amealco, Huimilpan, Cadereyta, Vizarrón y, por supuesto, la ciudad capital. Encontramos también participaciones tanto individuales como colectivas, tal es el caso de la Jefatura Política de Amealco o el Colegio Civil del Estado de Querétaro, o de los hermanos Loyola, quienes obtienen reconocimiento grupal e individual.

La participación y reconocimiento del Estado se dio, fundamentalmente, en los ramos rela-

cionados con la agricultura y la minería, las cuales eran las actividades económicas más desarrolladas en la entidad en la época.

Las mujeres contribuyeron también con su quehacer al engrandecimiento de la patria: 12 medallas fueron para ellas, constituyendo una cuarta parte de los reconocimientos obtenidos por el estado. Considerando que los rubros convocados para la exposición y que las

condiciones sociales de las mujeres las constreñían al ámbito de lo privado, la participación de las mujeres en la producción y reproducción de cultura fue muy importante pues aprovechando los pequeños espacios que se le dieron para mostrarse, dieron cuenta de su capacidad productiva. Si a esto añadimos que los recursos que puede movilizar para desarrollar su quehacer son menores que de los varones, dueños de los capitales, la aportación de las mujeres resulta más significativa pues pese a las condiciones materiales en que les tocó vivir, supieron aprovechar los recursos a la mano para mostrarse. Sin embargo, debemos hacer una consideración. Los productos derivados de este hacer femenino no tuvieron la misma valoración ni la misma trascendencia. Al ser producidos por mujeres y ser considerados como parte de su quehacer, se les restó mérito y ello se evidencia en que ninguno de estos productos fue considerado digno de conservarse en un espacio museístico. No sucedió así con otros productos que, actualmente, están exhibidos en el Museo Regional de Querétaro y que participaron de la misma exposición, tal es el caso de una sala confeccionada en maderas finas con motivos prehispánicos.²¹

Dado que uno de los objetivos fundamentales de la participación en estas exposiciones era generar oportunidades de negocios para los productos y productores nacionales, las oportunidades para hombres y mujeres también son diferentes. Para los hombres, considerados como empresarios, los beneficios comenzaron a hacerse visibles de inmediato. *La Sombra de Arteaga* señala que hubo algunos interesados en participar en el país con sus inversiones (*La Sombra de Arteaga*, 6 de octubre de 1900, No. 34, p. 221). Sin embargo, para las mujeres la situación

21 Los muebles no fueron fabricados en Querétaro, pero fueron obtenidos y restaurados para los acervos del Museo Regional de Querétaro, durante la gestión del Mtro. Eduardo Loarca Castillo. Durante muchos años estuvieron exhibidos y, más recientemente, están en el pasillo de las oficinas del Museo.

era distinta. Ellas, apartadas del mundo de la producción empresarial y remunerada, no tenían acceso a esas oportunidades. Su participación era marginal y no con el ánimo de competir y medirse con otros. Sus producciones no pueden hacerse en serie, son “manualidades” que se hacen “en los tiempos libres” y que contribuyen a consolidar un modelo de mujer. Así, sus producciones, por muy perfectas que sean, sólo son evidencia de que han sido adecuadamente socializadas en su rol de género y por lo mismo contribuyen a dar lustre al país o a la familia o al esposo, pero no necesariamente son espacios de realización personal.

La participación del Estado de Querétaro en la Exposición Universal de 1900 fue un hito en la historia local, sin embargo, el lustre alcanzado en esta etapa no se acrecentó en las siguientes participaciones, como en la Panamericana de 1901 y la de San Luis Misuri en 1904. Respecto de esta participación dice Clementina Díaz:

A la Exposición Universal que tuvo lugar en el año de 1904 en la Universidad Washington, de St. Louis Missouri, México envió reproducciones de las principales piezas arqueológicas que figuraban en la galería de monolitos del Museo Nacional, y otras de Papantla y Teotihuacán (Díaz y de Ovando, s/f, p. 134).

Llevar a la exposición estas piezas no era casualidad. Los debates de la época en torno a las razas estaban en plena expansión. Dice Delsahut (2011: 810):

A lo mejor, las celebraciones reflejaban las más finas cualidades humanas como el espíritu de empresa, la curiosidad, la inteligencia y el éxito. A lo peor, las manifestaciones intentaban ordenar el mundo y sus poblaciones definiendo cuáles eran superiores y cuáles no eran civilizadas. [Y añade

más adelante] La sección antropológica no estaba solamente ahí para ilustrar los sueños exóticos de un punto de vista europeo, como fue el caso en París en 1900, [sino] para demostrar lo que era la desesperante primitividad y el barbarismo de esos pueblos que de ahora en adelante podrían tener ayuda [de] las escuelas del gobierno americano.²²

Para México, seguía siendo importante mostrar al mundo que no éramos un pueblo bárbaro sino, por el contrario, herederos de una gran civilización. Sin embargo, la arqueología y la antropología en México aún eran incipientes y, en el Estado de Querétaro, aún no se habían comenzado trabajos arqueológicos que develaran las riquezas que, en la segunda mitad del siglo xx, han salido a la luz.

Los gastos que implicaba la participación tanto del Estado de Querétaro como del país en estos eventos eran muy grandes y no se podían repetir frecuentemente, aunque siempre se apelaba al deseo de que esas participaciones redituaran en inversiones y mejoras en el comercio. Además, en los primeros años del siglo xx las cosas estaban cambiando en México. Por un lado, el descontento social se hacía cada vez más evidente a través del surgimiento de grupos opositores al régimen porfiriano que, desde tiempo atrás, venían reclamando el reparto de las tierras, la devolución de las tierras comunales, la mejora en las condiciones laborales y los derechos de los trabajadores, la participación política de las mujeres y el mejoramiento social (Méndez, 2015). Entre estos grupos, algunos periodistas, los anarquistas y los socialistas se destacaron. A ellos se añadieron más tarde grupos de campesinos, indígenas y políticos opositores que no se habían visto beneficiados, lo que fue incrementando el descontento con el régimen y el rechazo a la reelección.

22 El texto fue corregido por la autora para eliminar problemas ortográficos y de sintaxis existentes en el original.

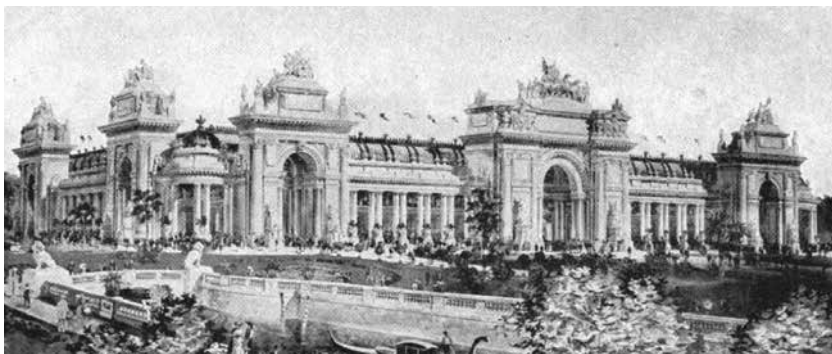
El descontento se manifestó de diferentes formas: a través de levantamientos armados, artículos aparecidos en la prensa opositora o la formación de clubes políticos, quienes buscaban posicionar sus ideas entre la sociedad civil y los obreros.

Frente a conflictos como la guerra contra los yaquis (Abbondanza, 2008), la huelga minera en Cananea (Sonora), la textil de Río Blanco (Veracruz) o la cuestión de la sucesión presidencial y los brotes de movimientos políticos regionales opuestos al sistema (Madero, 1909), la clase política entró en una disyuntiva: por un lado se pensó que participar en las justas civilizatorias era muy costoso y requería grandes esfuerzos para su organización, pero por el otro, también se pensaba que era necesario seguir participando si se quería cambiar la imagen del país y abrir nuevos caminos para el comercio y el crecimiento económico.

Para México, la Exposición Universal de París en 1900 fue la culminación de un trabajo que se inició desde mediados del siglo XIX. Participar en estos eventos de clase mundial era la oportunidad que se tenía para cambiar la imagen del país, establecer relaciones comerciales con las potencias industriales y mostrar al mundo las riquezas naturales y culturales que poseíamos, todo ello con el ánimo de atraer inversiones y con ellas, impulsar a la nación toda por la senda del progreso. A partir de ese momento, vendría el ocaso, aunque no por ello se dejó de participar en los eventos a los que se convocaba a la nación.

El nuevo siglo, las exposiciones universales y la participación de las queretanas

Al iniciar el nuevo siglo las exposiciones siguieron sucediéndose. En 1902 llegó al gobierno del Estado de Querétaro la invitación para que



Palacio de las Artes Liberales, San Luis, Misuri, 1904.

participara, con el beneplácito del gobierno de la República, en la Exposición Universal de San Luis, Misuri, la cual se realizaría en 1903. La convocatoria tenía como motivo la celebración del primer centenario de la compra del territorio de la Luisiana a Francia y para celebrar tal acontecimiento, esperaban contar con la presencia de numerosos países invitados, asegurando que ese certamen sería “la Exposición más grande que se haya concebido y llevado a efecto jamás por la civilización humana” (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Caja 1, 1902, f. 26). Se argumentaba que era importante asistir pues los beneficios que se habían recibido por participar en ocasiones anteriores habían sido muchos, entre otros, ensanchar el comercio, aumentar la población, crear nuevas empresas y muchas otras cosas de consideración. Había pues que aprovechar la exposición, pensada como “el termómetro de los adelantos humanos” (Ibid., p. 27).

Originalmente la exposición estaba pensada para celebrarse en 1903, sin embargo, en agosto de 1902 se comunicó a los gobiernos estatales que el gobierno de Estados Unidos había decidido postergarla un año,

con el ánimo de que, habiendo más tiempo para su preparación, más países pudieran concurrir al certamen. Finalmente, la exposición se inauguró el 30 de abril de 1904.

Querétaro no podía quedarse atrás de otros estados de la república, de forma que inmediatamente se puso en marcha, nombrando una comisión que se encargara de turnar las respectivas invitaciones a los posibles participantes, hacer circular el reglamento que se envió donde se contenían los grupos, los requisitos, los formatos y todos los detalles para registrar y controlar los productos que se exhibirían. Se pidió también al gobierno del estado que enviara la información que se le solicitara, como el número de compañías mineras que había en el estado (que en ese momento eran 18, aunque sólo la mitad estaban en explotación) (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Caja 1, 1902, f. 18), así como los listados de otros productos que pudieran ser explotados, otras industrias de importancia (como la del papel, de la cual solo había la fábrica “El Batán” o de hilados y tejidos, de la cual se enumeran “El Hércules”, “La Purísima”, “San Antonio” y “San José”, las primeras tres de la Compañía Industrial Manufacturera y la cuarta del señor Juventino Guerra) (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Caja 1, 1902, f. 44) o de personas que pudieran participar en los diversos ramos. Por ejemplo, para los ramos A, B y C, correspondientes a la educación y las artes, el gobierno del Estado de Querétaro envió una lista en la que nombra a quienes considera pueden ser dignos representantes. El total de la lista son 20, entre corporaciones e individuos. Entre ellos no hay ninguna mujer a la que se haya considerado, pese a que han sido, históricamente, los ramos donde se podían desarrollar (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Caja 1, 1902, f. 35).

Como parte de la participación del Estado en la exposición se envió una serie de datos relacionados con la educación, la agricultura,

ganadería, silvicultura, pesca, minería, industria y otras actividades económicas. Esos datos fueron luego concentrados en otras tablas para presentar un panorama general de la República Mexicana. El objetivo era que, de forma breve pero completa, los inversionistas pudieran tener la información necesaria para decidir invertir en el país. Sin embargo, como en ocasiones anteriores, los datos muestran más que una bonanza la pobreza de nuestra nación. Los datos remitidos son breves y los números más. Las cosechas, en su mayoría, son sólo para la subsistencia y la variedad de cultivos muy pequeña (maíz, frijol, calabaza, chile), al igual que la ganadería y la pesca. Esta última, en el caso de nuestro estado, es nula. Salvo el caso de algunas haciendas o pequeñas industrias, el panorama es desalentador.

Igual de desalentadora fue también la respuesta a las invitaciones que se turnaron para participar en el certamen. La prefectura del Distrito de Amealco, por ejemplo, respondió al gobierno del Estado que, pese a que se habían repartido todas las invitaciones no había habido respuesta. Lo mismo contestó el prefecto del Distrito de Jalpan (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Caja 1, 1902, fs. 194 y 195).

Algunos particulares, residentes de la ciudad capital y pertenecientes a las clases medias, remitieron algunos objetos para ser exhibidos, por ejemplo, Ramón Rodríguez Perrusquía y Luis G. Balvanera. El primero envió un *Estudio para análisis de minerales* y el segundo un *Compendio de Historia Patria* (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Caja 1, 1902, f. 204). Otros objetos, por su naturaleza, no pudieron ser exhibidos, tal fue el caso de unos ladrillos de solera enviados por el Distrito de San Juan del Río (Idem., f. 205). Se enviaron también algunas muestras de tierra utilizada en el ramo de la construcción, maderas como el sabino o el encino, también para la construcción o como fuente de energía o muestras de granos (maíz y trigo) y otros productos (como el chile), producidos

Comisión Nacional Mexicana para la Exposición Universal de St. Louis, Mo.

Factura de los objetos contenidos en la caja que se expresa

DEPARTAMENTO de Manufacturas.

Nº	Contenido.	Expositor	Observaciones.
134.	2. Sombreros de palma.	Ayuntamiento de San Juan del Río. (Querétaro)	
"	1. Rosta de ixtle.	" "	"
135.	14. Muestras de canto de algodón.	Marcelino Maciel Querétaro.	
131.	1. Confidente de mimbre.	Ayuntamiento de Tequixquapán. (Querétaro.)	
"	2. Sillones " "	" " "	"
"	1. Costurero " "	" " "	"
"	1. Muequero " "	" " "	"
"	1. Petaca de " "	" " "	"
"	1. Globo de " "	" " "	"
"	4. Candelillas de mimbre.	" " "	"
234.	47. Muestras de tejidos de algodón	Dionisio Maciel	"

México 11 de Mayo de 1905/
Alfonso R. Vazquez

Fuente: Fondo Ejecutivo,
Sección Fomento, Caja 1,
1902, f. 213.

en gran abundancia en el Distrito. Se enviaron también algunos objetos de jarcia, de barro, piel o algodón, sin especificar el nombre del artesano. Otros objetos que se enviaron del mismo Distrito, correspondientes al ramo de Manufactura, quedan expresados en la siguiente ilustración:

De la municipalidad de Pinal de Amoles se enviaron algunas muestras minerales de plata y plomo. De la municipalidad del centro, donde se concentraba la mayoría de las pequeñas industrias y los grandes capitales y escuelas, se enviaron muestras de jabón corriente y de harina,

de vinos de frutas y aguardientes, tabacos y semillas, muestras de ópalos y tejidos de algodón, maderas y piedras. En la lista de los expositores del Estado de Querétaro no aparece ninguna mujer.

Las recompensas para los expositores que fueron premiados en San Luis, se hizo en un acto público el día 13 de enero de 1905 en el Teatro Abreu de la Ciudad de México, acto en el cual estuvo el Presidente de la República. Por el Estado de Querétaro, acudió al evento, en representación de los expositores, el Diputado Félix M. Alcérreca. Los premios fueron: 18 diplomas y quince medallas (4 de oro, 4 de plata y 7 de bronce). A nivel local, los premios fueron entregados en la ceremonia del 15 de septiembre de 1907, celebrada en el Teatro Iturbide. Dado que no participaron mujeres en esta exposición, no hubo ninguna premiada (Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Caja 3, Exp. 375).

Después de la Exposición Universal de San Luis, Misuri, no encontramos mayores datos en relación con la participación del Estado en otras exposiciones de esa envergadura. Sí participó en otras convocatorias (de las que ya hemos hecho alusión anteriormente), pero nunca fueron tan importantes como las exposiciones universales, ni por el tamaño de sus expositores como de sus productos. San Luis fue el caso de la participación de México en estas justas civilizatorias. En 1910 comenzó la Revolución y con ello el trastrocamiento del orden social y el declive económico. Sería hasta la década de los veinte que México volvería a participar en estos eventos, pero esa, esa es otra historia.



Flores, Óleo sobre lámina.

Isabel, 1899.

Fotografía: Oliva Solís Hernández, Febrero 2020.

La pintura fue localizada en un bazar del Centro Histórico de Querétaro.

No existe mayor información sobre el cuadro o la autora.



conclusiones

El siglo XIX puede ser considerado como el siglo del progreso, pero también como lo ha llamado Hobsbawm, la “Era del Imperio”. Ambas cosas se imbrican. El progreso y el imperialismo van de la mano y, como también se ha señalado, ello supuso la polarización: había países ricos y países pobres, civilizados y bárbaros.

Las diferencias entre unos y otros se hacían visibles en las costumbres, en las maneras, en la urbanización y la industrialización. Y para proyectar sus adelantos y fomentar el comercio, a mediados del siglo XIX, continuando con una añeja tradición, se propuso la creación de las Exposiciones Universales, espacio donde las naciones, en medio de un clima de civilidad y hermandad, podrían mostrarse al mundo para dar cuenta de sus progresos.

Las Exposiciones Universales fueron el escaparate ideal para establecer relaciones comerciales, pero también para aprender, para recorrer el mundo en unos cuantos días, para ver y ser visto. Así pues, para mostrar que se existía, había que estar presente en estas justas civilizatorias.

En este contexto de exultante avance de la humanidad, México era visto como un país pobre y bárbaro. Los conflictos tanto internos como externos que enfrentó a lo largo del siglo XIX lo mostraban como

una nación imposibilitada de gobernarse a sí misma, pintoresca, exótica y rica en recursos naturales y, al mismo tiempo, botín para algunos, tentación para otros.

El gobierno del General Porfirio Díaz Mori (1876-1911) supuso para la historia nacional un período de relativa paz y progreso, sobre todo si se compara con los años que le habían precedido. La “Paz Porfiriana” pasó así a la historia, pero visto el período más detenidamente, no fue así ni en todos los lugares ni para todos los grupos sociales. Si bien hubo conflictos e injusticias, por primera vez en muchos años había una cierta estabilidad que permitía darle continuidad a un proyecto de nación. El Porfiriato, como ha dado en llamarse a esta época, se propuso dar orden a un país que aparecía como desordenado en muchos sentidos. Atrajo las inversiones extranjeras para reactivar la economía, comenzó a construir una infraestructura que permitiera el desarrollo económico, impulsó la educación y legisló en diversas materias, todo ello con la intención de modernizar al país y situarlo “en el concierto de las naciones”.

Durante el Porfiriato, México participó en diversas exposiciones, tanto universales como industriales o internacionales. De sus distintas participaciones, extrajo numerosos aprendizajes pues cada una de ellas, aunque se suponía distinta, funcionaba de forma muy similar. Las exposiciones fueron pensadas como un escaparate para mostrar al mundo los adelantos de la ciencia y la técnica, pero también las cuestiones culturales, aspectos que podrían ayudar a ubicar a las naciones en la línea civilizatoria. Acordes con esta idea, en México se hicieron algunas exposiciones industriales, las cuales pretendían mostrar al público en general y a los capitalistas, las materias primas y las capacidades que cada uno de los estados poseía. Las exposiciones eran el resultado del trabajo, la inteligencia y el esfuerzo conjunto de autoridades y población para atraer capitales, trabajo y visitantes a la

entidad. Se pensaba que estos eventos podrían ayudar a consolidar el crecimiento económico que requería el Estado pues en las décadas anteriores lo que había prevalecido era la miseria y desolación.

En estos esfuerzos compartidos, las mujeres tuvieron un rol destacado, aunque no tanto como el de los “insignes varones” a quienes los periódicos dedicaron loas y hurras.

La participación femenina estuvo acorde con su sexo. El “sexo débil” estuvo presente de dos maneras: como adorno y atractivo para los concurrentes a los diversos eventos y como participante, ya fuera con objetos expuestos en las diversas salas o como miembros de orquestas, compañías de zarzuela, teatro u otras representaciones artísticas. En ambos casos, las notas periodísticas encomian su trabajo, virtudes y talentos, brindados todos ellos al engrandecimiento de la patria.

Sin embargo, pese a que la instrucción de las mujeres en las labores propias de sexo corre a cargo de las propias mujeres, las loas no son para ellas, sino para los padres, quienes deben sentirse orgullosos de ellas. Las virtudes adornan a las mujeres y engrandecen a los padres, a los hermanos o al esposo.

La participación de las mujeres se da en un ámbito considerado tradicionalmente como femenino: el bordado, la costura, el tejido, la pintura, la caligrafía, la confección de encajes o flores de diversos materiales, la música y, en mucho menor medida, la producción de poesía.

Algunos de los objetos que fueron presentados en las exposiciones, como el cajón donde fue depositado el cadáver de Maximiliano de Habsburgo, o los bancos donde se sentaron durante su juicio, o las ropas del Marqués de la Villa del Villar del Águila, entre otros, destacan entre todos los demás porque éstos han sido considerados como museables, es decir, como dignos de estar en un museo, en este caso, en el Museo Regional de Querétaro. Muchos otros objetos, como los producidos por

las mujeres, no han alcanzado este rango. Si acaso estarán en manos de particulares y formarán parte de las herencias familiares, pero ninguno de ellos ha pasado a formar parte del patrimonio cultural preservado en los museos. Esto es digno de reflexión pues evidencia las diversas formas de valorar lo hecho por mujeres y varones.

La participación de las mujeres en las exposiciones, sobre todo en las universales, fue elogiada y reconocida en su momento, pero no ha tenido trascendencia histórica. Si bien las mujeres no han dejado de contribuir a la creación de cultura, sus contribuciones han sido consideradas como marginales y por lo mismo poco valoradas. Una muestra de ello es que sus trabajos no han trascendido el ámbito de los espacios donde fueron producidos: la casa, mientras que otros trabajos realizados por varones ahora forman parte de colecciones de museos. La concepción del trabajo atraviesa también sus haceres. El trabajo masculino es productivo y reproductivo en términos de capital. El trabajo femenino es parte de los deberes de su sexo y es evidencia de su virtud, pero no puede ser concebido como un medio de sostenimiento económico pues éste es un ámbito que le corresponde al varón.

Los resultados obtenidos nos muestran, como lo han señalado diversas historiadoras y teóricos de las ciencias sociales, que el trabajo femenino es valorado de forma no sólo distinta sino incluso desigual al de los varones. Los lugares desde donde producen también son desiguales pues las mujeres no controlan sus recursos ni sus tiempos en tanto que su vida cotidiana está regida por el cuidado de los otros y las labores domésticas. En este sentido, sus haceres son naturalizados y por lo mismo desvalorizados.

La forma en que los varones dan cuenta de las contribuciones de las mujeres a la cultura evidencia también la inequidad. Sus producciones son producto de un virtuosismo que engalana al varón y a la patria,

que ennoblece a la mujer y que le hace digna de encomio, pero no se le reconocen en realidad cualidades creadoras, sino sólo reproductoras en tanto que imita y copia, pero no crea.

Visibilizar a las mujeres es una primera etapa en el proceso de hacer una nueva historia más incluyente. Dar cuenta del trabajo de las mujeres y las condiciones desde donde se produce este trabajo, mirado a través del prisma del género, nos permite evidenciar las desigualdades tanto materiales como simbólicas desde donde se produce y reproduce la cultura y el orden social.

Tomando estas ideas como premisas, hemos intentado recuperar a las mujeres con nombre y apellido que, en el contexto de las Exposiciones Industriales, nacionales e internacionales y las Exposiciones Universales del siglo XIX, han puesto su granito de arena en la visibilización del hacer de las mujeres, mostrando que las mujeres no sólo reproducen la cultura, sino que también la producen y que con su saber y hacer, han contribuido a la construcción de un patrimonio cultural, pero también al mismo tiempo, que hace falta valorarlo y que, para ello, es necesario mirar desde otra perspectiva.

Recuperar a estas mujeres, aunque sólo sea en sus nombres, en el mejor de los casos y, en otros, como colectividades, es ya un primer paso. Los silencios de las fuentes, de los que ya nos hablaba Perrot (2008), nos impiden rastrearlas: sus nombres son tan comunes que es difícil ubicarlas. Aparecen una vez y no tenemos continuidad como para ir siguiendo un hilo conductor. A veces está sólo su apellido paterno, raras veces aparece el materno y cuando lo hace es porque corresponde a una clase superior. Esta circunstancia nos permite constatar, como lo han propuesto ya las estudiosas del género, que cuando hablamos de mujeres desde esta perspectiva están implicadas la clase social, la educación, la raza o la edad.

Las mujeres que aquí aparecen, dentro del discurso, lo hacen en tercer lugar. El primero lo ocupa la patria, la nación, el país, que se está consolidando y posicionando frente al resto del mundo. El segundo lugar lo ocupan los varones, las clases industriales, empresariales y comerciales, los que mueven al mundo, los que crean y transforman. Sólo en tercer lugar aparece el “bello sexo”, “el sexo débil”, y cuando lo hacen, lo hacen desde los márgenes, en actividades que si bien son apreciadas no se pueden comparar con el ingenio desplegado por los inventores o ingenieros. Sus aportaciones son hermosas, pero incompletas. Algo les falta.

La participación de las mujeres queretanas en las Exposiciones Universales e industriales fue un logro. Fue el inicio de un largo camino que se ha recorrido para intentar que se nos reconozca como hacedoras, como creadoras, como productoras de cultura. El reto que sigue es pensar el hacer de las mujeres desde otro lugar para valorar sus aportaciones en su justa dimensión. Las condiciones de producción de varones y mujeres no son ni han sido iguales y desde la desigualdad es que hay que mirar pues, de lo contrario, la balanza está cargada. Nuestra tarea, en este sentido, consiste en invitar a revalorar el hacer de las mujeres para, desde una nueva mirada, revalorar sus aportaciones que, aunque formen parte de los ajuares de la casa, forman parte también del patrimonio de todos nosotros.



referencias
bibliográficas

Hemerografía

La Sombra de Arteaga, Periódico Oficial del Estado de Querétaro, 1882.

Archivos

Fondo Ejecutivo, Sección Fomento, Archivo Histórico del Estado de Querétaro.

Museo Regional de Querétaro.

Bibliografía

Abbondanza, Ermanno, “La Cuestión Yaqui en el segundo Porfiriato, 1890-1909. Una revisión de la historia oficial” en *Signos Históricos*, núm. 19, enero-junio, 2008, pp. 94-126, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, Distrito Federal, México.

Acosta Garnica, Eva Lilia, “Participación de mujeres en la Exposición Universal Colombina de 1893”, en Lagunas, Cecilia, Solís, Oliva y Bonaccorsi, Nélica, (Coords.), (2017), *Romper el silencio, retomar la palabra, proponer la acción. Investigaciones en Estudios de las mujeres y género en universidades argentinas y mexicanas*, República Argentina, Universidad Nacional de Luján, pp. 81-90.

_____, “Análisis comparativo de museos comunitarios en Querétaro” en Solís, Oliva, Solís, Edita, Lagunas, Cecilia y Jaime, María Elizabeth (Coords.), (2017), *Reflexiones en torno al patrimonio cultural y género*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, Colección Academia, Serie Nodos, pp. 19-38.

Almazán Tomás, V. David, “Las exposiciones universales y la fascinación por el arte del Extremo Oriente en España: Japón y China” en *Artigrama*, núm. 21, 2006, 85-104, disponible en: <https://www.unizar.es/artigrama/pdf/21/2monografico/03.pdf>, consultado el 15 de marzo de 2018.

Arciniega Ávila, Hugo (2010), “La exposición internacional mexicana de 1880”, en Hugo A. Arciniega Ávila, Rebeca Kraselsky Masmela, et ál. *México en los pabellones y las exposiciones internacionales, 1889-1929*. México D. F.: Museo Nacional de San Carlos/Instituto Nacional de Bellas Artes/Conaculta.

Armas Briz, Luz Amelia, (2003), *Niñas y señoritas en las aulas del Querétaro Porfiriano*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro.

Aróstegui, Julio: “Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e historia en tiempos de crisis”, en “Cultura y Culturas en la Historia, V Jornadas

de Estudios Históricos” Chalmeta, P; Checa Cremades, F; González Portilla, M y Otros. Ed. Universidad de Salamanca. España. 1995.

Augé, Marc, (2006), *Los no lugares. Espacios del anonimato*, Gedisa, España.

Ávila Juárez, Oscar, “Industrialización y tecnología al calor de las exposiciones universales. El caso de Querétaro en su exhibición regional de 1882” en Del Carpio Penegos, Carlos Uriel y Márquez Espinosa, Esaú, (Coords.), (2013), *Tradición y Modernidad en tres regiones de México*, México, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Col. Selva Negra, pp.44-62

Bourdieu Pierre, (1998), *La dominación masculina*, Ed Seuil. Paris.

Branca, P., (1975), *Silent Sisterhood. Middle class Women in the Victorian Home*, London.

Burke Peter, (1996), *La Cultura Popular en la Europa Moderna*, Alianza Editorial. Madrid.

Burin, Mabel y Meler, Irene, (2010), *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Paidós, Argentina.

Buxó, José Pascual, “El sueño de la Patria Nueva. Riva Palacio y el sueño de la Exposición Internacional Mexicana de 1880” en *Revista de la Universidad de México*, disponible en: <http://www.revistade-launiversidad.unam.mx/0404/pdfs/91-96.pdf>, consultada el 23 de abril de 2018.

Carreras Monfort, César y Nadal Lorenzo, Jordi, “Reflexiones en torno a la cultura material. Nuevas aproximaciones” en PYRENAE, Núm. 33-34, año 2002-2003, pp. 65-80, disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=833394>

Castellanos Rodríguez, María Lorena, (s/f), “Exposición Centroamericana de 1897”, disponible en: http://www.academia.edu/12266487/Exposici%C3%B3n_Centroamericana_de_1897, consultada el 22 de febrero de 2018.

Casado Galván, Ignacio, “Cultura material y renovación metodológica de la historia”, en *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, diciembre 2009. www.eumed.net/rev/cccss/06/icg14.htm.

Chandler, Arthur, “The First Industrial Exposition. L’Exposition publique des produits de l’industrie française. Paris, 1798”, disponible en: <https://web.archive.org/web/20080515235750/http://charon.sfsu.edu/publications/PARISEXPOSITIONS/1798EXPO.HTML>, consultada el 15 de marzo de 2018.

Condorcet, Marie-Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marqués de, (1997), *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, México, Fondo de Cultura Económica.

Chartier Roger, (1992), *El Mundo como representación*, Alianza. Madrid.

Cott Nancy, (1977), “The bonds of Womenhoods: Women’s Sphere”, in *New England 1780- 1835*. Yale University.

Del Llano, Ramón, (2005), *El Partido Católico y el primer Gobernador de la Revolución en Querétaro: Carlos M. Loyola*, Universidad Autónoma de Querétaro, Serie Humanidades.

_____, (2007), *La única, verdadera y jamás contada historia filosa y machetera de La Carambada*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro.

De la Torre de la Torre, Federico, “Modernidad a través de escaparates temporales: las exposiciones universales en Jalisco, 1848-1880” en Del Carpio Penegos, Carlos Uriel y Márquez Espinosa, Esaú, (Coords.), (2013), *Tradición y Modernidad en tres regiones de México*, México, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Col. Selva Negra, pp. 21-43

De Mier, Sebastián P. (1901), *México en la Exposición Universal Internacional de París 1900*, París, Imprenta de J. Dumoulin.

Delsahut, Fabrice, “Los Juegos Antropológicos de Saint Louis” en Rev. Bras. Ciênc. Esporte, Florianópolis, v. 33, n. 4, p. 809-823, out./dez. 2011, disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/rbce/v33n4/a02v33n4.pdf>

Díaz Ramírez, Fernando (1976), *Historia del Estado de Querétaro*, Querétaro, Ediciones del Gobierno del Estado, 5 tomos.

Díaz, Celestino, (1998), *Guía del viajero en Querétaro*, Gobierno del Estado de Querétaro.

Díaz y de Ovando, Clementina, (2002), *Las ilusiones perdidas del General Vicente Riva Palacio (La Exposición Internacional Mexicana, 1880) y otras utopías*. Dos tomos, UNAM, México.

_____, “México en la Exposición Universal de 1889” en *Anales*, Revista del Instituto de Investigaciones Estéticas, No. 61, UNAM, 1990.

_____, “La Ciudad de México en 1904”, Colecciones digitales del COLMEX, disponible en: <http://smtp2.colmex.mx/downloads/4t64gq17w>

Díaz, Alejo y Pardo, Vázquez, (1980), “Introducción a Poetisas mexicanas siglos XVI, XVII, XVIII y XIX” en Vigil, J. M. *Antología formada por encargo de la Junta de señoras correspondientes a la Exposición de Chicago*, México, UNAM, Edición Facsimilar.

Espejel Arturo / M. Cristina Cruz Estrada: “Metodología Crítica de la Investigación”. CECSA, México, 2005.

Farge Arlette: “La historia de las Mujeres. Cultura y poder de las Mujeres: Ensayo de Historiografía”, en *Historia Social* N° 9, Invierno. Valencia. España. 1991

Flores González, Antonio y Santiago Salinas de la Vega, (2004), *Serranos y rebeldes. La Sierra Gorda queretana en la Revolución*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Instituto Electoral de Querétaro, pp. 177.

Florescano, Enrique, “Patria y Nación en la época de Porfirio Díaz” en *Signos Históricos*, No. 13, enero-junio 2005, pp. 152-157, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México.

Foucault Michel, (2010), *El orden del discurso*, Tusquets Editores.

Gadol, Joan Kelly: “The social relations of the sexes: Methodological implications of Women’s History”, *Signs, Journal of Women in Culture and Society*. Vol I, N°4. 1975

García Canclini, Nestor, (1989), *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1989.

_____ : “Los usos sociales del patrimonio cultural”. En E. Florescano (comp.), (1993), *El patrimonio cultural de México*. México, FCE.

Galliers, Julie y Luis M. Polo, “La Exposición Universal de 1876 en Filadelfia y el vino de Montilla” en *Ámbitos*, Revista de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades, Núm. 20, 2008, pp. 67-80, disponible en: http://helvia.uco.es/bitstream/handle/10396/13104/ambitos20_08.pdf?sequence=1&isAllowed=y, consultado el 26 de abril de 2018.

García Ugarte, Marta Eugenia, (1999), *Breve historia de Querétaro*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Serie Breves Historias de los Estados de la República Mexicana.

Giménez, Gilberto, (s/f), “La cultura como identidad y la identidad como cultura”, disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>, consultado el 20 de febrero de 2018.

Giné-Janer, Marta, “La Exposición Universal de París, 1889. Su recepción en La Vanguardia”, Universidad de Lleida, disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4027215.pdf>, consultado el 20 de febrero de 2018.

Gólcher, Erika, “Imperios y Ferias mundiales: la época liberal”, disponible en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica, 24(1-2): 75-94, 1998.

Guazzaroni, Vanina, Pissarello, Belén y Solano, Paz, “El museo de arqueología e historia de Guadalajara. Un análisis de género”, en Lagunas, Cecilia, Rodríguez, Manuel Ángel, Solís, Oliva y Bonaccorsi, Nélica, (Coords.), (2013), *Cultura, prácticas y saberes de mujeres II*, Argentina, Universidad Nacional de Luján, pp. 57-74.

Gutiérrez Grageda, Blanca Estela, (2010), *Historia de una usurpación*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro.

_____, (2007), *Querétaro devastado. Fin del Segundo Imperio*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Instituto Electoral de Querétaro.

_____, (2004), *Vida política en Querétaro durante el porfiriato*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, Col. Documentos de Querétaro.

_____, (2002) *Educación en tiempos de Don Porfirio*, Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Serie Humanidades.

Haro Carrión María Beatriz, “Seduciendo al mundo con paisajes: imágenes de El Ecuador en Chicago”, tesis para obtener el título de Licenciada en Artes Liberales, Universidad San Francisco de Quito, Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades, 2015, disponible en: <http://repositorio.usfq.edu.ec/bitstream/23000/4440/1/114199.pdf>, consultada el 22 de febrero de 2018.

Herrera, Fera, María de Lourdes, (s/f), “La puesta en escena de la modernidad y el progreso: la participación de México en las exposiciones universales de la segunda mitad del siglo XIX”, en *Estudio Historia e Historiografía*, disponible en: <http://www.filosofia.buap.mx/Graffylia/5/25.pdf>, consultado el 22 de febrero de 2018.

_____, “La participación de las mujeres en las exposiciones universales del siglo XIX” en Solís, Oliva y Gutiérrez Hernández, Norma, (Coords.), (2015), *Perspectivas de Género. Historia, actualidades y retos desde una óptica interdisciplinaria*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, Universidad Autónoma de Zacatecas, ISBN: 978-607-513-148-1.

Hobsbawm, Eric, (2009), *La era del Imperio (1875-1914)*, Buenos Aires, Ed. Crítica.

_____, (2010), *La era del capital (1848-1875)*, Buenos Aires, Ed. Crítica.

Jaime Espinosa María Elizabeth, “José María Vigil y las escritoras mexicanas decimonónicas en la Exposición Universal de Chicago en 1893” en Lagunas, Cecilia, Solís, Oliva y Bonaccorsi, Nélica, (Coords.), (2017), *Romper el silencio, retomar la palabra, proponer la acción. Investigaciones en Estudios de las mujeres y género en universidades argentinas y mexicanas*, República Argentina, Universidad Nacional de Luján, Universidad Autónoma de Querétaro y Universidad Nacional del Comahue, pp. 29-37

Lagunas, Cecilia, Solís, Oliva y Bonaccorsi, Nélica, (Coords.), (2017), *Romper el silencio, retomar la palabra, proponer la acción. Investigaciones en Estudios de las mujeres y género en universidades argentinas y mexicanas*, República Argentina, Universidad Nacional de Luján, Universidad Autónoma de Querétaro y Universidad Nacional del Comahue.

Lamas, Marta, “Introducción” en Lamas, Marta, (Comp.), (1996), *El Género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Miguel Ángel Porrúa, UNAM-PUEG.

Lara Ovando, Juan José, (2004), *Protesta obrera y lucha sindical en la fábrica “El Hércules” Querétaro, (1906-1916)*, Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro, Serie Documentos de Querétaro, pp. 262.

Lasheras Peña, Ana Belén, (2009), España en París. La imagen nacional en las Exposiciones Universales, 1855-1900, Santander, disponible un fragmento en: <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/10660/1de1.ABLPtomoII.pdf?sequence=2>, consultado el 22 de febrero de 2018.

Lerner, Gerda, (1990), *La creación del patriarcado*, Ed. Crítica. Barcelona.

Le Goff, J. “Memoria”, en *Enciclopedia delle scienze sociali*, vol VIII, Istituto dell’ Enciclopedia Italiana, Roma 1979, págs. 1068-1109

López Guzmán Presencia mexicana disponible en: <http://www.awraq.es/blob.aspx?idx=5&nId=126&hash=0886740a7f294cc-748daa83684b8f497>, consultado el 19 de abril de 2018.

Madero, Francisco I., (1909), *La Sucesión Presidencial en 1910*, disponible en: http://biblioteca.diputados.gob.mx/janium/bv/bicen/suc_pres_vol1.pdf.

Martínez Moreno, M. Juan, *La Exposición Mundial Colombina de Chicago, 1893*, pp. 153-168. Disponible en: http://institucional.us.es/revistas/rasbl/16/art_10.pdf, consultado el 22 de febrero de 2018.

Memoria de la Administración Pública presentada a la XI Legislatura del Estado de Querétaro por el Gobierno del mismo en 17 de septiembre de 1891, Querétaro, Imprenta de Luciano Frías y Soto, AHQ.

Méndez Lecona, Fernando, “Las rutas del primer socialismo en México” en Domínguez Prieto, Olivia, (Coord.), (2015), *El anarquismo en México*, México, Palabra de Clío, disponible en: http://www.palabradeclio.com.mx/src_pdf/el_anarquismo_en_mexico_int.pdf, consultado el 10 de abril de 2019.

Milos Montes, Mariana, “La construcción de la identidad chilena a partir de la exposición universal de París de 1889”, Tesis para obtener

el grado de Magister en Teoría e Historia del Arte, Universidad de Chile, 2014, disponible en: <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/132160/la-construccion-de-la-identidad.pdf;sequence=1>, consultado el 15 de marzo de 2018.

Miguel Vélez, Víctor Alejandro, “Representación de Sinaloa en las Exposiciones Internacionales durante el Porfiriato” en *Clío*, 1996-1997, Vol. 4, No. 18-19, disponible en: http://historia.uasnet.mx/rev_clio/Revista_clio/Revista18/12_Rep_Miguel.pdf, consultado el 23 de abril de 2018.

Morillo Morales, Julia, “Las exposiciones universales en la literatura de viajes del siglo XIX”, Tesis Doctoral, UNED, 2015, disponible en: http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/tesisuned:Filologia-Jmorillo/MORILLO_MORALES_Julia_Tesis.pdf, consultada el 13 de marzo de 2018.

_____. (s/f),

Moyano Pahissa, Ángela, (1998), *Querétaro en la guerra con los Estados Unidos (1846-1848)*, Querétaro, Gobierno del Estado, Archivo Histórico del Estado, ITESM, INAH.

Olmos, Viridiana, “El anarquismo del Partido Liberal Mexicano” en Domínguez Prieto, Olivia, (Coord.), (2015), *El anarquismo en México*, México, Palabra de Clío, disponible en: http://www.palabradeclio.com.mx/src_pdf/el_anarquismo_en_mexico_int.pdf, consultado el 10 de abril de 2019.

Quiza Moreno, Ricardo, “Babel revisitada: exposiciones, globalización y modernidad (1851-1905), disponible en: HISPANIA NOVA. Revista de Historia Contemporánea. Número 7 (2007) <http://hispanianova.rediris.es>, consultada el 13 de marzo de 2018.

Ramírez, Fausto, “Dioses, Héroes y Reyes Mexicanos en París, 1889”, en Historia, Leyendas y Mitos de México: su expresión en el Arte, XI Coloquio Internacional de Historia del Arte, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1988.

Romero Chumacero, Leticia, “Frente al espejo de un canon: poetisas mexicanas en antologías del siglo XIX”, disponible en: Dialnet-FrenteAlEspejoDeUnCanon-5752999.pdf

_____, “1893: el año en que las poetisas mexicanas fueron testimonio de modernidad”, *Semiosis*, [Universidad Veracruzana], tercera época, vol. VI, núm. 12 (julio-diciembre de 2010), pp. 139-154. ISSN: 0187-9316. disponible en: https://www.academia.edu/8093260/_1893_el_a%C3%B1o_en_que_las_poetisas_mexicanas_fueron_testimonio_de_modernidad_

Rubio Cremades, Enrique, (2010), Editorial del Cardo, disponible en: <http://biblioteca.org.ar/libros/153664.pdf>, consultado el 16 de marzo de 2018.

Sánchez Gómez, Luis Ángel, “Las exhibiciones etnológicas y coloniales decimonónicas y la Exposición de Filipinas de 1887” en RDTP, LVII, 2, (2002): 79-104, disponible en: <http://rdtp.revistas.csic.es/index.php/rdtp/article/viewFile/174/175>, consultada el 15 de marzo de 2018.

Sarmiento Ramírez, Ismael, “Cultura y Cultura Material: aproximaciones a los conceptos e inventario epistemológico” en *Anales del Museo de América* 15 (2007), pp. 217-233

Scarano, Mónica, (s/f), “Prensa y modernización: crónicas sobre las exposiciones de París (1889 y 1900) en *La Nación* de Buenos Aires”, Actas XVI Congreso AIH, disponible en: https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/16/aih_16_2_321.pdf, consultado el 24 de abril de 2018.

Solís, Oliva, “La cuestión de Querétaro: la lucha por la defensa de la soberanía (1869)” en *Superación Académica*. Revista trimestral del Sindicato Único del personal académico de la Universidad Autónoma de Querétaro, año 15, no. 35, diciembre 2006.

_____, “La medicina en Querétaro en tiempos de don Porfirio: entre la ciencia, la tradición y la superstición” en Meyer, Francisco y Arriaga, Alicia, (coords.), (2010), *La ciencia, el desarrollo tecnológico y la innovación en Querétaro. Historia, realidad y proyecciones*, México, Secretaría de Educación del Estado de Querétaro, Conacyt, Concyteq, Facultad de Filosofía de la UAQ.

Solís Hernández, Oliva y Gómez, Leticia, “Visibilizar los haceres: la producción material de las mujeres queretanas en las Exposiciones Universales, 1893, 1900”, en XII Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y VII Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, Jorgelina Caviglia, Bibiana Andreucci, Analía García (coordinadoras), Neuquén, Argentina, 2015.

_____, “La participación de las mujeres queretanas en la Primera Exposición Industrial de Querétaro, 1882” en Lagunas, Cecilia, Solís, Oliva y Bonaccorsi, Nélica, (Coords.), (2017), *Romper el silencio, retomar la palabra, proponer la acción. Investigaciones en Estudios de las mujeres y género en universidades argentinas y mexicanas*, República Argentina, Universidad Nacional de Luján, Universidad Autónoma de Querétaro y Universidad Nacional del Comahue, pp. 91-99

Solís Hernández, Oliva y Ayala, César, “La presencia de las mujeres en el discurso museográfico del Museo Regional de Querétaro”, en Solís, Oliva, Solís, Edita, Lagunas, Cecilia y Jaime, María Elizabeth (Coords.), (2017), *Reflexiones en torno al patrimonio cultural y género*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, Colección Academia, Serie Nodos, pp.67-84.

Solís Hernández, Oliva, “Música y músicos en Querétaro en tiempos de don Porfirio, 1876-1911” en Solís Hernández, Oliva (Coord.), (2020), *Música y Músicos en Querétaro, S. XIX-XX. Notas para una obertura*, México, Universidad Autónoma de Querétaro, Eólica Ediciones.

Somohano, et. Al. (coord..), (2009), *Tiempo y Región*. Independencia y Revolución. Estudios Históricos y Sociales, Vol. III, México, Gobierno del Estado de Querétaro, Universidad Autónoma de Querétaro, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Tenorio Trillo, Mauricio, (1998), *Artilugio de la nación moderna. México en las Exposiciones Universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica.

Urrutia Núñez, Ángel, *Chicago, 1893 - Sevilla, 1992. La Exposición Universal Colombina del siglo sobre la era de los descubrimientos*, pp. 159-187. Disponible en: *Memoria de la Secretaría de Fomento*, pp. 54-61. Disponible en: cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080009976/1080009976_12.pdf p.54

Voltaire, (1954), *El siglo de Luis XIV*, México, Fondo de Cultura Económica.

_____, (1857), *Ensayo sobre las costumbres y el Espíritu de las Naciones*, París, Librería Americana, disponible en: <https://es.scribd.com/doc/219954376/Voltaire-Ensayo-Sobre-Las-Costumbres-y-El-Espiritu-de-Las-Naciones-1>

Internet

Edificio de la Mujer, disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Edificio_de_la_Mujer.

Exposiciones Universales, disponible en: <http://www.musee-orsay.fr/es/colecciones/exposiciones-universales.html>.

El Palacio de Cristal, sede de la Primera Exposición Universal de Londres, 1851, disponible en: <https://academiaplay.es/las-exposiciones-universales-y-su-legado/>.

Ferris-Wheel, uno de los símbolos de la Exposición Universal de Chicago, disponible en: [https://es.wikipedia.org/wiki/Exposici%C3%B3n_Universal_de_Chicago_\(1893\)#/media/File:Ferris-wheel.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Exposici%C3%B3n_Universal_de_Chicago_(1893)#/media/File:Ferris-wheel.jpg)

Fotografía del interior del Edificio de la Mujer, disponible en: [https://es.wikipedia.org/wiki/Edificio_de_la_Mujer#/media/Archivo:Woman's_Building_\(3572763093\).jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Edificio_de_la_Mujer#/media/Archivo:Woman's_Building_(3572763093).jpg)

La Torre Eiffel, símbolo de París a partir de la Exposición Universal de París, 1889, disponible en: <https://www.pinterest.es/pin/123567583500060328/>

Madeleine Lemaire. Poster del Edificio de la Mujer, disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Edificio_de_la_Mujer

Madeleine Lemarie. Biografía, disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Madeleine_Lemaire

Memorial Hall, sede de la Exposición Universal de Filadelfia, 1876, disponible en: [https://es.wikipedia.org/wiki/Exposici%C3%B3n_Universal_de_Filadelfia_\(1876\)#/media/File:Memorial_Hall_Phila.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Exposici%C3%B3n_Universal_de_Filadelfia_(1876)#/media/File:Memorial_Hall_Phila.jpg)

Pabellón Morisco que representó a México en la Exposición Universal de Nueva Orleans, 1884, disponible en: <http://vamonosalbable.blogspot.mx/2009/02/los-pabellones-mexicanos.html>

Pabellón de México en la Exposición Universal de París, 1900, disponible en: <https://grandescasademexico.blogspot.com/2015/12/mexico-en-paris-1900.html>

Pabellón de México en la Exposición Universal de París, 1889, disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Pavilion_of_Mexico,_Paris_Exposition,_1889.jpg

Plano del Edificio de las Mujeres, disponible en: https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/d/d1/Floor_Plan_and_Ground_Plan_of_the_The_Woman%27s_Building%2C_World%27s_Columbian_Exposition%2C_1893.jpeg

Portada de la Memoria de la Primera Exposición Industrial de Querétaro, de Celestino Díaz, 1882, disponible en: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020006435/1020006435.PDF>

Jardín Zenea, Querétaro, S.XIX, disponible en: https://www.google.com/search?q=fotograf%C3%ADa+quer%C3%A9taro+siglo+XIX&rlz=1C1AOHY_esMX709MX709&tbm=isch&source=iu&ictx=1&fir=sKNFJPtU2AzX3M%253A%252CZibc-kcSrPZZCiM%252C_&vet=1&usg=AI4_-kTgY_Crk7ZB8zZz-gAYQFKh54jVsIQ&sa=X&ved=2ahUKEwjwy4GO9cXhAhVD-6wKHZyZDKYQ9QEwAHoECAoQBA#imgsrc=O4KBqI-z6RXlyqM:&vet=1

Primera página de la Guía del Viajero en Querétaro de Celestino Díaz, disponible en: <https://archive.org/details/guiadelviajeroen00diaz/page/n4>.

CONTENIDO

Agradecimientos	7
Presentación	9
Introducción	11
CAPÍTULO I	
LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES COMO JUSTAS CIVILIZATORIAS	33
El siglo del progreso	35
El nacionalismo	39
Las ferias y exposiciones	42
CAPÍTULO II	
EN LA SENDA DEL PROGRESO	55
Las Ferias en México y México en las Ferias: una mirada a vuelo de pájaro	57
CAPÍTULO III	
QUERÉTARO Y LA EXPOSICIÓN INDUSTRIAL DE 1882	69
De Querétaro para el mundo	71

La exposición industrial de 1882	84
La participación de las mujeres en la Primera Exposición Industrial de Querétaro (1882)	91
CAPÍTULO IV	
QUERÉTARO Y LAS QUERETANAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES	99
De Filadelfia (1876) a Nueva Orleáns (1884) y la participación de las mujeres queretanas	101
La exposición de Chicago (1893) y la participación de las mujeres queretanas	106
Mujeres creadoras. Declaraciones hacia los objetos de las expositoras queretanas	113
Querétaro y el reconocimiento de sus expositoras	118
México en la Exposición Universal de París, 1900	125
Querétaro en la Exposición Universal de París, 1900	129
El nuevo siglo, las exposiciones universales y la participación de las queretanas	138
Conclusiones	145
Referencias bibliográficas	153

EL HACER DEL BELLO SEXO
LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES QUERETANAS
EN LAS EXPOSICIONES INDUSTRIALES Y UNIVERSALES
DURANTE EL PORFIRIATO (1876-1911)

DE OLIVA SOLÍS HERNÁNDEZ

SE DIO A LA ESTAMPA EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE HIDALGO PRODUCCIONES
GRÁFICAS, S.A. DE C.V., DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE QUERÉTARO, QRO.,
EL DÍA 26 DE MAYO DE MMXXI, CON UN TIRAJE DE 1 000 EJEMPLARES.

DISEÑO: JUAN PABLO RANGEL

ESTUVO AL CUIDADO DEL EDITOR

MIGUEL FERRO HERRERA
mferroeditio@yahoo.com.mx



